



**37**

**POLICIACA**

**Plácido Hernández**

**EL HOMBRE  
DEL 3-B**



*Plácido Hernández*  
**EL HOMBRE  
DEL 3-B**

---



Esta novela tiene como centro el asesinato de un anciano en su propio apartamento, el día 14 de septiembre de 1978, en la Ciudad de La Habana. Se inicia la investigación y estalla el enigma: aparentemente sin móvil alguno. Sucesivamente van despejándose —y a la vez complicándose— las incógnitas, y el suspenso aumenta a través de una trama coherente y una tensa distribución de efectos que mantienen la atención del lector. El análisis y los trabajos criminalísticos apuntan hacia... hasta descubrir al culpable. Con estilo realista, directo y con un lenguaje fluido, el autor incursiona en varias de las posibilidades del género policial.

---

COLECCIÓN: RADAR 37



---

Plácido Hernández Fuentes

# EL HOMBRE DEL 3-B

---



ePub r1.0  
ePub2.0

Edición: Victoria Hernández  
Cubierta: Régulo Cabrera

© Plácido Hernández Fuentes, 1982  
© Sobre la presente edición:  
Editorial Letras Cubanas, 1982

Editor digital: WeaR&WaZ  
ePub base r2.1

Impreso en la Empresa Poligráfica “Alfredo López”,  
del Ministerio de Cultura, en el mes de mayo de 1982,  
“Año XXIV de la Revolución”

EDITORIAL LETRAS CUBANAS  
Palacio del Segundo Cabo, O’Reilly 4, esq. a Tacón,  
Municipio Habana Vieja, Ciudad de La Habana.





—ewya\_#022(11)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos...

WeaR&WaZ<sup>®</sup>  
©RiverDry 20.12.2021

# I

La ciudad es un organismo vivo.

Y una unidad de policía en una gran ciudad es su centro nervioso. Recibe a cada momento por medio de sus vías de información, mensajes que le mantienen al tanto de los traumas y dolencias del organismo. El centro nervioso (la unidad), procesa la información recibida y responde a esos estímulos enviando nuevos mensajes o cursando órdenes para la acción. Tal característica del centro nervioso, de cerebelo y médula, le presta a la unidad de policía una atmósfera de vitalidad contenida, de resorte listo para saltar, como consecuencia de una actividad que sólo aparentemente es tranquila y rutinaria.

El policía es el músculo.

Y como músculo, sabe que la orden movilizadora puede llegarle en cualquier momento. Por eso está siempre tenso y expectante.

Aunque en una sección como la de homicidios a veces se sucedan semanas y semanas de trabajo usual y corriente, ya que en nuestra ciudad son comparativamente pocos los hechos delictivos que terminan con la pérdida de una vida humana, no por ello el policía (el músculo), deja de lado la tensión.

Mañana del 14 de septiembre de 1978.

Afuera, los gorriones revolotean, juegan, se persiguen en las ramas más altas del almendro, mientras aquí adentro el teniente Alfonso Cabrera Morales revisa un expediente inclinado sobre su buró y yo redacto algunas citaciones. Alfonso lleva más de quince años en la sección; yo recién me estreno.

Los toques en la puerta provocan que los dos miremos hacia allí. Los repiten.

—Adelante —dice por fin Alfonso, a la par que marca con el bolígrafo una hoja del file. La figura de un guardia oscurece entonces el umbral.

—De parte del teniente Montori que vaya enseguida a su oficina —informa el agente, mientras pasa su dedo índice derecho por el cuello y levanta tres dedos de la otra mano a la altura del pecho. «Un triple asesinato», pienso cuando se marcha el mensajero. Alfonso cierra el file y me indica con un gesto que lo siga.

—¿Un triple asesinato, teniente? —le pregunto escaleras arriba.

—¿Quién dijo? —se extraña él, y le repito el gesto, hecho por el guardia.

—No —sonríe, displicente—. El compañero quiso decir «un asesinato en la zona tres». O sea, en El Vedado.

—Es que... no conozco ese tipo de clave —me disculpo.

—Los policías somos un poco curiosos por naturaleza, Reinaldo —me dice cuando llegamos al pasillo de la planta alta—. Hemos desarrollado algunas claves extraoficiales para anticiparnos la información que por un motivo u otro no debe ser transmitida verbalmente... Es posible que se trate de una pequeña falta, pero yo la justifico. Nunca he visto algo más triste que un policía sorprendido.

El primer teniente José Antonio Montori, jefe de la oficina de delitos, nos salió al encuentro y le entregó una nota a mi superior.

—Inspección ocular —le aclaró—. Ahí tienen la dirección. Parece un robo del que resultó homicidio. Ya están avisados el laboratorio y el forense.

—Correcto —respondió Alfonso, y se volvió hacia mí—: Ve a la oficina y recoge la maleta. Te espero en el parqueo.

Alfonso se acomodó en el asiento delantero del Lada 1500, le entregó el papel con la dirección a Frank y le advirtió:

—Ve despacio, por favor... Recuerda que por cada caso de asesinato llegan a medicina legal más de doscientos muertos por accidentes del tránsito.

—Descuide, teniente, que ya nos conocemos. Lo llevaré al Vedado al paso de un carretón de mulos —le respondió el chofer, sonriente, mientras yo me acomodaba en los asientos traseros del auto con la pesada maleta.



Arrancamos. Alfonso se volvió a medias en el asiento, colocando una pierna, debajo de la otra.

—Esta es la primera vez que participas en una inspección ocular, ¿verdad? —me dijo.

—Sí, teniente.

—Por tratarse de un robo del que resultó homicidio, pudiera derivar en un caso trabajoso —comentó.

—¿Trabajoso?

—Eso... Podría decir, no sé, enigmático, enervante, misterioso, como en las novelas. Pero todo eso para nosotros significa solamente **trabajo**. Los crímenes novelescos que reciben todos esos calificativos nada más que ocurren en las novelas de consumo —sonrió—. He llegado a la conclusión de que ese tipo de literatura puede escribirse por recetas.

—¿Por recetas? ¿Cómo en los hospitales?

—Ajá... o mejor, como recetas de cocina,

—¿Una novela por receta?

—No creo que sea difícil hacer una receta a propósito. Algo así como: Viértase en un recipiente un hecho de violencia; homicidio, asesinato, violación o cualquier otro a gusto del autor, añádase un investigador; ya sea policía, fiscal, abogado defensor, detective, investigador privado o hasta un cura aficionado a desentrañar misterios. Conjuntamente con el delincuente, cocínese a dicho investigador a fuego lento: sazónese a gusto con sexo, más violencia, suspenso, filosofía barata o una mezcla en cualquier proporción de todo esto. Pasado un rato lo más largo posible, claro, destápese el recipiente, y si ya el perseguidor ha sido suficientemente apaleado, engañado y despistado, agréguese entonces una solución sorpresiva, ingeniosa, hábil, astuta o azarosa, que ha venido cocinándose en un recipiente aparte. Y listo. Da para unos cuantos miles de raciones, según quien la edite. Ah..., también puede decorarse el plato con algunas palabras obscenas, a gusto del consumidor hacia el que vaya dirigido.

—Me parece, teniente, que la literatura no las tiene todas con usted —le reproché, pensando en mi interés por escribir alguna vez una novela.

—La literatura, sí; las novelas de consumo, no.

—Supongo que en la realidad pueda darse un caso que a la postre resulte enigmático o misterioso... En definitiva hay un hecho de violencia, un autor y un investigador. En algún delito pudieran haber ingredientes para una novela.

—Es que la novela de ese tipo no es más que un artificio de entretenimiento, Reinaldo, y como artificio al fin y al cabo, tiene algo que es insólito en la realidad investigativa.

—¿Qué?

—Ya te lo expliqué antes en la receta...: investigador y criminal tienen que estar necesariamente en el mismo caldero. O el asesino está en la casa, o en el edificio, o en el tren, o en cualquier otro lugar del cual no puede o no quiere salir... o el autor del delito comete otro crimen. En fin, siempre hay algo que lo obliga a estar en la obra desde la página diez hasta la doscientos cuarenta. El investigador casi lo puede tocar... se cocinan juntos. El asesino siempre resulta ser el padrastro, la hijastra, el mayordomo, el amigo íntimo, la amante. Alguien vinculado al lugar; alguien que ha estado, presente en todo momento... —Alfonso hizo una pausa y casi enseguida continuó—: Pero en la vida real muchas veces ocurre esto: Juan García pasaba por un parque escasamente iluminado y un sujeto lo asaltó para robarle. El individuo en cuestión no tenía intenciones de matar a Juan García, sino de apropiarse de su cartera, pero se produjo una lucha y el pobre Juan se golpeó la cabeza contra un banco. ¡Fatalidad! En una misma olla estás tú, que eres el investigador; Juan García, que es la víctima, y todos los que quieren saber quién mató a Juan, o sea, tus jefes, el fiscal, los miembros del tribunal, los familiares de la víctima, y hasta Pedro, el chofer de la ruta 84 que conocía a Juan de todas las mañanas cuando el difunto iba al trabajo. Miles, millones de personas que exigen de la policía el descubrimiento inmediato del asesino. Y resulta que después de una búsqueda minuciosa en un radio de cincuenta metros de donde apareció el cadáver, tienes como únicas pistas cuatro ganchos de pelo, un repuesto de bolígrafo, un tete, una gata parida y una moneda de a cinco centavos... A veces, con un poco de suerte, encuentras también la huella de un pie izquierdo, que lo mismo puede ser del victimario que de una de las milquinientas personas que pasaron antes por el lugar del crimen. Y el asesino... el asesino **fuera de tu cazuela**, deambulando por esta ciudad de

más de dos millones de habitantes y tan asustado con lo sucedido que en tres años no será capaz de robar ni siquiera dos o tres piezas de una tendedera.

—¿Y no hay otra receta que nos sirva para encontrar al asesino? —pregunté ingenuamente.

—Si la hay, yo no la conozco... —me respondió, volviéndose, de nuevo hacia el frente—, pero si estás interesado en recetas, puedes escribirle a Nitza Villapol.

Frank, al timón del Lada, sonreía.

—Teniente —dijo, sin dejar de sonreír—, me parece que se le olvidó un personaje en su novela.

—¿Cuál? —inquirió Alfonso.

—Alguien similar al doctor Watson —señaló hacia mí en el asiento trasero, y agregó—: Siempre hay un sonso en las novelas de ese tipo...

Alfonso rió un poco más fuerte de lo que el chiste realmente merecía, y yo me limité a acomodar la maleta al lado mío.

## II

La maleta. **La maleta mágica de Alfonso**, como le dicen algunos compañeros. La maleta es todo un espectáculo. Resulta la última etapa evolutiva de lo que primero fue un maletín de investigaciones en el que Alfonso llevaba los útiles del oficio durante sus primeros años de investigador policial. La necesidad y la experiencia han sido las causas de que aquel sencillo maletín haya devenido en lo que es hoy. Interiormente la maleta está dividida en tres espacios independientes, cuyos contenidos jamás se entremezclan... ¿Que un día hizo falta una careta antigás para entrar en un apartamento a cerrar la llave de gas dejada abierta por un suicida?: aquí está la careta, que vino a integrar uno de los tres compartimentos; ¿que luego se necesitó un destornillador para abrir un escritorio sin violentar la cerradura?: aquí está el instrumento; ¿que un imán para sacar un cuchillo del fondo de una fosa?: he aquí el imán; ¿que una soga, una linterna, amoníaco, un poco de ron, mercurocromo, aspirinas, gasas, algodón, esparadrapo, depresores de lengua, tubos de ensayo, reactivos químicos, reveladores de huellas dactilares, guantes de asbesto, de goma, de piel, de látex y de tela; una cinta métrica, compás, reglas, cartabón, lápiz y papel; un juego de planos aéreos de la Ciudad de La Habana; una cámara fotográfica, lentes y película; un pedazo de material plástico; un estuche de olores embotellados, que contiene desde venenos hasta perfumes exquisitos; una lista de más de doscientos teléfonos necesarios; horarios de trenes y de ómnibus; fotos de delincuentes conocidos o buscados? Todo eso. Y más. Un sinnúmero de pequeños adminículos, incluidas varias lupas y un cuentahilos. Todo aquí; todo justificando lo de mágica, ya que de la maleta puede surgir lo más inverosímil en un momento dado...

—Teniente —dijo de pronto Frank, interrumpiendo mis pensamientos en torno a la maleta—, ya estamos llegando.

El Lada dobló la esquina chirriando discretamente los neumáticos y enseguida la presencia de un carro de patrullas, y de un grupo de curiosos nos señaló el lugar exacto que buscábamos. Frank detuvo el auto con un poco más de violencia que la necesaria, y el carro aún se mecía sobre sus muelles cuando ya Alfonso había descendido.

—¿El técnico? —preguntó un sargento.

—Instrucción policial —le aclaró Alfonso— ¿qué hay?

—Parece un asesinato... Apartamento 3-B. Un hombre de unos setenta años

—¿Han preservado el lugar?

—Le diré... en el edificio vive un oficial del MINFAR y desde el primer momento se plantó en la puerta sin dejar entrar a nadie. Nosotros, llegamos hace un rato, y yo coloqué un hombre nuestro allí de todos modos.

—¿Tiene otros accesos el apartamento?

—Realmente... no sé. Si quiere, averiguo un momento con la presidenta del Comité.

—Vaya, por favor.

Alfonso, Frank y yo, nos quedamos observando el lugar, en tanto el sargento de patrullas iba y venía.

—Hay un pasillo —dijo apenas llegar—, y los apartamentos de los bajos, como el 3-B, tienen una puerta que da a ese pasillo allá atrás.

Miramos hacia donde nos indicaba el compañero.

—Frank —ordenó Alfonso—, sitúate frente a la puerta del fondo y no permitas, que nadie entre o salga del apartamento.

Alfonso se dio cuenta de la extrañeza del sargento, y le explicó:

—No queremos que se nos puedan escabullir por el fondo mientras investigamos por el frente.

—¿Y usted cree que el asesino pueda estar todavía adentro, teniente?

—No lo sabemos —respondió Alfonso, y añadió después, dirigiéndose a mí—: Trae la maleta, por favor

El edificio marcado con el número 243 es una construcción de la década del cuarenta, aproximadamente. Un pasillo central da acceso a los garajes del

fondo y divide a los apartamentos «A» de los «B», en dos construcciones simétricas de tres pisos con seis apartamentos cada uno. Lorna, la presidenta del Comité de Defensa de la Revolución, ocupa el apartamento 5A, en bajos, y después de identificarnos con ella, nos condujo a su casa. Pasamos a la sala, mientras que en el pasillo exterior quedaba una pequeña multitud compuesta por vecinos, transeúntes y curiosos.

—Yo le estaba diciendo, teniente... —comenzó Lorna, pero Alfonso la interrumpió.

—Déjeme explicarle, compañera, que cuando usted empezó a hablarnos en el pasillo no la dejé continuar porque no es conveniente hacerlo delante de un grupo de personas desconocidas. Posiblemente los que están allá afuera no son más que curiosos o vecinos preocupados por la muerte del anciano, pero existe la posibilidad de que el asesino se encuentre mezclado entre ellos.

—Pero, ¿usted cree, teniente... usted cree que el que mató a Reuis sea uno de los que están en el pasillo?

—Eso no se puede afirmar... pero no sería la primera vez que un delincuente se infiltre entre los curiosos para estar al tanto de lo que pasa —Alfonso hizo una pausa; luego continuó—: Ahora quisiera que usted fuera tan amable de relatarnos su versión de lo sucedido... Luego hablaremos con más calma.

—Bien —dijo ella—... a eso de las once de la mañana me tocó en la puerta una señora de unos cincuenta años para preguntarme si yo sabía algo de Reuis, porque había llamado varias veces a su puerta, y no le contestaban. Le respondí que si el viejo no estaba en el apartamento, seguramente estaría en la bodega o en la barbería, porque por la mañana generalmente él no se aleja mucho del barrio. Al poco rato la señora que le digo regresó con que el difunto no estaba ni en la bodega ni en la barbería y que nadie lo había visto por allí. Le dije entonces que esperara un momentico, que iba a llamar al hijo a ver si andaba por su casa... el hijo de Reuis, Ruisito, es un muchacho muy bueno que vivió en el 3-B con el padre hasta que se casó hace dos o tres años, y yo tengo el teléfono de su casa y del trabajo. El caso es que llamé a Ruisito por teléfono, pero él tampoco sabía nada del viejo. Empecé a preocuparme un poco pensando en que a lo mejor le había dado una fatiga o algo así. Tocamos con fuerza en la puerta del apartamento, y nada. Volví a tocar más

fuerte, y los vecinos empezaron a asomarse... usted sabe cómo es eso: «¿qué pasa, Lorna?» Nada, nada, que el viejo Reuis no nos contesta, y Rigoberto, el vecino de al lado, el del 4-B, «no que yo me voy a asomar por la ventana a ver». Se asomó y nos dijo que no se veía casi nada, que todo estaba oscuro, pero que la puerta del fondo estaba entreabierta y que él iba a dar la vuelta... Óigame, teniente, para qué contarle... cuando ese hombre, Rigoberto, nos abrió la puerta de la calle del 3-B, estaba blanco, blanco, blanco y nos dijo: «por su madre, Lorna, que el viejo Reuis está en el comedor en un charco de sangre, que lo han matado Lorna, yo creo que lo han matado al viejo...» Y el capitán Alfredo Sánchez, que vive en los altos y llegaba en ese momento le dijo: «sal de ahí, Rigoberto, quítate de la puerta y al apartamento no puede entrar más nadie», y entró él y al poquito rato salió otra vez diciendo que Reuis está muerto y que cerré la puerta del fondo y que nadie más puede acercarse a él y que «llame a la policía, Lorna, que yo me voy a quedar aquí para vigilar que nadie entre». Y yo fui y los llamé a ustedes.

—Muy bien —dijo Alfonso cuando se dio cuenta de que la mujer había terminado su relato—. Como le dije, luego hablaremos con más calma para precisar algunas cosas. Por favor, llévenos ahora al apartamento 3-B.

El apartamento 3-B cuenta de sala, comedor, cocina y dos habitaciones con baño intercalado. Una distribución idéntica a la de miles de apartamentos similares en la ciudad. Separamos al público de la puerta y Alfonso entró linterna en mano, puesto que la iluminación interior era bastante pobre a pesar de estar pasado el mediodía. Proyectó la luz hacia el bulto que formaba el cadáver y que podía verse un poco más allá, en el comedor. Examinó después cuidadosamente el espacio que se extendía desde la puerta hasta la víctima, y, cuando se cercioró de que no ofrecía huellas u objetos de interés, caminó lentamente en dirección al cuerpo inerte y lo examinó con detenimiento. Regresó entonces a la puerta y con el extremo de un bolígrafo accionó el interruptor... la sala se iluminó completamente.

—Teniente, ahí viene el personal de la técnica —anunció el sargento, que se había quedado afuera.

Tres hombres entraron en el apartamento: un teniente, un sargento con su maletín y un soldado provisto de un equipo fotográfico.

—¿Qué tal, Falgueiro? Hola, Luisito —saludó Alfonso, y los dos aludidos respondieron su saludo. El oficial, Falgueiro, preguntó después:

—¿Podemos pasar?

—Pasen, sí... Tú también, Reinaldo —respondió Alfonso—. Sargento, cuando llegue el forense, me avisa. Cierren la puerta sin tocar el pomo, por favor.

En verdad, yo me sentía algo impresionado y dirigía discretas miradas al sitio que ocupaba el cadáver. Alfonso me presentó:

—Conozcan a Reinaldo. Está trabajando ahora conmigo... Falgueiro, Luis... y al compañero no tengo el gusto.

—Se llama Humberto... Humberto García —dijo Falgueiro—, y, como tú dijiste con relación a Reinaldo, Humberto está trabajando ahora conmigo.

El joven se desenredó de sus cámaras y estuches para darnos la mano.

—Nuevo también —aseveró Alfonso.

—También. Y ese es su primer caso.

—Dos novatos en un caso —comentó mi jefe—. Hay que tener preparado el amoníaco por si acaso.

Todos sonreímos.

—Humberto conoce su oficio, ya lo verás —dijo Falgueiro, y agregó, dirigiéndose esta vez al fotógrafo—:

—Tu primer caso y te toca trabajar con Alfonso... es como si para que aprendieras a nadar te tiraran en la Bahía de La Habana: o nada... o nada.

Humberto hizo una mueca que trataba de ser una sonrisa.

—¿Me otorgas la patria potestad? —preguntó Alfonso a Falgueiro, haciéndole el juego.

—Y las demás potestades —le respondió el técnico, y añadió—: Ponte a las órdenes del teniente Alfonso, Humberto... Aquí acaba la teoría y empieza la práctica criminalística.

—Luisito —dijo Alfonso—, a ti no hay que decirte nada. Empieza por el interruptor de al lado de la puerta y trabaja la sala hasta que llegue el forense. Que nadie se acerque al cadáver. Y tengan cuidado con los lugares donde pisan, que pueden haber máculas de sangre.

Luis abrió su estuche dactiloscópico y empezó a trabajar. Alfonso llamó a Humberto.



—¿Qué cámara tienes? —le preguntó.

—Una Nikon F2, teniente.

—¿Lentes?

y —El normal... de **efe uno punto cuatro**, ángulo ancho y tele-foto.

—Bien... ¿Película?

—Doscientas cincuenta asas.

—¿Dos cincuenta? No es lo mejor. Da mucho grano. Para este tipo de labor preferimos las ochenta asas.

—En el carro hay —intervino Falgueiro.

—¿Trajiste trípode?

—No lo necesito —afirmó Humberto—. Tengo un pulso muy bueno.

—Nada de pulso bueno. Por muy sereno que sea el pulso de un fotógrafo, se ha demostrado científicamente que las tomas con cámara en mano siempre desmerecen algo. ¿Trajeron o no trajeron trípode?

—Está en el carro —dijo Falgueiro sonriendo.

—¿Y escalera?

—En el carro también —respondió Falgueiro—. Siempre vengo preparado cuando me toca trabajar contigo. Humberto, ve y busca la película que quiere Alfonso, y trae de paso el trípode y la escalera. Déjalo todo ahí afuera hasta que yo te avise.

—¿Traigo dos rollos de ochenta asas, teniente Alfonso? —preguntó tímidamente Humberto.

—¿Dos rollos? —saltó Alfonso—. ¡Dos, no... doce! Escucha: yo quiero sentarme luego en mi oficina y reconstruir este apartamento pulgada a pulgada. Vas a tomar tres negativos de cada vista; uno con exposición normal, otro con dos exposiciones por encima, y el tercero con dos por debajo. Harás luego un revelado cuidadoso, sin el más mínimo arañazo. Las ampliaciones en papel blanco, con brillo, contraste normal... ya Falgueiro te explicará más detalladamente.

—Perdone, teniente... usted es fotógrafo, ¿verdad? —preguntó Humberto, sin salir todavía de su asombro.

—No —le respondió Alfonso—... ni tú tampoco. Tú **eras** fotógrafo; ahora eres policía-fotógrafo. Policía primero y fotógrafo después, Humberto. Una inspección ocular es trabajo para ti, un trabajo duro y de mucha

responsabilidad. No puede haber errores o descuidos porque no existirá ocasión para repetir una foto. No se trata de tirar postales en un cumpleaños.

—Comprendo, teniente —dijo Humberto, y salió a buscar lo que se le había pedido.

### III

El cadáver estaba sobre su costado derecho, con la cabeza en un charco de sangre parcialmente seca y en posición diagonal respecto al rectángulo que forman las paredes del comedor del apartamento 3-B. En la sala había un sofá, dos butacas, una mesa de centro y dos sillas. En otra pequeña mesa, en un rincón de la sala, estaba el teléfono.

—Alfonso —se nos acercó Luis, el técnico en dactiloscopia—, no encontré nada en el interruptor.

—Chequea la puerta, el pomo sobre todo —le respondió Alfonso sin dejar de revisar muebles y paredes con ayuda de la luz rasante de su linterna.

—En el pomo de la puerta hay dos huellas —nos anunció Luis un poco después.

—¿Se pueden levantar?

—Creo que sí.

—Levántalas... aunque supongo que sean de la víctima o. del compañero que entró por el fondo para abrir.

—Alfonso, ven acá —llamó Falgueiro—, encontré algo en la pared.

Nos acercamos. El oficial nos señaló un espacio en la pared.

—Parece un coágulo —me atreví.

—Más bien una astilla de madera ensangrentada —rectificó Falgueiro, y añadió, un tanto desolado—: es muy pequeña para tener huellas.

—Márcala —dijo Alfonso.

Falgueiro trazó un círculo de color alrededor, del hallazgo.

—Levantadas las huellas del pomo de la puerta —informó Luis desde un poco más allá—. No hay otra cosa por aquí.

—En el piso de la sala tampoco hay nada —dijo Alfonso, y agregó—: Chequea ahora los muebles para **liberar** la habitación.

Falgueiro seguía ocupado en las paredes. Trabajamos en completo silencio durante algunos minutos.

—En los muebles no aparece nada —volvió a anunciar Luis—; pero en el teléfono veo varias huellas.

Tocaron en la puerta y Alfonso se asomó y miró, sin abrir mucho. Después la abrió completamente.

—Llegó el forense —anunció, dándole paso a un moreno alto, con gafas montadas al aire y bata blanca.

—Buenos días —saludó el recién llegado.

—¿Qué tal, médico? —le saludó Alfonso.

—Buenas, doctor —dijo Falgueiro desde su lugar en la pared.

—Mucho trabajo, ¿eh? —dijo el forense—. ¿Qué tenemos, Alfonso?

—Asesinato... estrangulamiento, según parece. Pero ya eso es meterme en su terreno.

—Usted puede hacerlo. Su experiencia lo autoriza, ¿Se puede pasar al comedor?

—Podemos mirar, pero sin tocar nada —le aclaró Alfonso—. Todavía no hemos examinado la pieza ni fotografiado siquiera el cadáver.

El médico se acercó al cuerpo sin vida del anciano, mirando bien dónde ponía los pies. Se agachó junto a él, y extrajo una fina varilla de madera del bolsillo de su bata.

—Creo que se trata de un estrangulamiento, sí... pero también hay un golpe en la cabeza... —movió un poco los cabellos ensangrentados, y agregó—: ...aunque no parece ser mortal.

—¿Muerte por asfixia entonces?

—Existen varios mecanismos que producen la muerte en el estrangulamiento —explicó el forense mientras se incorporaba y guardaba nuevamente la varilla en la bata—. Uno de esos mecanismos es la asfixia. Otro, la compresión de los vasos cervicales. Pero, en este caso, aunque sólo se trata de una apreciación, por supuesto, me parece que la muerte se produjo por parálisis cardíaca. La autopsia confirmará o negará lo que digo..... La parálisis cardíaca es un fenómeno nervioso producido por lo que se ha dado en llamar **shock laríngeo**.

—¿Debido a la estrangulación?

—Debido a la estrangulación... El shock es producto de la presión sobre la tráquea... se trata de una cuestión puramente técnica.

—¿Ha observado la soga, doctor? ¿Cree que tenga algo de peculiar? —le preguntó Alfonso, luego de una corta pausa.

—Es el tipo común que se utiliza para empaquetar... Lo que sí me ha llamado la atención es el nudo en la parte posterior del cuello.

—No veo raro que el estrangulador haya hecho un nudo —dijo Alfonso.

—Me refiero al tipo de nudo...

—¿Qué tiene?

—Permítame que no se lo diga hasta tanto no estar completamente seguro.

Alfonso quedó pensativo unos segundos.

—Entonces —dijo después—, deberíamos prever que cuando quiten la soga la corten por el frente para conservar intacto el nudo.

—Yo me encargaré de eso en medicina legal —le aseguró el especialista. Falgueiro se acercó.

—Terminamos en la sala —anunció—. Podemos llamar a Humberto para que tome las fotos de la sala y del cadáver... así el doctor Abreu podrá realizar su trabajo

Poco después Humberto entró en el apartamento dando tumbos con el trípode, la escalera y el resto de sus equipos fotográficos.

En la sala aparecieron otros indicios, aparte de la astilla ensangrentada adherida a la pared y de las huellas detectadas en el pomo de la cerradura y el teléfono. Sobre la butaca más próxima al cadáver encontramos pequeñas salpicaduras oscuras que resultaron sangre humana ante la prueba química aplicada por Falgueiro. En el piso de la sala y en el del comedor, entre la víctima y la butaca mencionada, había también manchas de sangre, así como en la pared, en un área cercana a la astilla. Todo esto fue fotografiado meticulosamente, al igual que la disposición de los muebles en la sala, de la que se tomó una vista **aérea**, con Humberto haciendo equilibrios sobre la escalera, y provisto con una cámara de lente de ángulo ancho. Se tomaron, además, fotos panorámicas de las paredes y del techo.

Después, Humberto captó vistas del cadáver desde cuatro lugares distintos, y recogió detalles fotográficos de sus manos, el cuello y la cabeza,

y varias vistas aéreas más de los muebles, con el fin de fijar su posición relativa respecto al resto de la habitación.

Alfonso se me acercó:

—Es evidente que el asesino no se encuentra dentro de la casa... Avísale a Frank para que empiece las indagaciones.

—¿Las indagaciones?

—Sí, él sabe... se trata de entrevistar a los vecinos con la ayuda de la compañera del CDR y averiguar si alguien vio, oyó o sintió algo de interés, y si conoce cualquier cosa relacionada con la víctima o con sus familiares que pueda resultar importante para el caso. Frank sabe.

Cuando regresé de hablar con Frank, Humberto había terminado y Alfonso y el doctor Abreu tenían puestos guantes de cirujanos y estaban en cuclillas al lado del muerto. Observaron cuidadosamente la zona del cuello, la cabeza y el abdomen de la víctima. Después hicieron girar el cadáver hasta exponer ante ellos la parte que antes descansaba sobre el piso. Abreu levantó las ropas de esa región e hizo algunas observaciones a Alfonso, que las escuchó atentamente... Llamaron a Falgueiro. Alfonso sostenía una de las manos del anciano.

—Mira —le dijo—: hay algo debajo de esta uña.

—A ver... —Falgueiro sacó una lupa de su maletín y detalló la uña señalada.

—Tráenos la lupa grande, Reinaldo —me indicó Alfonso sin dejar de mirar la mano.

Le alcancé lo que me pedía: una lupa ciclópea de diez pulgadas de diámetro. Alfonso la sostuvo ante Falgueiro.

—Parecen restos epiteliales —dijo este por fin—... y hay también algunos pelos.

—¿Serán del asesino?

—Es posible —afirmó Falgueiro—. Quizás haya habido lucha y estos restos son del brazo o del pecho del asesino... es muy posible que así sea.

—Bueno, Alfonso —dijo Abreu después, incorporándose—. Por mi parte no hay nada más que hacer, salvo levantar el acta. La autopsia dirá el resto.

—Puede sentarse en un mueble de la sala para redactar el acta, doctor —le indicó Falgueiro—. Mientras, nosotros tomaremos las huellas dactilares de

la víctima para hacer el descarte.

Cuando concluyó y firmó el acta de levantamiento del cadáver, Abreu se asomó a la puerta del apartamento y llamó a los camilleros. Alfonso y Falgueiro, una vez tomadas las huellas dactilares, estaban ahora atareados en raspar la zona bajo las uñas. El producto de su trabajo lo colocaban en pequeñas botellas de vidrio de boca ancha. Sobre el rótulo en blanco de cada recipiente yo hacía anotaciones que me dictaba Falgueiro. Terminamos y los ayudantes del forense pusieron al anciano sobre la camilla, lo cubrieron con un nailon opaco y salieron con él del apartamento 3-B. Alfonso se acomodó en el sofá, cerca del doctor Abreu.

—Dígame, médico —le preguntó—: ¿qué conclusiones ha podido sacar?

—La muerte ocurrió entre las siete y las nueve horas de la mañana de hoy —dijo Abreu, limpiando con cuidado el cristal de sus gafas—. El cadáver presenta una contusión en la región parietal izquierda que debe haber sido producida por un objeto duro provisto de un ángulo recto. El golpe en cuestión, o bien se produjo estando la víctima de espaldas al agresor, o situado este último en un plano superior y bastante más alto que el anciano. El golpe es anterior al estrangulamiento con la soga, y dejó posiblemente aturdido al agredido, o sin conocimiento, momento que aprovechó el asesino para rodearle el cuello con la soga y consumir el crimen. La causa indirecta de la muerte es estrangulamiento con cuerda. La directa, y en este caso aclaré antes que sólo estoy haciendo una suposición, paro cardíaco producido por un shock laríngeo con reflejo sobre el neumogástrico. Nada más se puede concluir por ahora.

—¿Cuándo piensa hacer la autopsia?

—Son casi las tres de la tarde... —dijo el médico, consultando su reloj pulsera—. Podemos dejarla para mañana por la mañana, digamos a las siete. Así puede estar presente si lo desea.

—Trataré de estar allí a esa hora.

En ese momento entró en la sala el teniente Falgueiro con algunos recipientes y adminículos para hacer análisis químicos.

—Alfonso —dijo—, ven un momento a la cocina... creo que hay algo interesante. Usted también, doctor, pero con cuidado de no tocar nada.

En camino hacia la cocina, Falgueiro nos señalaba los círculos de tiza en el piso al efecto de que no fuéramos a ponerles los pies encima. Una vez que nos ubicamos en el pequeño local, nos explicó:

—Las gotas de sangre que vieron en el piso del comedor indican que el asesino se dirigió a la cocina después de consumar el hecho. Posiblemente traía las manos manchadas de sangre y de ahí las gotas en el piso. Creo que se trata de sangre de la víctima, aunque bien pudiera ser del propio asesino ya que no sabemos si se produjo lucha y fue herido en ella. Lo sabremos con toda seguridad cuando se haga el análisis químico de la sangre del anciano y se confronte con el de las gotas en el piso... Pero, volvamos al asesino que llega a la cocina con las manos manchadas de sangre y se acerca al fregadero para lavárselas —señaló el fregadero con un grifo y una llave en forma de paleta, cromados—. Aquí, al parecer, el asesino se lavó las manos. Hay restos hemáticos en el fregadero y en el paño que está al lado. Sin embargo, y esto es lo que me ha llamado la atención, en el grifo no hay huellas de sangre, ni siquiera residuos, ya que los reactivos indicarían la presencia de sangre humana o animal, aunque fuera en cantidades prácticamente microscópicas... La pregunta es esta: ¿si traía las manos ensangrentadas, cómo abrió el grifo sin mancharlo? Y si lo manchó, ¿por qué se tomó el trabajo de lavarlo cuidadosamente si no se preocupó por limpiar el fregadero, ni la pared, ni el área cercana al fregadero?

Todos quedamos en silencio, pensando nuestras diferentes conjeturas.

—¡Un momento...! —dijo por fin Alfonso; parecía sumamente entusiasmado—. Doctor, ¿puede hacerme el favor de lavarse las manos en el fregadero?

—¿Yo? —se extrañó el médico.

—Sí... se trata sólo de un pequeño experimento de instrucción —le aclaró Alfonso, y explicó—: Vaya al fregadero y haga como si recién hubiera terminado una intervención quirúrgica o se dispusiera a hacerla y lávese las manos como acostumbra a hacerlo en estos casos.

Abreu se acercó al grifo. Nos miró a todos todavía extrañado, y se dispuso a lavarse las manos.

—Basta —lo detuvo Alfonso cuando abría la llave.

—Me doy cuenta —dijo Falgueiro.



Yo estaba en las nubes.

Abreu cerró la llave. Tuve la impresión de que el forense estaba como yo.

—Esa es posiblemente la forma en que el asesino abrió el grifo, con el antebrazo, como acaba de hacer usted. Por eso no hay manchas: no tuvo que lavarlo, porque no lo tocó.

—¿Insinúa usted que el asesino es médico?—preguntó Abreu, un tanto confundido.

—No necesariamente —respondió Alfonso con toda calma. Sólo quise demostrar que puede tratarse de alguien que abre los grifos sin tocar la llave. En un médico, un enfermero, o en un estudiante de Medicina, ese gesto de abrir el grifo con el codo o con el antebrazo viene siendo algo casi automático, condicionado. Quien mató al anciano puede haber tenido ese reflejo... aunque tampoco podemos descartar totalmente la posibilidad de que haya lavado cuidadosamente el grifo. Algunos asesinos han hecho cosas más inverosímiles que lavar un grifo y una llave. Por otra parte, hay que tener en cuenta que la persona que llegó a esta cocina con las manos ensangrentadas venía en un estado de gran excitación nerviosa que a lo mejor lo indujo a hacer cualquier cosa que ahora nos parezca irracional.

## IV

Mientras que Frank entrevistaba afuera a los vecinos y conocidos del anciano asesinado, dentro del 3-B continuábamos la inspección ocular. Sobre la mesa del comedor encontramos dos vasos y una jarra de cristal con abundantes huellas dactilares, y los embalamos cuidadosamente con el objeto de hacer luego un examen más detallado de ellos en el laboratorio. Por otra parte, recogimos muestras de sangre del piso del comedor, del forro de la butaca, de la pared de la sala y del fregadero. El comedor y la cocina fueron fotografiados por Humberto con igual meticulosidad que la sala.

En la búsqueda de huellas en el comedor y la cocina, Alfonso, Falgueiro y Luis pusieron mucha atención, puesto que de aparecer en estos lugares una huella flemática podría presumirse que fuera del victimario, ya que, evidentemente, el anciano no habría podido moverse después de la agresión. Si la hipótesis de que el asesino, después de consumado el crimen, se había dirigido al fregadero a lavarse las manos resultaba cierta, teníamos que encontrar la huella flemática entre la posición ocupada por el cadáver y la cocina. La dirección de las salpicaduras en el piso del comedor parecía confirmar esto... Pero ni en el comedor ni en la cocina encontramos la dichosa huella. Ni siquiera un fragmento de huella. Además, tampoco el asesino había pisado una gota de sangre en su deambular por la casa, así que no teníamos la impresión de una parte de sus zapatos. Nada.

Alfonso nos invitó a reunirnos en la sala del apartamento para reconsiderar el caso antes de continuar la inspección en los cuartos.

—Falgueiro —dijo—, vamos a analizar lo que hemos observado hasta este momento y a tratar de hacer algunas conjeturas sobre el **iter criminis**. Ayúdame, que tú eres un experto en la teoría de las versiones.

—Conjete usted primero, maestro —bromeó Falgueiro.

—Bien... digamos que entre las siete y las nueve de la mañana de hoy un individuo entró en esta casa. ¿Cómo lo hizo? No hay signos de fractura o

violencia, ni los vecinos oyeron nada sospechoso, así que podemos presumir que entró valiéndose de la astucia o del engaño, o que era una persona conocida por Reuis.

—Sí. Ocurre que la gente a veces es incauta —dijo Falgueiro, y agregó a modo de explicación—: De noche ponen trancas tras de las puertas y echan dobles llavines. No le abren a nadie a no ser con extremas precauciones. Pero de día suponen que nada les va a pasar y son más confiados.

—Y esa confianza es la que aprovechan los delincuentes —aceptó Alfonso, y continuó su exposición—. Decía que el asesino entró en la casa. El anciano entonces se sentó en esta butaca. Estando ambos en esa posición, nuestro hombre agredió sorpresivamente a Reuis con un objeto duro y que tiene un ángulo recto... no con un bate de béisbol, ni con un palo de trapear, sino con algo... algo rectangular... una tabla, la pata de una mesa. Algo de madera.

—¿Y por qué precisamente de madera? —pregunté.

—Por la astilla en la pared —me aclaró Alfonso—. Suponemos que la astilla ensangrentada que encontramos en la pared de la sala saltó del objeto con que fue golpeada la cabeza del anciano... los huesos del cráneo son muy duros.

Falgueiro decidió forzar un tanto el análisis:

—Tenemos ya al anciano sentado en la butaca y golpeado en la cabeza —dijo—. ¿Que más?

—El golpe lo alarma y Reuis trata de huir. El asesino le cierra el paso, supongamos que por aquí... —Alfonso se colocó junto a la butaca— de forma que la puerta de la sala queda bloqueada. El anciano huye hacia el comedor, o trata de huir, porque el golpe ha sido brutal. Cae al piso... aquí. El hombre lo alcanza y le pone la soga alrededor del cuello. Lo estrangula. Durante todo este tiempo, la víctima ha sangrado abundantemente por el golpe recibido en la cabeza. El asesino se ha manchado las manos de sangre y va hacia la cocina, pues supone que allí pueda lavarse. Abre el grifo con el codo o con el antebrazo, como hemos deducido ya. Se lava. Se seca con el paño... y no ha dejado huellas al parecer.

—Hasta aquí todo me parece bien —concedió Falgueiro.

—Podríamos explicar la ausencia de huellas suponiendo que el autor del hecho haya usado guantes —sugirió Alfonso.

—No lo creo —dijo Falgueiro categóricamente.

—¿Por qué?

—Entró en la casa mediante astucia o engaño... seguramente le ha dicho al anciano que es un funcionario de Salud Pública o de alguna otra entidad estatal que acostumbra a hacer visitas a domicilio. De haber traído guantes puestos, esto lo delataría en la calle y lo haría sospechoso ante su víctima. En nuestro país no es frecuente usar guantes, y mucho menos en verano. Además, su preocupación de lavarse las manos luego de consumado el crimen... No, me inclino a desechar la idea de los guantes.

—Supongamos entonces que no los usó. Ahora bien, basados en esta versión del hecho, ¿qué sabemos de la personalidad del agresor?

—Pienso en un delincuente habitual —dijo Falgueiro, y agregó—: la hora, la forma de entrar, la preocupación por lavarse las manos y no dejar huellas... El hombre en cuestión tiene conciencia del peligro que puede significarle dejar huellas dactilares.

—Sí —convino Alfonso—, la hora y la forma de entrar me hacen pensar, igual que a ti, en un delincuente habitual... no tanto la preocupación por lavarse las manos y la ausencia de huellas. La dactiloscopia se ha popularizado mucho y hasta los niños conocen de huellas dactilares. De todas formas, hay otras cosas que hacen pensar también en un delincuente habitual: la forma de evasión por la parte trasera del apartamento, por ejemplo... Da la impresión de que ha estudiado el lugar donde va a actuar y sabe que el pasillo trasero conduce a la calle. Ha meditado y preparado bien su acción. En resumen, todo el **modus operandi** se corresponde con el de un delincuente habitual.

—Por otro lado —agregó Falgueiro—, el asesino es astuto, temerario, cruel. Es posible que tenga instrucción pues aparentemente ha tenido alguna relación con la Medicina. Posee, además, serenidad y sangre fría.

—Astucia, crueldad y sangre fría. Acepto esas características —dijo Alfonso—; pero el resto prefiero dejarlo pendiente hasta más tarde. Nos quedan dos habitaciones y un baño por inspeccionar. Tengo la impresión de que ahora sabemos mejor lo que buscamos. Arriba.

La puerta que da acceso desde la sala hasta el dormitorio había permanecido cerrada. Luis espolvoreó la cerradura y anunció:

—Negativo.

Alfonso abrió entonces la puerta y vimos una habitación amueblada discretamente. En una de las mesas de noche, al lado de la cama, había un radio, y en la otra, varios libros. Ceniceros, uno de ellos con colillas de cigarros. La habitación, en general, se observaba ordenada y limpia. El escaparate tenía las llaves, colgando de una de las puertas.

—¿Qué te parece, Falgueiro?

—Una sorpresa —respondió el aludido. —Todo parece muy normal... —afirmé.

—Ahí radica la sorpresa —me dijo Alfonso—, en que todo aparece muy normal. Pasemos al otro cuarto.

El segundo cuarto tiene acceso al comedor y al baño. Después de que Luisito repitiera sus funciones con los polvos reveladores y levantara algunas huellas sobre el pomo, entramos en la pieza. Estaba llena de libros. Es la habitación de mayores dimensiones del apartamento 3-B y los libros cubrían todo el espacio disponible en las paredes, sobre estantes de piso a techo y de pared a pared, con la sola excepción de un pequeño lugar destinado a una pizarra. Los muebles consistían en un buró de caoba, una silla giratoria, dos butacas, forradas en imitación de piel y dos mesitas auxiliares con más libros y algunos ceniceros. Un aparato de aire acondicionado funcionaba y la habitación se mantenía más fría que lo necesario para el gusto normal de una persona. La biblioteca, evidentemente, resultaba el centro del apartamento, el sitio preferido del dueño.

Todo estaba también ordenado y limpio.

—Bueno, bueno... —dijo Falgueiro, dirigiéndose a Alfonso—, ¿qué te parece?

—Esta habitación no parece tener relación alguna con el resto de la casa... aunque sí con su ocupante —respondió Alfonso—. Pudiera asegurarse que el anciano Andrés Reuis **vivía** en este cuarto.

La biblioteca del 3-B nos reservó algunas sorpresas. Cuando Luis concluyó con sus operaciones dactiloscópicas, luego de más de dos horas de trabajo paciente y arduo, nos avisó:

—Hay otra puerta aquí.

Efectivamente, una puerta a la derecha de la biblioteca da acceso al baño, y en la pared de la izquierda hay otra similar.

—¿La chequeaste? —preguntó Alfonso.

—Ya.

Alfonso la abrió y detallamos el interior de un closet de considerable tamaño: dos archivos metálicos, una pequeña caja fuerte empotrada al fondo y un refrigerador doméstico en funcionamiento. Nuevo espolvoreo por parte de Luis.

—Hay algo en el piso —anunció.

—¿De qué se trata?

—Una cáscara de plátano.

—No la toques... puede ser interesante.

—Descuide.

Revisamos los archivos y estaban repletos de revistas técnicas. La caja fuerte la dejamos en espera de un perito o de algún familiar que conociera la combinación.

Dentro del refrigerador se conservaban los alimentos usuales. Lo que a todos nos parecía insólito era que el aparato estuviera precisamente dentro del closet de la biblioteca, y no en el comedor o en la cocina, donde había espacio suficiente para colocarlo. Sobre el refrigerador, en una pequeña cesta de mimbre, hallamos siete plátanos fruta de los conocidos por «Yonson»; del octavo plátano apareció solamente la cáscara encontrada por Luis, la que fue recogida con todo cuidado y depositada en un sobre convenientemente identificado. Nunca había visto tratar a una simple cáscara de plátanos con tantas cortesías. Le pregunté el motivo a Alfonso.

—El dueño de esta casa era un hombre pulcro y ordenado —me explicó—. Para comprobar esto que le digo nada más que hace falta mirar alrededor. ¿Te parece que alguien así se coma un plátano y tire la cáscara al piso?

—No —le respondí.

—Y si ese hombre de que hablamos encontrara una cáscara en el piso, ¿qué crees tú que haría?

—Recogerla, desde luego.

—De lo que se deduce que el plátano se lo comió otra persona... alguien a quien no le importaba tirar la cáscara al piso.

—Y esa otra persona seguro fue el asesino —aventuré.

—Es posible... En hechos como este, cometidos en viviendas, no es raro que el delincuente coma u orine o haga cualquier otra cosa aparentemente absurda. Debe existir alguna relación psicológica que lo lleva a ingerir o a expulsar algo, ya que se trata de un fenómeno observado muchas veces. Casi me atrevería a decir que fue el asesino de Reuis quien se comió el plátano y tiró la cáscara al piso.

Luis, Falgueiro y Humberto andaban todavía ocupados con las habitaciones y el baño del apartamento 3-B cuando respondí a un llamado en la puerta del frente. Era Frank.

—Misión cumplida, teniente —dijo, mientras le alargaba a Alfonso varias hojas manuscritas.

—Hazme un resumen, por favor...

—El ciudadano que resultó muerto se llamaba Andrés Reuis y Pérez, de setenta y dos años de edad. Era el padre de Andrés Roberto Reuis y Arencibia, de veinticinco años, que está localizado y con quien puede hablar cuando lo desee. Al joven Reuis le dicen Ruisito desde niño, lo que creo que viene de «Reusito», que es más difícil de pronunciar. Es ingeniero químico y trabaja en la Empresa Cubana del Petróleo.

—Háblame del anciano —pidió Alfonso.

—Reuis enviudó... —Frank consultó una de las hojas— hace cerca de quince años y terminó de criar solo a su hijo, en este mismo apartamento. Vive aquí desde hace unos treinta años, y es el más antiguo de los vecinos. No tenía ocupación conocida. Se trataba de un hombre de gran cultura y de amplios conocimientos Técnicos, muy querido y respetado por todos, según se dice, y siempre dispuesto a servir a los demás. Los niños del barrio lo estimaban mucho y le decían «abuelo»; el viejo los ayudaba en sus tareas y les regalaba caramelos y otras chucherías cuando ellos venían a su casa. Era miembro activo del CDR. No poseía otra integración ni tenía historial revolucionario. Dicen que hablaba tres o cuatro idiomas perfectamente; pero lo más curioso, según creo, es que nadie recuerda haberlo visto nunca trabajar en algo, ni antes ni después del triunfo de la Revolución. Manifestaba vivir de

sus ahorros y era pródigo y espléndido con todo el mundo. Hace dos meses se casó la hija de la vecina de al lado y Reuis le regaló nada menos que quinientos pesos para la luna de miel. El viejo se justificaba diciendo que ya no le quedaban muchos años de vida y que sus ahorritos le sobraban. Sin embargo, nunca hizo ostentaciones y vestía modestamente. No tuvo jamás automóviles y no usaba prendas de valor.

—¿Qué piensa el hijo acerca del padre? —preguntó Alfonso, terminando de anotar algo en su agenda de trabajo.

—Lo quería y lo respetaba mucho... ya lo oiré personalmente.

—En cuanto a la presidenta del CDR...

—Lo mismo que le he dicho, teniente: todos coinciden en que el anciano era una excelente persona y un hombre culto y amable. En el barrio lo consideraban como una especie de científico distraído y olvidadizo, aunque no achacoso ni arterioesclerótico. El hijo afirma que siempre fue así, y que se pasaba gran parte de la noche y del día leyendo o estudiando en su biblioteca.

—¿No sería una especie de impostor, Frank?

—No lo creo... Nadie es impostor durante más de treinta años. Tengo la impresión de que el viejo Andrés Reuis era todo un personaje.



La inspección ocular estaba casi terminada y Luisito salió con Frank a tomar las huellas dactilares de los vecinos que tenían acceso a la casa, al efecto de descartarlas de entre las encontradas en el apartamento de Reuis. Alfonso me ordenó que cubriera con una toalla el charco de sangre en el comedor antes de mandar a pasar a Andrés Roberto, el hijo de la víctima.

El joven ingeniero químico entró visiblemente consternado y no hacía más que mirar en dirección a la toalla que intentaba ocultar lo inocultable. El teniente Alfonso le indicó una butaca de la sala que lo obligaba a dar la espalda al comedor, y se sentaron.

—Todo esto me parece increíble... Todavía no puedo concebir la idea de que alguien haya matado a mi padre... es... absurdo.

—Sí... Resulta lamentable que estos hechos brutales ocurran. Creo que muy bien la humanidad podría haber superado ya esa forma de conducta... Quiero que me perdone si le molesto con algunas preguntas en un momento tan difícil para usted, pero es absolutamente imprescindible que lo haga. Necesitamos de su ayuda para encontrar lo antes posible al asesino de su padre.

—Puede contar conmigo, teniente... Esto es... monstruoso. Papá...

—En primer lugar, necesitamos saber si falta algo de la casa o de las pertenencias del anciano. ¿Guardaba el dinero o prendas de valor en la casa?

—Algún dinero, pero no mucho. En cuanto a prendas... papá no las usó nunca, ni siquiera reloj... Las prendas que eran de mi madre las conservo yo.

—¿Otras cosas de valor?

—No creo que haya nada de mucho valor en la casa... Mi padre era un hombre... cómo decirle...austero.

—¿Sabe dónde guardaba el dinero?

—En su cuarto, en una caja metálica dentro de su escaparate.

—Hágame el favor de comprobar si el dinero está en su sitio.

Fuimos al cuarto. Ruisito abrió resueltamente la puerta central del escaparate, y sacó una caja de color negro. La puso sobre una de las mesas de noche y contó su contenido.

—El dinero está aquí... hay seiscientos veintitrés pesos —anunció.

—¿No guardaba más dinero en esa caja?

—No. Nunca tenía más de mil pesos en la casa. Creo que está completo, aunque bien podría tener algo encima.

—Reinaldo —me ordenó Alfonso—, trae un paquete que está sobre la mesa del comedor.

Lo traje. El teniente vació su contenido delante de Ruisito: un llavero, un pañuelo, una billetera, y algunas monedas.

—Estas pertenencias estaban en la ropa que tenía puesta su padre cuando lo encontramos —le explicó—. Registre la billetera, por favor.

—Pero...

—Hágalo, por favor.

El joven contó los billetes.

—Cuarenta y dos pesos —dijo.

Alfonso quedó pensativo unos segundos. Después:

—¿Supone que no falta nada en la casa? —preguntó.

—Creo que no.

—Bien... Ahora, ¿puede decirnos qué guardaba su padre en la caja fuerte del closet?

—Papeles nada más... Los originales de algunos informes y trabajos científicos suyos.

—¿Algo más?

—Que yo sepa...

—¿Conoce la combinación de la caja?

—Sí.

—Ábrala, por favor.

Nos dirigimos a la biblioteca, y el hijo de Reuis abrió fácilmente la caja empotrada en la pared del closet. En efecto, sólo había papeles y documentos en su interior.

—Déjela abierta... es posible que más tarde, o mañana, revisemos algunas cosas.

—Con respecto a las pertenencias de mi padre, teniente...

—¿Es usted el heredero?

—Me refiero a los libros. Tengo interés en conservarlos.

—Lo que le pertenezca le será adjudicado cuando se liquide judicialmente la herencia. Pero, dígame una cosa, Andrés Roberto, ¿de qué vivió su padre durante toda su vida?

—Tenía dinero.

—¿Sabe cómo lo adquirió?

—Lo ignoro.

—¿Mucho dinero?

—Le quedan alrededor de trescientos mil pesos en una cuenta del Banco Nacional.

—¿Trescientos mil?

—Más o menos.

—Bueno —dijo Alfonso—. Supongo que esa cuenta también pasará a su poder oportunamente.

—No, teniente.

—¿No? ¿Por qué no? —se le veía algo intrigado a Alfonso.

—Mi padre arregló cuentas conmigo hace algún tiempo... A mí... cómo decirlo... no me interesa demasiado el dinero. Si le pregunté, fue sólo por los libros. Por otra parte, papá testamentó dejando su dinero a la Academia de Ciencias.

Cuando salió Ruisito, el teniente Falgueiro nos llamó. Falgueiro se había quedado echando una última ojeada al apartamento.

—Mira lo que encontré —le dijo a Alfonso, señalando un estuche de madera que había colocado sobre la mesa del comedor.

—¿Dónde estaba eso?

—En la cocina.

—Parece una caja de tabacos...

—Es un estuche de tabacos caros —afirmó Falgueiro, y agregó seguidamente—: Supongo que bastante antiguo. La madera es dura, pesada... y tiene restos hemáticos.

—¿Sangre? —pregunté yo, interesado.

—Restos —repitió Falgueiro—. En la parte inferior del estuche falta una astilla, que parece coincidir con la que encontramos en la pared de la sala. Me atrevería a asegurar que esta es el arma homicida.

Alfonso llamó de nuevo a Ruisito y le mostró la caja de tabacos.

—¿Recuerda dónde su padre guardaba habitualmente este estuche ? —le preguntó.

—Allí —señaló el joven sobre la mesa grande de la sala.

Ruisito se marchó otra vez, y Alfonso se volvió a Falgueiro.

—¿Hay huellas en la caja?

—No... está húmeda todavía. Parece que el asesino la lavó bien y la colocó después en uno de los estantes donde se guarda la vajilla. Pero la madera absorbió parte de la sangre y reaccionó positivamente ante la prueba química. Nos llevaremos el estuche para el laboratorio con el fin de examinarlo con más detenimiento y corroborar si la astilla que encontramos en la pared es, en verdad, la que le falta.

Ambos oficiales quedaron pensativos.

—¿Algo más, Falgueiro?

—Nada más.

—¿Habremos pasado algo por alto?

—Pienso que no.

—Terminamos entonces.

—Terminamos... por el momento —Falgueiro hizo una pausa—. ¿Que móvil has podido encontrar? ¿Robo?

—No... aparentemente no hubo robo.

—¿Entonces...?

—Asesinato —dijo Alfonso, y añadió—: Sin móvil aparente.

## VI

Nos despedimos de Falgueiro y de su equipo de trabajo, y nos dedicamos junto con Lorna, la presidenta del Comité de Defensa de la Revolución, a entrevistar durante cerca de dos horas a los vecinos y conocidos del muerto. Todas las declaraciones coincidían con lo averiguado antes por Frank. Citamos a varios vecinos y a Lorna para nuestra unidad, con el fin de tomarles declaraciones más detalladas, y sellamos, provisionalmente, el apartamento 3-B. El CDR se encargaría de vigilarlo mientras tanto.

Al terminar la conversación con Alfonso, Ruisito se había marchado, dejándonos su teléfono y su dirección particulares por si lo necesitábamos.

Ya cerca de las diez de la noche salimos por fin, cansados y hambrientos, del edificio señalado con el número 243 en la calle 15 del Vedado. Aparte de las tazas de café obsequiadas por Lorna, no habíamos ingerido otra cosa en más de diez horas de trabajo ininterrumpido. Para entonces empezaba yo a comprender la afirmación de mi superior, en el sentido de que un caso policíaco significa, en lo fundamental, mucho trabajo.

—Ahora, lo primero es informar adecuadamente a la jefatura todo lo relacionado con el caso —me dijo, sentados ya en el Lada—. Supongo que nos estén esperando y quizás se sientan algo defraudados cuando comprueben que no hemos adelantado demasiado.

—Pero, si hace diez horas...

—Muchos casos se resuelven en menos de diez horas... Después de informar al mando, hay que empezar con los papeles. No sé si puedes imaginarte el papeleo que lleva un asesinato. Eso es algo que tampoco sale en las novelas policíacas de que te hablaba cuando veníamos... En una conversación normal podemos omitir y obviar muchas cuestiones, vamos directamente a la enjundia del asunto; pero en un informe criminalístico hay que considerarlo todo, sopesarlo todo. Narrar lo que aconteció o pudo acontecer, y hacerlo en una forma concisa, sin incorrecciones formales ni

gramaticales; con absoluta escrupulosidad técnica y sin caer en omisiones ni olvidos... Una verdadera tarea, Reinaldo.

Llegamos al edificio de la calle Monserrate y subimos al tercer piso, a la oficina del primer teniente Montori. La secretaria nos franqueó la entrada de delitos.

—Para informar de los resultados de la inspección ocular y de la investigación preliminar en el caso del asesinato de la zona tres —dijo militarmente Alfonso.

—¿Ya comieron? —preguntó Montori.

—Todavía.

—¿Hay algo en el caso que no pueda esperar media hora?

—Nada.

—Coman entonces... Después suban y me informan.

Y nos quitó la vista de encima para sumergirse de nuevo en un grueso documento que estaba leyendo. Luego de asearnos un poco y comer con verdadero apetito, regresamos a la oficina de Montori.

—Llegamos al lugar de los hechos a las once y treinta y cinco minutos de la mañana...

Alfonso narró nuestra llegada, el encuentro con el personal de patrullas, la primera entrevista con Lorna, la entrada en el apartamento, la inspección preliminar del cadáver, su levantamiento, la inspección ocular de la casa, la entrevista con Ruisito, las nuevas entrevistas con Lorna y los vecinos... Diez horas de trabajo en diez minutos de información verbal.

—¿Qué deducción sacas? —presunto después Montori.

—Parece que el asesino logró entrar en la vivienda mediante engaño o astucia... o era algún conocido del anciano. Ya adentro, le asestó un fuerte golpe en la cabeza con un estuche de tabacos de madera dura, bastante pesado. Reuis cayó al piso y perdió total o parcialmente el conocimiento, ocasión que aprovechó el asesino para estrangularlo con una cuerda. Luego de hecho esto, se dirigió a la cocina donde se lavó con mucho cuidado las manos e hizo posiblemente lo mismo con el estuche. Abrió el grifo del fregadero con el antebrazo o el codo, a la manera que acostumbran los médicos y enfermeras. Después guardó la caja de tabacos en uno de los estantes de la cocina.

—¿Después?

—Después... Después se dirigió a la biblioteca, abrió la puerta del closet, peló un plátano fruta, se lo comió, y tiró la cáscara al piso.

Alfonso hizo una pausa.

—¿Y después? —lo apremió Montori.

—... al parecer se marchó por la puerta del fondo, que da acceso a un pasillo que sale a la calle.

—¿Robó algo?

—Nada. En la casa había más de seiscientos pesos. Estaban mal guardados, casi a la vista, y el propio anciano tenía encima cuarenta y dos pesos... pero el delincuente no cogió nada de eso.

—¿Registró la casa?

—Creemos que no... al menos, no encontramos indicios de que lo haya hecho.

—Entonces... —Montori lo miró fijamente—, ¿cuál consideras que sea el móvil del delito?

Alfonso quedó en silencio unos segundos.

—No se ha podido determinar, teniente —dijo después—. No existe móvil aparente.

—¿Pero supones que sea robo? ¿No será que el asesino no tuvo tiempo de consumir el robo?

—¿Y sí tuvo tiempo de lavarse las manos y de comerse un plátano?

Esta vez fue Montori quien quedó pensativo.

—Si el móvil no es robo... —empezó.

—Tampoco podemos afirmar que no lo sea —lo interrumpió Alfonso—; sino que más bien es un robo sin dinero.

—¿Qué puede haber robado entonces?

—No sé... algo de valor que no sea dinero.

Montori se frotó fuertemente la nariz, al extremo de ponerla casi roja.

—Dices que el hombre tenía muchos libros técnicos... ¿Sería...

—¿Un científico?

—Un científico.

—No sabemos aún si Reuis era o no un científico... pero sí que tenía una buena cantidad de libros técnicos y de ciencias: Matemática, Física,

Química... No creo que estemos en una época de científicos ermitaños y solos, con secretos misteriosos. Hoy en día la investigación científica requiere de grandes instalaciones, laboratorios, trabajo de equipos... Aunque de momento no podemos descartar la posibilidad de que Reuis tuviera en su poder algo de valor... algo que no es dinero ni prendas... y pudiera haber sido algo de valor intelectual, o algún libro raro... un incunable, por ejemplo.

—Sí, pueden haberle asesinado para robarle algo de valor intelectual, como tú has dicho —Montori hizo una pausa; se le veía algo preocupado—. Podemos pensar entonces en un caso de espionaje enemigo... Reuis a lo mejor poseía un secreto científico o tecnológico.

—Es posible, aunque no lo creo probable.

—Pero, ¿hay la posibilidad?

—La hay.

—En ese caso, deberíamos ponernos en contacto con Contra-Inteligencia.

—Opino que, en caso de hacerlo, debemos comunicarles la salvedad de que nos parece poco probable.

—Ningún caso criminal me gusta —dijo Montori—; pero este me está disgustando ya en particular ¿Cuál es tu plan de trabajo?

—Tenemos que esperar los resultados de las investigaciones dactiloscópicas y biológicas del laboratorio. Por ahí pudiera aparecer algo. Mañana por la mañana, o mejor dicho, hoy por la mañana asistiremos a la autopsia. Después quiero entrevistarme de nuevo con Andrés Roberto, el hijo de Reuis... me gustaría averiguar quién fue exactamente Andrés Reuis y de dónde sacó casi medio millón de pesos.

—¿Medio millón?

—Según el hijo, Reuis dejó en el Banco Nacional una cuenta con más de trescientos mil pesos, la que donó mediante testamento a la Academia de Ciencias de Cuba... es algo que me había olvidado mencionarle.

—Reuis era rico entonces.

—Bastante rico.

—¿Desde cuándo?

—Parece que desde hace muchos años... Era un gran hombre, según todos, muy pródigo y obsequioso; espléndido, diría yo, que no entiendo a la gente tan rica y tan espléndida. Nadie se hizo rico en el capitalismo siendo



espléndido y buenazo. Recuerdo que Martí dijo en cierta ocasión que quien nace pobre y honrado no tiene tiempo de llegar a ser rico y sabio... y este Reuis, rico, sabio y espléndido... no me huele del todo bien.

—Será que eres mal pensado —sonrió Montori.

—Será que **somos** mal pensados. Utilice el plural, teniente.

Bien pasada ya la media noche, estábamos en nuestra oficina, enfrascados en la redacción del informe previo del caso de asesinato sobre el anciano Andrés Reuis y Pérez, cuando sonó el timbre del teléfono. Alfonso descolgó y sostuvo una conversación casi monosilábica durante algunos minutos.

—Falgueiro... que todas las huellas encontradas en el 3-B han tenido que ser descartadas.

—Vaya —dije, pensando en lo que eso significaba: el asesino no había dejado huellas; las que encontramos en el apartamento se correspondían con las del propio Reuis o con las de personas que habitualmente visitaban la casa —. No hay huellas del asesino —agregué, por decir algo.

—No las hay. Fue muy escrupuloso... Seguro que se tomó el trabajo de limpiar cuidadosamente todos los lugares que tocó.

—¿No le parece que deberíamos reconsiderar la posibilidad de que haya usado guantes, teniente? —propuse.

—No sé... —Alfonso se veía bastante preocupado—, quizás se haya puesto guantes después de cometer el asesinato...

—De acuerdo con eso —me atreví un poco más—, se puede conjeturar también que haya registrado la casa con guantes puestos; que haya encontrado lo que buscaba, que no se trataba de dinero, y que se marchó con ello en su poder.

Alfonso sonrió.

—Sí, Reinaldo... todo eso se puede conjeturar. Pero ojo con las conjeturas sucesivas, porque las conjeturas, como los circuitos eléctricos, se pueden conectar tanto en serie como en paralelo.

—No le entiendo...

—Mira —extrajo una moneda de a veinte centavos—; si yo tiro esta peseta hacia arriba, según la Lógica y la Teoría de las Probabilidades, hay

una de dos posibilidades de que caiga con el escudo hacia arriba y una de dos posibilidades de que lo haga con el escudo hacia abajo. Si la vuelvo a tirar otra vez, hay una de dos posibilidades de que caiga de una manera o de la otra, y así sucesivamente. Pero, cuando hacemos conjeturas continuadas, o lo que es lo mismo, conjeturas en serie, tenemos que acertar en la primera para que se produzca la segunda, y acertar a la vez en la segunda para que la tercera pueda producirse. Cada conjetura queda condicionada por la anterior... Puedes comprenderlo todo mejor si te explico un absurdo juego llamado no sé por qué motivo «la ruleta rusa». Este «juego» consiste en coger un revólver de seis recámaras y cargarlo con tres proyectiles, dejando un espacio vacío entre cápsula y cápsula. Después se hace girar la masa, y se cierra al azar. Esto quiere decir que hay tres de seis posibilidades de que haya quedado un proyectil en posición de ser martillado, y tres de seis es lo mismo que una de dos. Si ahora me llevo el revólver a la sien y aprieto el gatillo, tengo la mitad de las posibilidades de reventarme la tapa de los sesos. Ahora bien, ¿qué probabilidad tendría en el tercer intento de acertar una recámara que no tenga proyectil? ¿Una de dos? ¿Una de cuatro? Nada de eso. En el tercer intento tendría sólo una de ocho posibilidades de salir con vida, porque si fallo en el primero o en el segundo, nunca llegaré al tercero... Creo que es un buen ejemplo para relacionarlo con las conjeturas conectadas en serie, ya que se debe acertar en la primera para que la segunda se dé, y acertar en la segunda para que ocurra lo mismo con la tercera. Y cuando hacemos suposiciones, no se trata muchas veces de tirar una moneda hacia arriba y volverla a tirar, sino de algo parecido a la «ruleta rusa», en la que si se pierde una vez, se acabó el juego. En la medida en que avanzamos por la cadena de las conjeturas, la probabilidad final de acertar disminuye y puede suceder que haciendo varias conjeturas perfectamente racionales, la posibilidad final de estar en lo cierto sea mínima.

—Es muy interesante, teniente —le dije cuando me di cuenta de que había terminado—, pero no estoy muy seguro de haber entendido.

Alfonso sonrió otra vez.

—Un oficial nuestro ya retirado —dijo—, lo simplifica todo diciendo que la suma policíaca de varias cosas posibles puede ser igual a un disparate.

Me pareció que estaba ahora menos preocupado.

## VII

A las seis y cuarenta y cinco minutos, del día 15 de septiembre, con Frank al timón, parqueamos frente al edificio del instituto de medicina legal.

La morgue de la Ciudad de La Habana no coincide en lo más mínimo con la imagen que habitualmente nos han hecho llegar la literatura y el cine a propósito de un lugar de este tipo. Lejos de ser un edificio tétrico y sombrío, de piedras grises y corredores mal iluminados, con sótanos pavorosos, nuestra morgue es una edificación moderna, bien ventilada, de colores alegres, cuyo aspecto se corresponde más con su función de centro de investigaciones científicas.

Por otra parte, en vez de llegar en una fría y nebulosa madrugada, lo hacíamos en una cálida mañana de septiembre, con los jardines poblados de flores y los árboles repletos de pájaros que gritaban a los transeúntes su alegría.

Entramos en el instituto por la puerta principal y una bella recepcionista saludó a Alfonso con muestras de vieja camaradería. Subimos a un local del piso superior, donde encontramos enseguida al doctor Abreu. Luego de saludarnos, el forense sacó un sobre amarillo de la gaveta de su buró y lo extendió a Alfonso.

—Ahí tienen la soga con la que estrangularon al anciano del Vedado —nos dijo, y agregó sonriente—: El nudo está intacto y ahora sí estoy en disposición de decirles algo sobre él.

Quedamos a la espera.

—El nudo parece confirmar la tesis del médico asesino o del enfermero asesino. Se trata de un nudo de cirugía, de los que usamos en las suturas quirúrgicas. Aunque no estoy muy seguro de que ese nudo no sea utilizado también por los marinos.

—Bien —dijo Alfonso, quien al parecer, no le había dado mucha importancia a la noticia—, ¿y de la autopsia?

—Estamos en tiempo —anunció Abreu después de consultar el reloj en su muñeca.

Descendimos otra vez a la planta baja junto con el especialista y tomamos por un corto corredor a la izquierda de la escalera, hasta llegar ante una puerta de vidrio esmerilado sobre la que podía leerse, en caracteres rojos TANATOLOGÍA.

Al traspasar el umbral, me asaltó un olor hasta entonces desconocido para mí, un olor dulzón, pero que me resultó un tanto repulsivo, seguramente por estar invadido de una ligera aprehensión... En cuanto a Abreu y a Alfonso, el olor no parecía molestarlos para nada y continuaron enfrascados en un diálogo acerca de una perturbación ciclónica que se movía amenazante a cientos de kilómetros de nuestras costas.

Continuamos por un ancho pasillo, y a nuestra derecha, a través de unas ventanas de cristal, vi un gran salón de disecciones con diez o doce mesas permanentes de acero níquel, escrupulosamente limpias. Al final del salón, el corredor se ensanchaba en un área donde algunos cadáveres esperaban su turno para ser conducidos al salón de las mesas vacías. Toda la pared posterior al lugar donde nos encontrábamos, está cubierta de puertas metálicas numeradas. Abreu se dirigió resueltamente a la número 23, y la haló. De la pared surgió una camilla que se deslizó con suavidad hasta dejar expuesto ante nosotros el cadáver desnudo de Andrés Reuis.

—Podrá traernos lluvia —decía el médico en ese momento—, pero según el último boletín meteorológico no ofrece peligro para Cuba.

Todavía hablaban de la perturbación ciclónica.

Dos ayudantes condujeron el cadáver hasta el salón que había visto al entrar en la sección de tanatología.

La sala de autopsias del instituto de medicina legal es muy espaciosa y está provista de un gran ventanal de cristales que le ofrece una agradable claridad. En la parte superior, al nivel del primer piso, un anfiteatro circular destinado a la observación de las operaciones. Había allí varios estudiantes en espera de la autopsia.

El cadáver de Reuis fue depositado sobre una de las mesas cercanas al ventanal.

—Quiero que vea algo interesante —dijo el doctor Abreu y señaló con un lápiz el borde del surco que la soga había dejado en el cuello del anciano. Después de cerciorarse de que Alfonso estaba al tanto, continuó—: ¿Ve aquí, en el borde del surco equimótico? Se nota cómo la epidermis se inclina hacia acá... ¿Lo observa?

—Perfectamente —afirmó Alfonso.

—Eso quiere decir que la cuerda se deslizó en esta dirección debido a que la fuerza ejercida fue mayor. Ahora bien, seguramente que quien lo hizo cruzó la cuerda en la nuca... así... —indicó la manera en que el asesino pudo haberlo hecho—. Y eso quiere decir...

—Que el asesino es zurdo —completó Alfonso— ¿no?

—Exacto.

—Pero también es posible que una lesión cualquiera, u otra causa de origen físico, le haya impedido hacer mayor fuerza con la mano derecha que con la izquierda.

—Sí... también es posible —aceptó el médico algo sorprendido.

—Como es posible también que lo haya estrangulado sin cruzar la cuerda... así... —Alfonso sugirió mímicamente la manera de estrangular a alguien apoyando la rodilla en la nuca de la supuesta víctima—. En tal caso sería derecho y no zurdo —observó.

—Ajá..., pero sucede que el surco equimótico está alrededor de todo el cuello.

—Pudo haberlo estrangulado de esa forma y después de muerto Reuis, atarle la cuerda en la nuca.

—Vamos a ver —propuso el especialista, y entre los tres hicieron girar el cadáver, colocándolo boca abajo sobre la pulida mesa—. No —explicó al momento—, observen que en la parte posterior se ve también la epidermis arrastrada en una sola dirección.

—Es verdad concedió Alfonso—, creo que está convalidada la hipótesis de que el asesino es zurdo... Por lo menos, tiene grandes posibilidades de ser cierta.

Varios médicos jóvenes se habían ido acercando y Abreu empezó a ilustrarles acerca de cómo la epidermis podía servir para indicar la dirección hacia donde se había ejercido la mayor fuerza en un caso de

estrangulamiento. Frank entró en el salón de disecciones, y se nos acercó inmediatamente:

—Teniente..., avisaron de la planta que se llegue cuando pueda por el laboratorio central. Parece que encontraron algo por allá.

—Gracias, Frank —dijo Alfonso; luego sonrió, con picardía, y agregó—: Estabas buscando algún pretexto para entrar, ¿eh?

—Claro —aceptó el otro, sonriendo también.

Alfonso decidió leer el resultado de la autopsia en el informe que redactaría Abreu más tarde, y fuimos enseguida al laboratorio central de criminalística.

Subimos al despacho de Falgueiro y al entrar vimos, sobre el buró del oficial, la caja de tabacos considerada por todos, el arma homicida.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Alfonso en cuanto entramos.

—Algo, aunque no mucho —respondió Falgueiro con acento de fatiga y los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

—A ver...

—En la caja, ni en el exterior, ni en el interior encontramos nada de interés; pero en el borde, aquí —abrió el estuche y señaló una parte del canto de madera que servía de tapa lateral a la caja— encontramos un fragmento de huella hemática, un fragmento nada más —se incorporó—. Vengan.

Nos hizo pasar a otra habitación más pequeña, provista de un proyector de vista fija y una pantalla. Encendió el proyector y accionó el interruptor de la luz del techo, dejando el local parcialmente oscurecido. Apretó un botón en el equipo, y en la pantalla aparecieron los dibujos de las crestas y los surcos de un fragmento de huella dactilar.

—Aquí la tienen —dijo—, se trata de una huella de sangre, así que podemos suponer que sea del asesino.

—¿Qué más?—preguntó Alfonso luego de mirar durante un rato los dibujos en la pantalla.

Falgueiro cogió una fina varilla de madera y se aproximó con ella a la pared. Señaló uno de los bordes de la imagen proyectada en la pantalla.

—Esta forma de la curva, aquí —explicó—, hace pensar en parte de una **presilla**, aunque bien pudiera tratarse de un **verticilo** o cualquier otra cosa.

Evidentemente, Falgueiro se está refiriendo a la clasificación de las huellas dactilares según su forma.

—En lo particular —siguió—, a lo que más se me parece es a una **presilla**, y a una **presilla** perteneciente al pulgar de una mano izquierda... aunque repito que puede tratarse de cualquier otra cosa.

—¿Entonces?

—Si tienes algún sospechoso, podemos hacer un cotejo... Por lo pronto, puedes considerar eliminados de entre los posibles autores del crimen al hijo de Reuis y a los vecinos que visitaban habitualmente la casa. Ya descartamos esas huellas.

Encendió la luz del techo y apagó el proyector. Regresamos a su oficina.

¿Con ese fragmento no podría intentarse una búsqueda en el archivo? preguntó Alfonso.

—Sería algo interminable... imagínate; habría que revisar el archivo huella a huella... y cada una de ellas, cotejarla con el fragmento. Considera que ese trabajo tiene que hacerlo un perito dactilográfico... ¿cuántos peritos harían falta para revisar el archivo completo en, digamos, siete días?

—Muchos, claro.

—Acaso más de los que hay en el país... Es que se trata de un fragmento muy pequeño. Si fuera algo mayor; si por lo menos pudiéramos clasificarlo... De todas formas, vamos a chequear las presillas de pulgar izquierdo. Pero prácticamente sería adivinar en caso de que acertáramos.

Nos pusimos de pie y nos dirigimos a la puerta. Ya en ella, Alfonso se volvió hacia Falgueiro.

—Dime una cosa... ¿Cuántos zurdos hay en el país?

—Muchos... no sé si los habrán contado alguna vez.

—Me refiero a qué por ciento de la población es zurda.

—Creo que cerca de un ocho por ciento.

—Y si elimináramos a todos los derechos... —dijo Alfonso, pensativo.

—¿Eliminados? ¿Cómo?

—Podemos suponer que el autor del delito que nos ocupa es zurdo. ¿Se podría intentar la búsqueda en ese caso? Así eliminaríamos de entrada al noventa por ciento de las fichas.

—¿Hay razones para suponerlo zurdo?

—Las hay.

—En ese caso, podemos eliminar a los derechos e intentar la búsqueda — Falgueiro quedó un momento en silencio, y luego preguntó—: ¿Han podido determinar el móvil del asesinato?

—No —respondió Alfonso—. Sabemos que la muerte ocurrió entre las siete y las nueve de la mañana y que el cadáver fue descubierto cerca de las once... Eso quiere decir que el asesino tuvo por lo menos dos horas para registrar y cargar con todo lo que encontrara de valor, y sin embargo, no lo hizo. No registró ni sustrajo nada. Aparentemente.

—Otro caso de esos —dijo Falgueiro.

—Otro —respiró profundamente Alfonso.



## VIII

Antes de abandonar el edificio del laboratorio central de criminalística, Alfonso consultó su agenda de trabajo y telefoneó a la casa de Andrés Roberto Reuis para anunciarle nuestra visita.

Ruisito vive en un moderno apartamento, no lejos de la casa del padre. Nos abrió la puerta una joven muy atractiva que el ingeniero nos presentó después como su esposa, y que, como él, evidenciaba haber pasado una noche en vela.

Supongo que nuestro aspecto hablaba también de las ingratitudes de la noche anterior, porque tan pronto entramos en la casa nos brindó sendas tazas de café acabado de colar. Ruisito salió de uno de los cuartos, todavía con el rastro de una ducha en los cabellos.

—Buenos días... nos dijo, y agregó enseguida—. ¿Hay algo con relación a la muerte de mi padre?

—Hemos obtenido alguna información —contestó Alfonso—, pero aún no se han hecho detenciones, si es a lo que se refiere. Queríamos conversar un rato con usted, si es posible.

—Con mucho gusto, teniente... Sólo que antes me gustaría saber, a propósito del cadáver de papá...

—Le será entregado después de la autopsia, a eso de las diez o las once de la mañana de hoy.

—Pero, ¿cómo son los trámites? Es decir...

—Le recomiendo que se dirija a una funeraria. Allí se encargarán de todo.

—Gracias —hizo una pausa el joven—. ¿Desean pasar a mi despacho? Como mi padre, tengo un pequeño despacho-biblioteca para los informes y esas cosas que me traigo del trabajo.

Nos condujo.

—Usted dirá, teniente —dijo luego de estar ya instalados.

—Lo tenemos que seguir molestando —explicó Alfonso—, porque necesitamos saber algunas cosas referentes a Reuis. No hemos podido determinar hasta ahora el motivo del crimen. La persona que mató a su padre no estaba interesada en robarle, según parece... en robarle dinero, por lo menos, o prendas, u otra cosa de valor monetario. De acuerdo con lo que hemos podido observar, al asesino le hubiese sido fácil coger más de seiscientos pesos en efectivo, y no lo hizo.

—¿Y están ustedes seguros de que tuvo oportunidad de hacerlo?

—No... No estamos seguros. Pero presumimos racionalmente que tuvo esa oportunidad. Y existe una contradicción evidente entre la falta de móvil y el **modus operandi** del delincuente. Cuando llegamos a casa de su padre, nos pareció estar en presencia de un caso de robo del que había resultado homicidio, o mejor, de un asesinato con objetivo de robar. La hora, la forma en que se ejerció la violencia contra la persona de su padre, los antecedentes de que disponía de dinero... todo hacía pensar en un móvil de robo, que después no se confirma. Y si el móvil no ha sido robar, ¿cuál ha sido entonces? ¿qué motivos impulsaron a la persona que mató a su padre? ¿venganza? ¿Lo mataron acaso por error? Es por todas estas interrogantes que necesitamos más información, toda la información posible, para tratar de determinar los móviles del asesino.

—Antes le dije que estoy en disposición de colaborar en todo lo que pueda...

—En primer lugar, nos interesa saber algo más sobre el dinero que poseía su padre... ¿cómo lo obtuvo?

—Creo haberle dicho que lo ignoro, teniente... Nací en mil novecientos cincuenta y uno y desde entonces vivíamos en la casa que usted conoce, y más o menos en la forma que se puede deducir. Nuestro presupuesto era de unos trescientos o cuatrocientos pesos mensuales, y ese es el ingreso de cualquier familia cubana; no creo que se trate de un presupuesto de millonarios ni mucho menos. Papá fue siempre una persona de gustos moderados, como mamá. Durante mi infancia y mi adolescencia no se me ocurrió jamás pensar que fuésemos ricos, sino que vivíamos de algunos ahorros de papá. Creo que nunca le pregunté sobre el origen de esos ahorros, y si lo hice, nada me respondió, que yo recuerde. Mamá murió cuando yo

tenía trece años y desde ese momento papá y yo fuimos inseparables. Me parece haberlo conocido bien... era un hombre excepcional; de una inteligencia brillante y de una educación, cabe decir, autodidacta, esmerada. De un raro sentido del humor, pero muy reservado en cuanto a sus asuntos personales.

—¿Cuándo supo usted que su padre tenía tanto dinero?

—Poco antes de casarme... Un día me preguntó que cuánto yo quería, y le dije que unos mil pesos, pensando en que se refería a mi boda. Me explicó entonces que no se trataba de un regalo por la ocasión, sino que quería saber qué cantidad de dinero quería yo para el resto de mi vida. Por supuesto, que yo me sorprendí, y como explicación él me dijo que tenía una cuenta bancaria por más de trescientos mil pesos y que me daría la parte que yo quisiera de ese dinero, el resto lo donaría a algún organismo o alguna institución científica del país antes de morir. Medité sobre el asunto durante unos días y por motivos... bueno, creo que mis razones no vienen ahora al caso... le pedí sesenta mil pesos y él me los transfirió en una cuenta a mi nombre. Después de eso, no volvimos a hablar sobre el asunto.

Yo sentía una gran curiosidad por saber por qué Ruisito le había pedido al viejo Reuis exactamente esa cantidad, pero Alfonso no le preguntó nada al respecto. Sólo comentó:

—Es curioso que usted, al enterarse que su padre disponía de una cantidad de dinero bastante considerable, no haya indagado acerca de su origen, ¿no le parece?

Ruisito no contestó.

—¿Usted cree que los padres de su padre eran ricos? —prosiguió Alfonso luego del mutismo del otro.

—Tengo entendido que no.

—Luego, su padre no heredó ese dinero de ellos, sino que lo obtuvo por su cuenta.

—Así parece.

—¿Tiene usted otros familiares?

—Una tía, hermana de papá, precisamente.

—¿Dónde vive?

—En la ciudad de Camagüey. Anoche hablé con ella por teléfono para comunicarle la muerte de papá, y me dijo que saldría hoy temprano hacia acá. Supongo que llegue esta tarde, aunque no me dijo el medio en qué vendría.

—¿Cómo se llama su tía?

—Magdalena Reuis.

Alfonso lo anotó en su agenda.

—En relación con las aficiones científicas de su padre...

—Disculpe, pero no se trata de aficiones científicas, teniente. Usted lo hace parecer una distracción, un entretenimiento de gente rica y ociosa.

—¿Era más que eso?

—Ayer le dije que mi padre era un científico, y es cierto. Al menos, fue un gran técnico. Me atrevería a decir que uno de los mejores técnicos en su rama.

—Pero, un técnico no es un científico... ¿A qué se dedicaba su padre específicamente?

—A la óptica. La óptica geométrica, en particular; aunque era también una autoridad en óptica física... ¿Sabe a qué me refiero?

—Tengo ideas generales —dijo Alfonso, y añadió en un ligero tono de ironía—: aunque no puedo afirmar que soy un científico... ni siquiera una autoridad en la materia.

—Pues papá sí lo era —afirmó el joven.

—¿Por qué Reuis se hizo óptico, y no antropólogo o mecánico? ¿Puede explicármelo?

—Puedo decirle lo que sé al respecto.

—Por favor... —pidió Alfonso, dejando de lado la ironía.

—Mi abuela paterna, la madre de papá, era de origen alemán.

—¿Los apellidos de su padre no eran Reuis y Pérez? —le interrumpió Alfonso.

—Sí.

—Entonces, ¿la señora Pérez era alemana?

—Dije «de origen alemán»...

—Prosiga, y discúlpeme la interrupción.

—Por ser abuela de origen alemán, papá se trasladó a Alemania, a Jena, según tengo entendido, cuando tenía unos once o doce años. A casa de unos

parientes. No sé si estalló la Primera Guerra Mundial o qué pasó, pero el hecho es que papá se quedó a estudiar en Alemania. El hermano de mi abuela se dedicaba a la construcción de componentes de óptica, lentes y espejos ópticos, y trabajaba en un taller de su propiedad fabricando artículos para laboratorios y para aficionados a la astronomía. Era un hombre muy conocido en esas esferas debido a su habilidad como constructor y hasta había hecho ciertos aportes, digamos tecnológicos, ya que a usted no parece gustarle mucho la palabra «científica».

Alfonso y yo sonreímos.

—Con mi tío abuelo —prosiguió el joven—, papá aprendió a diseñar, calcular y construir las lentes y espejos que le habían dado prosperidad a la familia, y trabajaron juntos hasta el año mil novecientos treinta y cinco, momento en que mi tío emigró a los Estados Unidos, huyendo de los nazis. Su esposa era judía o algo así. Papá regresó a Cuba.

—¿Regresó rico de Alemania en mil novecientos treinta y cinco?

—Nada de eso... llegó a Cuba como se dice «con una mano detrás y la otra delante». Aquí no logró conseguir trabajo, no ya de óptico, ni siquiera de barrendero. Tengo entendido que en esos años mi familia pasó muchas necesidades. Al fin papá se empleó de mensajero en una farmacia y anduvo por las calles de La Habana repartiendo aspirinas y patentes... y tenga en cuenta que ya en esa época era un técnico de reconocido prestigio en Alemania y en otros países, puesto que la fábrica del tío era muy conocida. Digo **fábrica**, y debo aclarar que más bien se trataba de un taller artesanal. Realmente, creo que papá y mi tío eran los únicos empleados, técnicos e ingenieros del taller... En fin, aproximadamente en mil novecientos treinta y ocho o treinta y nueve, el tío, quien ya por entonces se había establecido en los Estados Unidos y por su avanzada edad estaba casi impedido de trabajar, mandó a buscar a papá y le giró dinero para los trámites y el pasaje, y mi padre se fue para allá.

—¿A trabajar en el taller de óptica de su tío?

—Ese fue el motivo del viaje, pero poco tiempo después de llegar papá, murió el tío... y el taller fracasó o tuvo que cerrar no sé por qué causa... Papá siguió trabajando en asuntos relacionados con la óptica, y según tengo entendido, laboró en el diseño de una cámara fotográfica especial para el

Museo Metropolitano de Arte de la ciudad de Nueva York... No sé mucho con relación a lo que hizo mi padre en los Estados Unidos, aunque le oí decir que había trabajado en la fabricación de instrumentos ópticos, en su especialidad.

—¿Sabe cuándo regresó a Cuba?

—En el cuarenta y siete... después de la guerra.

—¿Combatió en la Segunda Guerra Mundial?

—No sé, no... nunca oí hablar de eso.

—¿Se acogió a la ciudadanía norteamericana?

—Tampoco lo sé... a papá no le gustó mucho aquel país. Hablaba muy poco de esa época de su vida.

—Sin embargo, logró acumular más de medio millón de pesos durante su estancia en los Estados Unidos.

—Así es.

—¿Cuándo regresó en el cuarenta y siete, ya era rico —precisó Alfonso.

—Sí.

—¿Trabajando la óptica? ¿Cree usted que haya logrado ese dinero en esa forma?

Ruisito lo miró seriamente durante unos segundos.

—Supongo que no —dijo después, sin apartar lo ojos de los de Alfonso—. No creo que sea fácil ganar tanto dinero trabajando en la construcción de lentes y cosas así.

—¿Entonces?

—No conozco la explicación..., pero, pudiera pensarse en un descubrimiento, una patente de invención...

—¿Le contó él de alguna invención que le haya podido rentar medio millón de pesos?

—Nunca.

—¿Y de alguna patente?

—Tampoco.

—¿No es lógico suponer que si su padre hubiera patentado alguna invención o algún descubrimiento se lo hubiera dicho a usted alguna vez?

—Creo que me lo hubiera dicho... Como le dije, era muy reservado en lo tocante a sus cuestiones personales, pero vivía orgulloso de sus actividades y

sus conocimientos técnicos. Sí... Estoy seguro de que me lo habría dicho. Papá no tenía secretos para conmigo.

—Es evidente que se equivoca usted en esa apreciación, Andrés Roberto —dijo Alfonso—. Usted mismo ha afirmado que ignora la manera en que él adquirió su fortuna.

Ruisito no respondió tampoco esta vez.

Alfonso hizo una pausa, recapitulando seguramente.

—Muchas gracias por sus atenciones —dijo después—. Me da la impresión de que ha sido franco con nosotros y quiero que me perdone cualquier comentario que haya podido parecerle irónico.

—Comprendo, teniente. No me he sentido aludido en ningún momento. Me di cuenta de que usted a veces trataba de provocar mi orgullo de hijo... pero, en realidad, no conozco ninguna otra cosa que les pueda resultar interesante acerca de la vida de papá. En cualquier otra oportunidad que me necesite, ya sabe mi disposición.

—Hace falta que le diga a su tía que me llame en cuánto llegue a La Habana. Aquí tiene mi teléfono —Alfonso anotó el número en una hoja y se lo alcanzó.

—Una última cuestión —agregó antes de irnos—. ¿Sabe por qué su padre tenía un refrigerador en el closet de la biblioteca?

Ruisito sonrió.

—En casa había dos refrigeradores... el que usted vio en el closet y uno que estaba antes en el comedor y ahora está aquí. Papá me lo dejó cuando nos casamos. Dijo que se las arreglaría perfectamente con uno solo.

—¿Por qué puso el refrigerador en la biblioteca y precisamente dentro del closet? —insistió mi jefe.

—Cuando yo era pequeño, mi padre, que tenía conocimientos de fotografía, amplió el closet de la biblioteca y montó allí un cuarto de revelado. El refrigerador le servía, para conservar los productos químicos.

—¿También era fotógrafo?

—Todo óptico conoce por necesidad de fotografía; muchas de las comprobaciones que se hacen a las lentes y otros componentes se realizan por medios fotográficos. De acuerdo con eso, papá sabía revelar y hacer ampliaciones... y creo que las hacía muy bien. Pero no le agradaba mucho

como afición y la cultivó sólo durante mi infancia, principalmente para elaborar las fotografías que me tomaba. Cuando crecí, perdió todo el interés y regaló los equipos de fotografía. No le gustaba guardar tarecos. El refrigerador se quedó en el closet más bien por inercia que por otro motivo.

—Gracias nuevamente —dijo Alfonso.

Y nos marchamos.

De casa de Ruisito fuimos al apartamento 3-B. Alfonso habló poco durante el viaje, y ya en la casa de Reuis nos dirigimos a la biblioteca. Todavía funcionaba el aire acondicionado y el ambiente estaba sumamente fresco.

Empezamos por la caja fuerte, que había quedado abierta. Todos los documentos que revisamos estaban escritos en alemán, mecanografiados cuidadosamente y con la firma de Andrés Reuis Pérez al final. Después seccionamos los archivos, que estaban repletos de revistas técnicas en varios idiomas y clasificadas por meses y años, con anotaciones al margen, hechas también en alemán. Eran revistas especializadas de fabricantes de instrumentos ópticos: **Kart Zeiss**, de Jena; **American Optical Company**, **Bausch and Lomb Optical Company**, etcétera. En dos ejemplares de una revista alemana encontramos artículos de Reuis... habrían otros, seguramente. La colección de revistas comenzaba en mil novecientos treinta y uno; las que tenían artículos con la firma de Reuis eran posteriores a mil novecientos cincuenta.

Agotados los misterios del closet, pasamos a examinar el resto de la biblioteca. En un librero pequeño encontramos libros de Matemática, Física y Química en alemán, inglés y español. Luego revisamos uno de los libreros grandes. El primer título que vimos fue **Geometrische Optik**; el siguiente, **Handbush der Optik**; después, **Principles and methods of Geométrical Optics**; el otro, **Revue d'optique**... el resto, no sé qué **der optiks**, **of optics**, **d'otticca**... luego **optiks** y **optics** y **optique** y **l'oticca**... y a veces alguna **óptica**. Nada, que se trataba de una biblioteca de óptica: manuales, diccionarios, libros de texto, tratados, monografías. Libros viejos y nuevos; ediciones lujosas y baratas; libros en alemán en su mayor parte; en inglés, algunos en francés, muy pocos en español y uno en rumano... pero todos de óptica.



—¿Qué le parece todo esto, teniente? —le pregunté a Alfonso.

—Mucha óptica —me respondió distraído, mientras revisaba uno de los libros.

De los estantes pasamos al buró. En una mesa auxiliar, a la izquierda del mueble, había una máquina de escribir con teclado alemán. Dentro del mueble, en las gavetas, los útiles normales de escritorio: papel bond, papel de copias, papel carbón, gomas de borrar, presillas, cintas de máquinas... en fin, nada de importancia.

—Es posible que tengamos que registrar todos esos libros página por página —dijo Alfonso—. Podríamos encontrar algo...

—¿Que no sea **der optiks**? —pregunté:

Alfonso sonrió, y después extrajo las gavetas del buró. Se agachó, metió la mano en el espacio vacío y empezó a tantear las paredes interiores.

—Ah... —exclamó casi inmediatamente—. Aquí hay algo. Ve corriendo al carro y trae la linterna...

Ya me iba.

—¡Espera! —me gritó—. Mejor trae la maleta completa.

## IX

La luz de la linterna iluminó un sobre blanco fijado con cinta adhesiva a la parte superior del buró. Alfonso levantó con la uña los pedazos de cinta, despegó el sobre de tamaño **legal**, cuidadosamente sujeto. De inmediato lo puso encima del mueble y lo abrió con la ayuda de un cortaplumas: tres billetes de banco norteamericano, dos de a diez dólares y uno de a mil, aparecieron ante nuestros ojos.

—¿Y eso qué es? —pregunté algo sorprendido.

—Mil veinte dólares —dijo Alfonso.

—Me refiero a **qué pintan** esos billetes en este asunto...

—Ya este caso tiene algunas cosas, Reinaldo, que no sé bien **qué pintan** —dijo, observando los billetes—: Un grifo abierto con el codo, una cáscara de plátanos, un refrigerador en el closet de la biblioteca... y ahora estos billetes.

Metió de nuevo los billetes en el sobre y lo guardó en el bolsillo de su camisa.

—Vamos a ver si aparece algo más —agregó después.

Durante cerca de tres horas hicimos un registro a fondo en la biblioteca y el cuarto de Andrés Reuis. Bajamos los libros de los estantes y los colocamos después en el mismo orden. Sacamos la ropa del escaparate y los zapatos de la zapatera. Movimos todos los objetos de lugar y los ordenamos nuevamente... Una de las cosas que comprobamos fue la afirmación de Ruisito de que al padre no le gustaba «guardar tarecos».

Encontramos varias fotografías viejas dentro de una caja en el escaparate. Algunas eran de un niño, y se podía suponer que se trataba de Andrés Roberto. Alfonso me hizo la observación de que Reuis había sido un gran fotógrafo, no ya desde el punto de vista artístico, sino del relacionado con el revelado y la impresión de las fotos, en las que se observaban una técnica y una manipulación profesional. En la caja había también retratos de una mujer

en diferentes épocas de su vida y concluimos que se trataba de la esposa de Reuis. Tenía un aspecto delicado, cierta belleza anémica... algo de eso presentaba el ingeniero Andrés Roberto Reuis en sus facciones.

Del propio anciano encontramos pocas fotografías: dos con su hijo a la edad de tres o cuatro años, y otras dos, algo amarillentas por el tiempo, en las que aparecía Reuis joven, en un taller o laboratorio, junto a un hombre de grandes bigotes, cuello de pajarita y corbatín. Al dorso de las fotos estaba escrito algo en alemán, además de las fechas mil novecientos treinta y dos y mil novecientos treinta y cinco, respectivamente. El laboratorio o taller tenía un aspecto bastante primitivo, con mesas largas y anaqueles en los que se podían observar discos de varios diámetros, de vidrio al parecer, así como algunos instrumentos de aspecto bastante complicado. El hombre del bigote y el corbatín, sentado en una silla con los pies muy unidos, miraba fijo hacia la cámara en ambas fotos. Reuis aparecía de pie, en mangas de camisa, con las manos en los bolsillos y una expresión algo divertida en el rostro. Me sorprendí al descubrir que el anciano que ayer habíamos encontrado asesinado fuera en su juventud un hombre fuerte y bien parecido, de figura agradable y desenvuelta.

Todavía observábamos las fotos cuando llamó a la puerta Frank, nuestro Mercurio.

—Reinaldo —me dijo cuando abrí—, avísale a Alfonso que la señora Magdalena Reuis telefoneó a la oficina para decir que está hospedada en el Habana Libre y que la pueden encontrar allí hasta las tres de la tarde, que después de esa hora estará en la funeraria.

No hizo falta que yo le avisara a Alfonso; él había escuchado el mensaje completo y salía en ese momento de la habitación.

—Vamos a verla —dijo—. Creo que aquí terminamos por el momento.

En la carpeta del hotel nos comunicaron enseguida con la habitación de la señora Reuis, y minutos más tarde conversábamos con ella en el lobby.

—Queríamos hablar con usted —le explicó Alfonso—, para obtener alguna información acerca de su hermano Andrés. Sabemos que su estado de

ánimo no debe ser el mejor para este tipo de cuestiones y por ello trataremos de ser lo más breves posible.

Magdalena Reuis era una mujer de más de sesenta años; había perdido a su hermano hacía sólo unas horas; recién llegaba de un largo viaje, y sin embargo, teníamos ante nosotros a una mujer extraordinariamente atractiva e interesante.

—No tenga pena, oficial —dijo—. Puedo dedicarle todo el tiempo que el asunto requiera... mi pobre hermano ya no me necesita. Cuando hablé por teléfono con Andrés Roberto, él me explicó algunos detalles de la muerte del padre. Puede contar con mi colaboración.

—De cualquier manera, podemos ahorrar tiempo si yo le narro en pocas palabras los datos que poseemos acerca de la vida y la personalidad de su hermano. Lo haré en orden cronológico... Si afirmo algo que no sea cierto u omito algún detalle de importancia, le pido que me corrija, por favor... ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Alfonso hizo un resumen de todo lo que sabíamos de la víctima y comentó acerca de lo que ignorábamos. Habló durante más de quince minutos y no fue interrumpido en ninguna ocasión por Magdalena Reuis.

—Todo lo que usted ha dicho es cierto, compañero —dijo cuando Alfonso terminó su exposición—. Esa es, más o menos, la vida de mi difunto hermano. O mejor, lo que sabemos de su vida, porque Andrés era muy reservado en lo tocante a sus asuntos personales... Nada sabemos de su trabajo durante los años que permaneció en los Estados Unidos. Pero hay algo importante que debo señalarle.

—¿De qué se trata?

—Es con relación a nuestros apellidos. Originalmente no fueron Reuis y Pérez, sino Ruiz y Pettersen. Cuando Andrés regresó de Nueva York, papá había muerto y mamá estaba muy enferma. Andy hizo entonces un expediente de cambio de nombre, con mi autorización, y pasamos a ser Reuis y Pérez en lugar de Ruiz y Pettersen.

—¿Recuerda el año en que eso sucedió?

—En mil novecientos cuarenta y ocho... Mi hermano regresó de los Estados Unidos en el cuarenta y siete, en diciembre, y a los pocos días de

llegar me propuso lo del cambio de apellidos.

—¿Le justificó de alguna manera el cambio?

—Me dijo algo acerca del servicio militar norteamericano.

—¿Por qué escogieron el apellido Reuis?

—Por la semejanza fonética... **Reuis** se parece bastante a **Ruiz**, y eso podría servir de explicación para cualquiera que nos hubiera conocido desde siempre.

—Claro.

—Pero el mayor interés de Andrés —siguió Magdalena—, estaba en eliminar el Pettersen.

—¿Sabe por qué?

—No me dio una explicación satisfactoria... pero pienso que pueda estar relacionado con su estancia en los Estados Unidos o en Alemania.

—Explíqueme eso, por favor.

—Verá... Nuestro tío se llamó Lothar Pettersen y Andy mi hermano, usaba el apellido Pettersen en Alemania para aprovechar el prestigio del tío. Supongo que haría lo mismo en los Estados Unidos.

—¿Supone?

—Bueno, no... lo usaba también en ese país. Las cartas que nos enviaba las firmaba así.

—Quiere decir que en los Estados Unidos y en Alemania su hermano se apellidaba «Pettersen»... —Alfonso parecía meditar.

—Andrés R. Pettersen, exactamente —le aclaró Magdalena Reuis.

—¿Sabe usted si él regresó rico de los Estados Unidos?

—Yo no diría rico categóricamente, compañero... Al llegar mi hermano a Cuba nuestra situación cambió considerablemente. Dispusimos a partir de entonces de lo necesario para vivir con alguna holgura, pero no se puede afirmar que fuésemos ricos.

—¿Antes de volver de Nueva York Reuis les había enviado a ustedes algún dinero?

—Nunca.

—¿No le parece extraño que si estaba amasando una fortuna por allá no le enviara nada a la familia?

—Perdón, teniente... pero yo no creo que estuviera amasando fortuna alguna, como ha dicho usted... Por sus cartas presumíamos que la estaba pasando bastante mal. De pronto, dejó de escribirnos y se nos apareció a los pocos meses en La Habana. Venía con dinero.

—Lo que quiere decir que aparentemente su hermano obtuvo el dinero de golpe.

—Eso parece, sí.

—¿Usted nunca le preguntó acerca del origen de ese dinero?

—No..., bueno, sí, en una ocasión le pregunté algo a propósito.

—¿Qué le respondió?

—Déjeme explicarle... Cuando Andy regresó de los Estados Unidos me encontré bastante desmejorada por las necesidades que estábamos pasando. Usted quizás recuerde algo de aquellos años... Lo poco que yo conseguía se lo dejaba casi todo a mi madre, que estaba muy enferma. Andrés se dio entonces a la tarea de recuperarme. Me traía dulces y golosinas, y se cercioraba de que en la casa hubiera siempre carne y leche. Una noche me invitó a comer en un restaurant de lujo y comimos y bebimos vinos en abundancia. Andrés estaba muy alegre y aproveché para preguntarle el origen de nuestro repentino bienestar... «Magda», me dijo, «a veces la curiosidad es enemiga del disfrute. Conténtate con saber que encontré una mina de oro, saqué de ella un filón y disimulé la entrada para que nadie más pueda encontrarla». Algo así fue lo que me contestó. Al poco tiempo, mamá murió y yo conseguí empleo de maestra en Camagüey. Mi hermano se quedó en La Habana y se casó algunos meses después con Georgina, la difunta madre de Andrés Roberto. Me escribía semanalmente y todos los meses me enviaba un giro por cien pesos. Con el giro y mi salario yo podía vivir con cierta comodidad y hasta ahorrar algo. Al triunfo de la Revolución me aumentaron el sueldo y le dije a Andrés que no me enviara más dinero, que no lo necesitaba. Así lo hizo, pero siempre me mandaba alguna cantidad a fin de año, como regalo. Andy fue siempre muy bueno conmigo... Le aseguro que no hubiera podido tener mejor hermano.

—Muchas gracias por su ayuda, Magdalena —dijo Alfonso—. Lo único que necesitamos por ahora son algunos datos suyos.

—Con gusto.

—¿Su nombre completo es Magdalena Reuis y Pérez, no es eso? —  
empezó Alfonso, haciendo anotaciones en la agenda.

—Así es. Ese es mi nombre actual desde el punto de vista jurídico.

—¿Su edad?

—Sesenta y dos años.

—¿Estado civil?

—Soltera.

—¿Ocupación?

—Maestra de preuniversitario.

Alfonso hizo una pausa, y me pareció notar un ligero brillo en sus ojos cuando preguntó:

—¿No se casó usted nunca?

—Nunca, compañero —sonrió Magdalena.

—¿Me permite un pequeño atrevimiento?

—¿A ver...?

—Algún ciudadano de este país se perdió una esposa encantadora.

Magdalena sonrió más ampliamente, y yo comprendí que ella y el teniente Alfonso habían simpatizado desde el primer momento.

—Es usted muy galante, oficial... A mi edad se aprecian mucho las galanterías, sobre todo cuando vienen de un hombre joven y apuesto como usted.

Nos incorporamos para despedirnos, y Magdalena añadió:

—Una última cosa, compañero... Mi hermano Andrés era un gran técnico... o lo fue en su momento. Un hombre muy estudioso e instruido y un especialista capaz... Pero, no quiero que usted piense que era sólo un filomático. No sé si usted sabe que Andrés tenía como características propias la amabilidad y la gentileza, y que poseía atractivo personal, además de un sentido muy particular del humor.

—Todo eso lo hemos deducido, Magdalena.

## X

Ya dentro del auto, en las afueras del hotel, Alfonso se dirigió a Frank:

—Vamos a la unidad a informar de los últimos pasos que hemos dado, y de esa forma aprovechamos para almorzar algo —le dijo.

Me pareció muy buena la idea, sobre todo eso de almorzar. Pero me di cuenta de que Alfonso lo había puesto en segundo lugar. En cuanto llegamos a la unidad, fuimos a la oficina de Montori.

—Siéntense —nos indicó lacónico el jefe.

—Tenemos algunas cosas nuevas en relación con el asesinato del ciudadano Andrés Reuis y Pérez —adelantó Alfonso.

—¿De qué se trata?

—La marca de la cuerda en el cuello de la víctima permite suponer que el asesino es zurdo. Desde el laboratorio central nos informaron que había aparecido un fragmento de huella dactilar en el estuche de tabacos que usó el agresor como arma para golpear al anciano y privarlo del conocimiento. Se trata de un fragmento de huella hemática. La vimos... Falgueiro está tratando de hacer un cotejo contra el archivo monodactilar, pero no sabemos cuánto tiempo pueda demorar esta tarea. Por otra parte, en la biblioteca de Reuis encontramos tres billetes norteamericanos... aquí los tengo. Lo último que hicimos, hace apenas un rato, fue entrevistar a la hermana del anciano. Por ella sabemos ahora que el muerto se cambió los apellidos en el año cuarenta y ocho, al regresar de los Estados Unidos. Hasta entonces se llamaba Ruiz Pettersen y desde ese momento comenzó a llamarse Reuis Pérez. No hay una explicación convincente para este cambio.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Déjame ver los billetes.

Alfonso le extendió el sobre y Montori sacó los billetes y los extendió encima del buró. Después de observarlos con detenimiento un par de



minutos, levantó la vista hacia Alfonso, como buscando algo en su rostro, pero aparentemente no encontró nada allí, y volvió a bajar los ojos y a mirar los billetes. Se incorporó y fue hasta la ventana. Examinó los billetes a la luz del sol; los hizo crujir; los alejó un poco de su cara; los acercó de nuevo. Por fin, regresó y se sentó tras el buró de nuevo, frente a nosotros, que lo mirábamos curiosos.

—Alfonso —Montori le alcanzó los dos billetes de a diez dólares—. Detalla bien esos billetes —le indicó.

Alfonso los tomó en sus manos, los miró una y otra vez, les dio la vuelta y se los devolvió a Montori.

—¿Notaste algo interesante?

—Nada... —respondió mi jefe—, como no sea el hecho de que se trata de dos billetes de a diez dólares, y eso ya lo sabía.

—¿No observaste nada singular en ellos? —insistió el jefe de la Oficina de Delitos.

—No.

—Son idénticos —dijo, y me pareció ver una sonrisa fugaz en su rostro normalmente inexpresivo.

—Es natural que sean idénticos... ¿A usted le causa extrañeza eso?

—Mucha, compañero investigador.

Alfonso miró un momento los billetes sobre el buró, y luego dijo:

—Tenía entendido que las monedas de la misma denominación siempre son idénticas... Bien arreglados estaríamos si fueran distintas unas de otras.

—Por supuesto que deben ser distintos los billetes de la misma denominación —repitió Montori.

Alfonso es una persona demasiado inquieta para continuar un diálogo en el que hay algo incomprensible para él. Sabedor de esto, el primer teniente José Antonio Montori decidió no alargar más la tortura.

—Los billetes pueden ser iguales, Alfonso —dijo, y agregó despacio—: pero **la serie siempre tiene que ser distinta**. Y esos billetes de a diez dólares tienen **exactamente** los mismos números de serie.

—No puede ser —exclamó Alfonso, recogiendo los billetes de sobre el buró.

—Pero es.

—Reinaldo, consigue una lupa —me ordenó Alfonso después de comprobar la afirmación de Montori. Pero no hizo falta que la fuera a buscar.

—Con lupa o sin ella... Tienen la misma serie.

—Hace falta una lupa —insistió Alfonso—, uno de estos billetes tiene que ser falso.

—O los dos. O quizás los dos son legítimos... Nosotros no somos especialistas en moneda.

—¿Entonces?/

—Ve a ver al doctor Argüeto en el Banco Nacional... es un numismático de gran experiencia.

—Argüeto... numismático... —repitió Alfonso, incorporándose, recogiendo los billetes, metiéndolos en el sobre, dirigiéndose a la puerta. Todo de una vez.

—Alfonso —llamó Montori cuando salíamos de la oficina.

Nos detuvimos.

—¿Almorzaron?

—Luego —dijo—. Ya es tarde y a lo mejor se nos va ese... Argüeto numismático.

El doctor Arístides Argüeto nos recibió en un moderno despacho de las oficinas centrales del Banco Nacional de Cuba. Delgado, de espejuelos, vestido con elegancia, Argüeto parecía estar imbuido de ese aire de autoestimación muy frecuente en algunos funcionarios de menor importancia.

—Ustedes dirán en qué puedo servirles —nos dijo con un tono que se correspondía formalmente con su aspecto.

—Se trata de unos billetes de banco norteamericanos —respondió Alfonso, y le entendió el sobre con los tres billetes dentro.

Argüeto extrajo los billetes y cambió sus espejuelos niquelados por otros con armadura de carey. Miró los billetes. Volvió a mirarlos. Los miró por tercera vez... y ahora sí perdió la compostura.

Pero... ¡esto es increíble! ¡In-cre-í-ble! —exclamó a punto de ser presa de un ataque. Estrujó los billetes y comenzó a detallar uno de ellos al tiempo que emitía ruiditos guturales ininteligibles. Sacó un cuentahilos dorado, extendió

el billete y lo empezó a escudriñar minuciosamente. Alfonso y yo nos acercamos y comprobamos que su alarma no era provocada por los billetes de a diez, sino por el de a mil. A los de a diez con igual numeración de serie no les había dado la menor importancia,

—¿Qué diablos tiene ese billete? —preguntó Alfonso algo molesto.

—¿Qué tiene? ¿Acaso usted no lo sabe, teniente?

Alfonso reconquistó su objetividad.

—No, doctor —dijo despacio—, nosotros creíamos que los billetes de a diez tenían algo peculiar... no sabíamos que también el de a mil pudiera...

—Pero, hombre, por Dios, ¿usted no se ha dado cuenta de que este billete tiene el retrato de Jorge Washington?

—¿Jorge Washington? —interrogó Alfonso, aún sin comprender.

—¡Claro, Jorge Washington!

—¿Y qué le pasa a Jorge Washington?

—No le pasa nada, teniente —Argüeto se veía incrédulo ante la incompreensión—. Sencillamente, que Washington **no debe aparecer en el billete de a mil dólares**, sino **en el de a uno**. Hoy he podido comprobar que mi corazón está en buen estado. Ni en diez años iré a la consulta de un cardiólogo. ¡Washington en un billete de a mil dólares! Además, todo parece indicar que el billete es legítimo.

Al fin el numismático logró calmarse un poco, y nos explicó:

—Vean aquí —nos acercamos más—, ¿ven?... esos son los hilos que tiene el papel moneda norteamericano... es algo inimitable, ya que los hilos de colores forman parte del mismo papel... ¿Los ven aquí? Este billete es legít-ti-mo. Miren la calidad de la impresión. Le-gí-ti-mo. Y sin embargo, no puede de ninguna manera ser legítimo si tiene el retrato de Washington. Esperen un momento.

—Accionó él intercomunicador.

—Hilda —ordenó—, trae a mi oficina un billete norteamericano de a mil dólares, posterior al año mil novecientos treinta.

Al poco rato vino la muchacha con el billete dentro de un sobre. Apenas se hubo marchado Argüeto continuó:

—¿Ven aquí los hilos de seda? ¿Ven ustedes que son los mismos? ¡Son los mismos ...pero el retrato es distinto. Washington en un billete de a mil...

No, no, no... si yo les digo... ¿Ven estas líneas? Vamos a detallar el resto de la impresión. Este dibujito, ¿lo ven? Se hace con unos tornos especiales de grabar. También son inimitables. Ahora, fíjense en estas zonas del billete. La forma y los gruesos de estas líneas están diseñados de manera que el billete no pueda ser copiado fotográficamente. Esta zona tiene medidas antifotográficas... Sin embargo, ¡esta zona es idéntica en ambos billetes! ¿Lo ven? Quizás... quizás ustedes no lo puedan comprender, compañeros pero esto es... inaudito. Inexplicable... ¡No puede existir un billete genuino de a mil dólares con el retrato de Jorge Washington!

—¿No es posible que se trate de una curiosidad, de un error de imprenta o algo así? sugirió Alfonso.

—No, teniente... no puede tratarse de un error de imprenta. Los billetes se imprimen a partir de planchas de acero grabadas por métodos especiales. Cada plancha tiene una denominación y sólo una. El retrato no es cambiable ni mucho menos. La misma casa que imprime la moneda norteamericana, la American Bank Note Company, no podría hacer un billete de a mil con la efigie de Washington... Además, modestia aparte, considere que soy un especialista y que nunca he oído hablar de un billete de cualquier denominación con el retrato cambiado... Muchísimo menos un billete legítimo.

—Pero, ahí está el billete, doctor Argüeto —dijo Alfonso, y agregó—: Ahí está, es un hecho físico, palpable, y debe tener alguna explicación.

—Quizás la tenga... sí, seguramente debe tenerla... pero yo no la conozco.

—Alguna debe tener —insistió Alfonso.

—Sí —sonrió Argüeto algo nervioso—, se me ocurre una... que el general Jorge Washington se ha equivocado de billete.

Me dio la impresión de que a Alfonso no le había hecho ninguna gracia el chiste, pero al rato lo vi sonreír.

—Y eso no es todo —le dijo al especialista.

—Pero, ¿es que hay algo más?

—Ajá... fíjese en los dos billetes de a diez, por favor.

—¿Qué ocurre con ellos? —recogió los billetes de encima del buró.

—Que los dos tienen el mismo número de serie.

Argüeto, algo desconfiado, se cercioró de lo afirmado por Alfonso.

—Esto resulta demasiado para mí —dijo después, algo entristecido—. Creo que mañana mismo voy a regalar mis libros de numismática.

Pero Argüeto no logró escapar. Necesitábamos saber más, y Alfonso empezó a hacerle preguntas. Para algunas de ellas, el especialista no tenía respuestas lógicas, y para otras, ni siquiera las tenía ilógicas. Al rato nos explicó:

—Yo soy especialista en colecciones de monedas, no un técnico en falsificaciones. Y, evidentemente, estamos ante una falsificación... No hay otra explicación posible. Creo que debemos llamar a la doctora Campos, nuestra especialista y consultar su criterio.

Alfonso asintió, y Argüeto, aliviado, accionó el intercomunicador por segunda vez.

Esperaba ver entrar en el despacho a una mujer de edad indefinida, cargada de teorías y con espejuelos negros colgados del cuello... y en su lugar entró una hermosa mujer de alrededor de treinta años y dueña de unas piernas perfectamente legítimas.

—Buenas tardes —dijo al entrar, llenando el ambiente de un agradable aroma de violetas.

Argüeto nos presentó y de inmediato comenzó dando muestras aún de su alteración anterior:

—Doctora... los compañeros han venido a mostrarme unos billetes norteamericanos, y quisiéramos conocer su opinión.

Le entregó el sobre. Ella lo abrió y detalló los tres billetes.

—¿Que le parece? —preguntó después Argüeto.

—Hay dos billetes de a diez dólares, del año mil novecientos cuarenta, y ambos tienen el mismo número de serie. El billete de a mil es del año mil novecientos cuarenta y cinco y tiene el retrato suplantado con uno de Jorge Washington.

Lo dijo así, con toda calma. Alfonso le preguntó:

—¿Son legítimos los billetes, doctora?

—Imposible —respondió la joven—; el de a mil dólares es obligatoriamente falso, y al menos uno de los de a diez lo es también.

—¿Usted ha podido comprobar que son falsos? —volvió a la carga Alfonso.

—No. Al parecer son legítimos, pero uno, por lógica, tiene que ser falso. Eso lo corroboraría el estudio microscópico y químico.

—Pero a la vista son legítimos —salló Argüeto.

—A la vista, sí —accedió ella.

—¿Y eso no la sorprende? —preguntó el numismático.

—En lo absoluto. Se trata de algo que podía esperarse desde hace algunos años.

—Explíquenos, por favor —pidió Alfonso.

—Los norteamericanos no cambian el diseño de su moneda desde mil novecientos veintisiete. El gansterismo lleva casi cincuenta años estudiando la forma de reproducirla. Era de esperarse que lo logran en algún momento. La moneda del imperialismo es fácil de copiar, desde el punto de vista técnico. Podemos decir que es menos difícil de copiar que otras monedas modernas. La francesa, la inglesa, la nuestra, son monedas que tienen un grabado finísimo, mucho más fino que el dólar. Tienen degradaciones de tintas y sobreimpresiones que las hacen muy difíciles de reproducir por medios fotográficos o de impresión. Otros países emplean las marcas de agua en el papel, así como otros medios de actualidad, pero los americanos tienen un criterio conservador respecto a su moneda y se niegan a hacerle cambios. Por otra parte, esto es algo que debe tener alguna explicación financiera... En fin, ellos confían en un grabado en blanco y negro por una cara y verde por la otra. Los billetes de diferentes denominaciones están todos impresos en los mismos colores, como ustedes deben saber. Y ellos se confían exclusivamente en la calidad del papel; en nada más.

—Entonces, ¿el dólar es fácil de falsificar? —preguntó Alfonso.

—No. teniente. Me ha entendido mal. El dólar es difícilísimo de falsificar. Hasta hoy ha sido imposible hacerlo. Quise decir que el dólar, comparativamente, es la moneda menos difícil de reproducir, por los motivos que expliqué.

La doctora Campos observó de nuevo los billetes.

—Sí —dijo después—, se trata de una falsificación perfecta. Imagino que en estos momentos hay unos cuantos desvelados en el Departamento de

Tesorería de los Estados Unidos. Les esperan días negros. Jugaron con fuego, y tengo la impresión de que a la larga se han quemado.

—Supongamos entonces que los billetes son falsos —dijo Alfonso.

—No se trata de suponerlo, teniente —observó Argüeto—, la doctora ha explicado y yo coincido con ella en los motivos por los cuales los billetes **tienen que ser** falsos. No podemos pensar en otra posibilidad.

Alfonso se dirigió a la doctora Campos.

—¿Usted certificaría que los billetes constituyen una falsificación excelente, doctora? Técnicamente hablando, quiero decir.

—Sin reserva de ninguna clase. Más que eso, diría que se trata de algo sin precedentes; de una falsificación única y de una calidad... alarmante.

—¿Nunca ha visto..., digamos..., un billete falso de a mil dólares con esa calidad?

—¿De a mil? Déjeme decirle, teniente, que yo no tengo conocimientos de ninguna falsificación de billetes de a mil, ni creo que a nadie se le ocurriría tal cosa. Piense que el falsificador, al menos el que hemos conocido hasta ahora, sólo hace algo que no pasa de ser una imitación. Algunas veces se trata de una imitación burda y otra un poco más refinada, pero una imitación al fin y al cabo, que no resiste una comparación con un billete legítimo. Todas las monedas falsas tienen defectos que saltan a la vista; defectos en la impresión y en la calidad del papel... sobre todo, en la impresión. Es por ello que el falsificador prefiere billetes de baja denominación, de a cinco o diez dólares, en lo que a esa moneda se refiere. Un billete pequeño tiene mejores probabilidades de ser cambiado que uno grande, porque, ¿dónde cambiaría un delincuente cualquiera una moneda falsa de a mil? En un banco únicamente, o en una tienda comercial muy grande... A nadie se le ocurriría pagar una cajetilla de cigarros con mil pesos. Por otra parte, quien recibe un billete grande lo escudriña celosamente. No, teniente, a nadie se le había ocurrido hasta ahora falsificar piezas de a mil. Para hacer un billete de a mil dólares con posibilidades de ser cambiado, tendría que tratarse de un billete como este; algo, perfecto... con la excepción del cambio de retrato, por supuesto.

—¿Y por qué razón usted cree que hayan suplantado el retrato?

—¿Razón? No la veo, no... —la doctora quedó pensativa un momento, y añadió—: Como no sea una burla a la Tesorería de los Estados Unidos.

—Una burla —repitió Alfonso.

—Un chiste —dijo Argüeto.

—Un chiste —parecía un eco Alfonso—. ¡Vaya chiste! Pero, dígame, doctora, ¿qué piensa usted de los dos billetes con la misma serie? ¿Otra broma acaso?

—Puede ser... Eso depende de que los dos sean falsos, o uno falso y el otro legítimo.

—Cierto —confirmó Alfonso—, porque si uno es falso y el otro legítimo, significa, que uno es el original y él otro la copia, ¿no?

—Claro... Un billete, el bueno, sería la muestra que el falsificador utilizó para la copia o la fotografía; y el otro, el producto de su falsificación... o uno de los productos.

—Y además —siguió Alfonso—, podemos deducir que el poseedor de los billetes es el propio falsificador o está relacionado con él. Necesariamente. Porque la probabilidad de que el original y la copia coincidan en la misma persona sería mínima, casi imposible.

—Desde luego... Esa posibilidad puede descartarse.

—Y volviendo a las cuestiones técnicas —preguntó Alfonso—: ¿qué puede decirme acerca de la forma de hacer una falsificación como la que nos ocupa?

—Para opinar sobre eso tendría... No puedo adivinar que técnica empleó el falsificador, pero le puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que se trata de alguien que resolvió problemas técnicos confrontados por los reproductores legítimos de obras de arte, los impresores de sellos de correos... en fin, de todo aquel que intente copiar o reproducir un grabado fino o una litografía artística por medios fotográficos.

—¿Fotográficos?

—Sí, teniente. Todo proceso de reproducción parte de un negativo fotográfico.

—O sea, que para falsificar un billete hay que empezar por tener una fotografía del mismo.

—Del billete en el caso del billete, y del grabado si se trata de un grabado lo que se quiere reproducir. El primer paso es fotográfico, y es donde precisamente están las mayores dificultades.



—Explíqueme un poco más sobre eso, doctora, por favor —le pidió Alfonso.

—Sí... La imagen fotográfica es creada por una lente y toda lente tiene errores o aberraciones, que es como son llamadas. Estas aberraciones hacen que el negativo, o lo que es lo mismo: la imagen desmerezca, algo con respecto al original. Los fabricantes de moneda aprovechan esto para exagerar aquellas partes del grabado que saben que serán alteradas por la lente fotográfica... es lo que llaman medidas antifotográficas del billete.

—¿No puede conseguirse una lente sin esas aberraciones de las que habla usted?

—No, teniente... Déjeme explicarle: las aberraciones de las lentes son de varios tipos: de esfericidad, anastigmáticas, de curvatura del campo, cromáticas... Si se diseña una lente con el objeto de minimizar una de estas aberraciones, las demás crecen. Eliminarlas todas a la vez es imposible pues la lente resultaría prácticamente inejecutable... Es algo así como el famoso círculo vicioso; hay lentes caras y complejas que son magníficas desde un punto de vista general, es decir, todas las aberraciones han sido corregidas al máximo y el resultado que ofrecen es una imagen **casi idéntica** del objeto... pero ese **casi** significa que quedan aberraciones residuales, digamos, pequeñas. Y son esas las que el impresor de billetes aprovecha. Para resumir: no existe una lente ópticamente perfecta.

—Entonces —concluyó Alfonso—, falsificar billetes es en definitiva un problema de óptica.

—Un problema fotográfico, diría yo. Y la calidad de la imagen sí es un problema óptico. Eso es algo que se puede afirmar no sólo acerca de la falsificación sino de la reproducción en general, y, en especial, de la reproducción de grabados y obras de arte.

Yo pensaba en los libros en casa de Reuis.

—Un problema de óptica —repitió Alfonso, mirándome—. **De óptica.**

## XI

La entrevista con los especialistas del Banco Nacional se extendió hasta tarde en la noche, y recibimos explicaciones detalladas sobre todas las técnicas conocidas de falsificación de moneda. Argüeto nos impartió una breve conferencia a propósito del origen y la historia de la moneda impresa, y la doctora Campos, por su parte, nos mostró billetes falsos norteamericanos y de otros países. Abundaron en sus explicaciones acerca de los problemas técnicos de que nos habían hablado por la tarde. Mientras esto sucedía, mi estómago lanzaba discretas protestas por el hambre.

De las oficinas centrales del Banco Nacional de Cuba regresamos a la unidad y fuimos de inmediato a la oficina de delitos. Montori nos estaba esperando.

—¿Vieron a Argüeto? —nos preguntó nada más entrar.

—De allá venimos —respondió Alfonso.

—¿Y qué hay de nuevo?

—Bueno, Argüeto dice que va a dejar la numismática para dedicarse a otra cosa —bromeó Alfonso.

—¿Por lo de los billetes?

—Por este billete —respondió Alfonso, alargándole el de a mil.

—¿Qué tiene? —preguntó Montori, observándolo.

—¿Lo detalló bien, teniente? —evidentemente, Alfonso gozaba el sabor de la venganza.

—Sí —dijo Montori, sin darse por aludido—, ¿Qué tiene?

—Una bobería...: que el patriota no es el que debe ser.

—¿Cómo?

—Que Jorge Washington se equivocó de billete, según Argüeto..., parece que Jorge Washington debía estar en el de a uno y no en el de a mil.

—¡Cierto! —saltó Montori—. Washington aparece en los billetes de a uno y no en los de a mil... ¿qué quiere decir esto?

Alfonso se encogió de hombros.

—No sabemos —dijo—. Puede que se trate de una burla a la Tesorería yanqui... Una forma de decirles: «Vean, no sólo hago los billetes de a mil perfectos, sino que puedo hasta cambiarles el retrato.»

—Pero, ¿es falso este billete?

—Por supuesto que es falso. Mañana lo llevaré al LCC para que lo determinen técnicamente... aunque no estamos seguros de que se pueda determinar su falsedad, ya que cabe la posibilidad de que sea una reproducción tan perfecta que ni en el laboratorio puedan determinarla... según Argüeto.

—Resulta que empezamos analizando un caso de asesinato y ahora estamos metidos en una falsificación de moneda extranjera.

—Parece ser —comentó Alfonso—. Y también parece ser que el problema más difícil a resolver en una falsificación, es un problema de óptica.

—¿Reuis no era especialista en óptica?

—Lo era. Y en su casa encontramos los billetes, de modo que estoy por asegurar que existe un nexo entre Reuis y la óptica y entre esta y la falsificación. Si el anciano fue en vida un falsificador, ahí posiblemente esté el origen de su fortuna.

—Vamos a ver —dijo Montori—. Hagamos un resumen. Primero: a Reuis lo mataron sin que sepamos aún el móvil; segundo: en su casa encontramos tres billetes norteamericanos que resultan falsos. ¿Es posible que su muerte tenga alguna relación con este hallazgo?

—Creo que es posible.

—¿Por qué lo crees?

—Por algo mataron a Andrés Reuis. Ya hemos determinado una relación entre los billetes falsos y la óptica, así como una relación entre, el anciano y la óptica, por lo tanto, existe también una relación entre él y los billetes. No resulta difícil asociarlos con el asesinato.

—Presupones —dijo Montori—, que Reuis era o había sido falsificador y que poseía una técnica para la falsificación... califiquémosla de buena, o de muy buena, mejor, y que alguien le dio muerte para obtener el secreto de esa técnica... ¿es eso?

—La muerte es un proceso irreversible —contestó Alfonso—. Nadie dice después de muerto lo que sabe. Creo que al anciano lo mataron porque reveló el secreto de la falsificación. Lo dijo, y como lo dijo, ya entonces no sabía nada más de valor para sus asesinos y podría resultarles peligroso si hablaba. Esta hipótesis explica el hecho de que la muerte haya sido sorpresiva y de que no hayan registrado siquiera la casa. Los asesinos, o el asesino, no necesitaban registrar, puesto que ya habían obtenido lo que buscaban.

—Es una posibilidad que debe considerarse —accedió Montori—, pero... hay algunas cosas que tu hipótesis no explica.

—¿Cuáles?

—De una parte, el **modus operandi**, que se asemeja al de un delincuente habitual; de la otra, la cáscara de plátanos, que hasta ahora no la hemos podido relacionar ni con el asesinato ni con la falsificación. La cáscara de plátanos indica que el asesino hizo una pausa después de cometer el crimen. Entró en la biblioteca, luego abrió el closet, peló un plátano y se lo comió. Esperaba algo o le faltaba algo por hacer. De lo contrario, habría abandonado el apartamento inmediatamente.

—Quizás entró en la biblioteca para buscar algún documento donde Reuis explicaba su método de falsificación —propuso Alfonso.

—Quizás..., pero no creo que lo hubiera matado entonces hasta estar seguro de encontrar el documento. Lo habría amordazado, y tengo entendido de que no hay señales de que haya sido así. Por otra parte, recuerda que sabemos que el anciano era rico desde hace más de treinta años... ¿Demoraron treinta años en saber que Reuis poseía tal secreto? ¿Lo buscaron durante todo éste tiempo? ¿Quién? ¿Alguien de aquí? ¿La mafia, el gansterismo norteamericano? ¿Descubrió la mafia que Reuis poseía una fórmula perfecta para falsificar dinero e introdujo a alguien en Cuba para que le robara el secreto y luego lo matara? La mafia no es boba, Alfonso, y sabe que nuestro país es un «paraíso perdido» para ellos. No creo que se atrevan a intentar algo de ese tipo aquí porque saben que con nosotros no hay jaranas. Y nuestro Departamento de Inmigración y Extranjería tampoco va a permitir, que un mafioso se introduzca en el territorio nacional.

—Nada de eso es fácil, no —convino Alfonso—, pero es posible. Un mafioso puede introducirse en Cuba a través del personal de una embajada

capitalista, o como representante de alguna firma comercial de un país capitalista que tenga relaciones con nosotros. Se trata de algo que pudiera producirles millones, decenas de millones, quizás hasta cientos de millones de dólares en beneficios. Es el cuento de la gallina de los huevos de oro, y por esa gallina los considero capaces de intentar cualquier cosa... y ya hemos visto la calidad de los billetes encontrados en el apartamento de Andrés Reuis.

—Sí... —aceptó Montori, pensativo—. Además, espanta pensar que esté dando vueltas por ahí, en manos de algún delincuente o de algún mafioso, un método de falsificación que podría muy bien provocar una crisis en el capitalismo... una crisis económica que afectaría también al resto del mundo. Porque es evidente que si se echaran a circular clandestinamente billetes falsos como estos, se provocaría una crisis.

—Eso afirman los especialistas del Banco —dijo Alfonso.

—Sería algo de consecuencias imprevisibles, porque, aunque la falsificación se lograra detectar por medios técnicos, resultaría difícil poner un laboratorio en cada esquina o en cada comercio de una ciudad.

—Habría que volver al patrón oro —comentó mi jefe inmediato—, y tengo entendido que todo el oro del mundo no alcanza.

—Bueno... —respiró profundo Montori—. Pienso que no debemos ir muy lejos con nuestras especulaciones. Todas esas consideraciones son posibles, pero no podemos extender el campo especulativo a lo posible, sino limitarlo sólo a lo factible, ya que lo posible es amplísimo; hay tantas ocurrencias posibles como situaciones puedan imaginarse. Eso tú lo sabes tan bien como yo. La muerte del ciudadano Andrés Reuis y Pérez se debe a uno entre mil móviles que ignoramos. Lo más importante ahora es proceder en orden para demostrar algunas cosas. Primero: que los billetes son efectivamente falsos, lo cual es casi seguro y que el laboratorio central puede corroborar. Segundo: que siendo falsos fueron hechos por Reuis. Y tercero: que alguien supo de esta falsificación y lo asesinó para obtener el secreto o, como dijiste antes, «por haber obtenido el secreto».

—Estoy de acuerdo —dijo Alfonso—. Debemos proceder metódicamente. Pero, ¿cómo demostrar que Reuis fue un falsificador? Recuerde que ni Argüeto ni la doctora Campos saben de falsificaciones de

billetes de a mil dólares, ni siquiera de a diez con esa calidad. Por otra parte, ni el hijo ni la hermana conocen nada de los años que Andrés Reuis pasó en los Estados Unidos... y debemos suponer que la falsificación que lo hizo rico data precisamente de esos años.

—Pero, si Reuis vino rico de los Estados Unidos, eso indica o es señal de que participó allí en una falsificación, ¿no?

—Casi —dijo Alfonso—, pero ni la doctora ni Argüeto han oído algo acerca...

—¡Espérate! —saltó el jefe—, ni Argüeto ni la doctora Campos son policías... Alfonso, hay un policía viejo que puede saber algo de este asunto. Ya sabemos que la policía se entera de todo. Este individuo de quien le hablo fue miembro de la policía secreta cuando Batista dio el golpe de estado en el cincuenta y dos, y como odiaba al dictador y conocía sus métodos, renunció al puesto. Por ese gesto, al triunfo de la Revolución se le concedió el retiro. Se llama Arturo Macías y puedo darte su dirección. Vive en el Cerro.

—Pero, seguramente será ya un anciano.

—Yo lo visito a veces... es un hombre de edad, pero se conserva muy bien y está perfectamente lúcido. Ya verás. Te recomiendo que lo veas; si hay algo, el podrá decírtelo. Por otro lado, creo que sería provechoso hacer un examen de los libros y papeles de Reuis, volver a entrevistar al hijo y a la hermana quizás. Y llevar los billetes al laboratorio central, por supuesto.

Al fin logramos almorzar, comer y cenar, todo de una vez, y esa noche nos acostamos antes de que amaneciera. Tanto el recubrimiento interior de mi estómago, como el recubrimiento exterior de mi cerebro, estaban llegando a odiar intensamente al asesino del ciudadano Andrés Reuis y Pérez.

## XII

Al día siguiente muy temprano fuimos al edificio del laboratorio central de criminalística y subimos directamente a ver a Falgueiro. Aunque este no era experto en falsificaciones, Alfonso quería mostrarle los billetes y conocer su opinión.

—Falgueiro —dijo en cuanto entramos en la oficina— ¿tú sabes quién es el patriota que aparece en los billetes de a un dólar norteamericano?

—¿De a uno...? —precisó. Falgueiro, dejando a un lado lo que estaba haciendo—. No estoy muy seguro... ¿No es Washington?

—Washington, ¿y en el de a mil?

—No, en el de a mil, no sé.

—Pero, ¿crees que pueda ser Washington?

Desde luego que no... ya te dije que Washington es el de los billetes de a uno, y tú lo reafirmaste. ¿Se trata de una adivinanza?

Por toda respuesta. Alfonso le mostró el billete de a mil.

—Pero, ¿qué es esto? —preguntó Falgueiro sonriendo al ver a Washington plasmado en el billete.

—Ya lo ves —dijo Alfonso—: un billete de a mil dólares con la efigie del general Jorge Washington. ¿Qué te parece?

—No sé qué pensar —respondió Falgueiro, serio—. ¿Puede ser un error de imprenta? El billete parece bueno.

—No. No es un error de imprenta, y suponemos que el billete es falso. ¿Qué motivos puede tener un falsificador para suplantar el retrato de un billete?

—No imagino el motivo... Como no sea una broma o algo parecido.

—Este billete es parte de] caso de asesinato del apartamento 3-B. Si es una broma, es una broma de humor negro, porque considero que este billete puede haber costado la vida de un hombre, de Andrés Reuis Pérez. Por lo menos, hay probabilidades de que haya sido así.

—Mira, Alfonso —dijo Falgueiro—, lo que sí podemos afirmar es que este, sea falso o legítimo, no hay quien lo reciba como bueno. No creo que el falsificador haya obtenido beneficio alguno de billetes así.

—¿Por qué?

—Porque generalmente uno piensa que no se fija mucho en los billetes..., pero tiene una imagen mental de ellos. Nosotros, los que no manipulamos dólares en la vida diaria, no tenemos una imagen mental del dólar, pero un ciudadano norteamericano o cualquier persona que vea dólares todos los días, se forma inconscientemente en su mente una fotografía de los billetes que usa. Si esa persona recibiera uno como este, con el retrato suplantado, se daría cuenta enseguida, aun cuando de momento no pueda precisar **qué tiene**. Pero el subconsciente le da la señal de alarma de que **tiene algo raro** y lo hace porque no coincide con la imagen mental que guarda.

—Es verdad, sí.... Los compañeros del Banco Nacional a quienes mostré los billetes, se dieron cuenta inmediatamente de que eran falsos. Supongo que tengan la imagen mental de que tú hablas.

—Claro... Por eso afirmé que este billete no sirve para engañar a nadie, aunque sea una falsificación perfecta en otros sentidos.

—Ahora mira estos otros —dijo Alfonso—. Estos de a diez dólares tienen el mismo número de serie.

Falgueiro los tomó en sus manos y los examinó cuidadosamente. Después:

—Pueden ser dos billetes falsos... o uno falso y el otro bueno. Pero, en cualquier caso, se trata de una imitación muy buena, como nunca la había visto. Vamos a ver qué dicen los especialistas en falsificaciones.

Envió por uno de los técnicos del LCC y el compañero, después de echar un vistazo a los billetes, se los llevó. Entretuvimos media hora de espera conversando acerca del dictamen policial.

—¿Bien? inquirió Falgueiro en cuanto el técnico regresó.

—Uno de los de a diez es falso... este —mostró uno de los billetes, y agregó—: El de a mil también lo es.

—¿Sé puede detectar que son falsos? —le preguntó Alfonso.

—Sí, con el microscopio comparativo se aprecian pequeñas diferencias en el grueso de algunas de las líneas de los billetes falsos. Suponemos que se



trate de dificultades en la impresión.

—Pero, ¿se puede detectar que son falsos y no legítimos? —insistió Alfonso.

—Con el microscopio, sí, teniente.

—¿Y a simple vista?

—A simple vista, no. A simple vista los billetes parecen legítimos. Ni con una lupa de diez aumentos podría verse las diferencias en el grueso de las líneas a las que me referí. Es una diferencia del orden de las décimas de micrón.

—¿Y el papel utilizado?

—Papel moneda norteamericano legítimo... Pero, permítame decirle que eso no es muy significativo que digamos. Ha habido algunas falsificaciones de dólares hechas con ese papel. Seguramente es producido por alguna empresa privada y varios falsificadores han encontrado la manera de adquirirlo. Cuando terminemos las investigaciones le enviaremos un informe detallado con su foto-tabla correspondiente.

Cuando subimos al Lada, Alfonso me dijo:

—Bien, Reinaldo... la primera proposición del teniente Montori ya tiene el **lqqd**.

—¿El qué? —pregunté sin entender.

—El **ele qu qu de** —repitió—. LQQD. Son las letras iniciales de «lo que queríamos demostrar».

—Ya —comprendí—. Es lo que se pone al final de la demostración matemática de un teorema.

—Eso mismo. Con el **ele qu qu de** quise decir que un billete de a diez es falso y que el de a mil también lo es. Por lo tanto, lo primero que queríamos demostrar ha sido demostrado.

—Viene siendo algo así como **cherchez la femme** —dije.

—No —sonrió Alfonso—, **cherchez la femme** es otra cosa, es un principio francés de investigación criminal que significa «buscar a la mujer». Parte de la suposición de que en todo hecho criminal hay siempre una

mujer..., pero no sé si se trata de un prejuicio fundamentado en la idiosincrasia de los franceses.

—A mí me parece lógico —comenté.

—Puede serlo... Pero Montori piensa que este caso es distinto y que en lugar de **cherchez la femme** es preferible «**cherchez** la cáscara de plátano»... o mejor, «**cherchez** el motivo de la cáscara de plátano».

—Esta es la dirección que me dio, teniente —intervino Frank.

Llegamos a la casa del Cerro donde vive el ex-policía Arturo Macías. Una señora de bastante edad nos abrió la puerta y Alfonso se identificó como oficial de la Policía Nacional Revolucionaria. Ella, sin inmutarse, nos mandó a pasar. Macías salió a los pocos minutos: más de setenta años y el pelo hermosamente blanco; de poca estatura, pero todavía muy ágil y erguido.

—Y bien, compañeros —dijo—, ¿en qué puedo serles útil? Pero, no, esperen; vamos a tomar un poco de café, ¿no les parece? ¡Manola —llamó—, cuélanos un poco de café, por favor!

Alfonso consideró que debía comenzar.

—Macías —explicó—, estamos investigando un caso en el que han aparecido unos billetes norteamericanos falsos. Una falsificación que creemos que data de los años de la Segunda Guerra Mundial o un poco más tarde. Queremos saber si usted tuvo conocimiento profesional del hecho.

—Imagínese usted, teniente —dijo Macías—. Los dólares falsos eran cosa de casi todos los días. Muchas veces los gánsteres yanquis mandaban a cambiarlos en Cuba... seguro que nos creían más tontos.

—Se trata de un caso raro de falsificación —afirmó Alfonso.

—¿Raro?

—Sí, una falsificación de mucha calidad. Los billetes que hemos encontrado son falsos, pero casi perfectos.

—Ajá —Macías hizo un gesto de incredulidad, y agregó—: Es posible... Pero, eso no me dice nada. Nunca vi billetes falsos de calidad excepcional.

—¿De ninguna denominación?

—Bueno... en cierta ocasión me enseñaron un billete de a cinco dólares, que según me dijeron, era una imitación casi perfecta, y que los falsificadores habían logrado cambiar no sé cuántos de ellos en los Estados Unidos..., pero, si usted se fijaba bien, a Lincoln se le veía como si se estuviera riendo —

sonrió—. Pienso que si lograron cambiar algunos cientos de miles de esos dólares, es porque en aquel país debe haber unos cuantos cientos de guanajos. Y esa es la mejor falsificación que recuerde haber visto.

—¿Nunca oyó hablar de billetes falsos de a mil dólares? —insistió Alfonso.

—¿De a mil? —preguntó Macías algo sorprendido.

—De a mil.

—En mi vida he visto un billete falso de esa cantidad..., es más, creo que nunca he visto un billete de a mil, ni falso ni bueno.

—¿Ni nunca...

—¡Un momento, teniente! —lo interrumpió Macías—. Me acaba de venir algo a la mente... Sí —se apretaba las sienes una y otra vez—, creo que una vez oí hablar de billetes falsos de a mil... ¿Dónde fue, Macías, dónde fue?

Alfonso y yo estábamos expectantes.

—¡Ya, ya lo tengo! ¡Fue en el caso de Guatimón!

—¿De Guatimón? ¿Quiere contarnos, por favor? —pidió Alfonso, y agregó—: ¿No le importa que grabemos lo que nos diga?

—Por supuesto que no... sólo que no le puedo prometer que recuerde todos los detalles. Es algo que ocurrió hace más de treinta años.

—No importa que no lo recuerde todo, Macías. Díganos nada más lo que recuerde. Reinaldo —se volvió hacia mí—, conecta la grabadora.

—Sí, teniente.

—Allí hay un tomacorrientes, donde está instalado el televisor —me indicó Macías.

Conecté el aparato, una Ugher de carretes, y enseguida Macías se dispuso:

—Debe haber sido por el cuarenta y nueve, más o menos —empezó el anciano, pero enseguida se corrigió a sí mismo—: No, en el cuarenta y nueve no, porque Arturito nació en el cuarenta y ocho y eso fue antes, así que... pongamos el cuarenta y siete. Sí, tiene que haber sido en el cuarenta y siete, y en diciembre, porque en aquellas Navidades... Bueno, en diciembre del cuarenta y siete la secreta me ordenó que fuera a Nueva York para colaborar en la investigación de la muerte de un ciudadano cubano llamado **Guatimón**..., no recuerdo bien si Guatimón era un nombre, un apellido o,

simplemente un apodo..., Guatimón había sido torturado y asesinado, y su cadáver apareció en la Bahía de Nueva York. Parece que el tal Guatimón o su familia tenía alguien influyente en el gobierno, porque de otra manera nunca hubieran mandado a un policía cubano a Nueva York para un asunto de este tipo. De más está decirles que la policía norteamericana me trató como a un perro... hasta que vieron que yo no era ningún primo en cuestiones criminalísticas y condescendieron en enterarme de algunas cusas respecto al caso. El problema es que la policía, y el FBI estaban preocupados porque tenían noticias de que Guatimón andaba enredado en un asunto de falsificación. Guatimón, según el soplón de la policía, le había mostrado unos billetes falsos a un ganstercito de apellido Di Franchichi, no sé cómo rayos se escribiría, pero se pronuncia así mimo: Di Franchichi... Y los billetes que Guatimón le había enseñado eran tan buenos, que parecían legítimos. Di Franchichi era de origen italiano y estaba relacionado con la mafia norteamericana, a la que había persuadido para que financiara la fabricación de los billetes falsos... Tan buenos eran que los iban a hacer de a mil dólares. Por eso es que relacioné la muerte de Guatimón con la pregunta que usted me hizo. Cuando la policía y el FBI oyeron decir que falsificarían piezas de a mil, pensaron que todo se trataba de una mentira del soplón, pero, la muerte del cubano y los signos de torturas que aparecieron en su cuerpo, motivaron el interés que tomaron después.

—¿Recuerda en qué quedó el caso? —intervino Alfonso.

—Sí... La policía encontró las huellas de Di Franchichi en el apartamento de Guatimón y dio con un testigo que declaró haberlos visto juntos la noche del crimen. Detuvieron al italiano y este confesó que había tenido una pelea con Guatimón y lo había matado..., De la falsificación no dijo ni hostia y no hubo forma de sacarle algo al respecto. De todas maneras, la policía nunca creyó mucho en la historia de los billetes falsos de a mil. Di Franchichi fue condenado a treinta años por asesinato, y escapó no sé ni cómo de la silla eléctrica.

—¿Salió de la prisión?

—Sí..., pero con los pies hacia adelante. Dos o tres años después leí en los periódicos que en un plante de presos de una prisión de Nueva York, la policía había matado a Di Franchichi. Después no supe nada más del caso.

—¿Quién era el falsificador, el tal Guatimón? —preguntó Alfonso.

—Me parece que Guatimón era un intermediario o algo así... el que había entregado a Di Franchichi los billetes falsos.

—¿De a mil?

—No sé si de a mil o de a cuánto... si mal no recuerdo, se dijo que la falsificación que pensaban hacer era de billetes de a mil, pero a lo mejor la muestra que le entregó Guatimón a Di Franchichi fuera de otra denominación. Creo que la versión que dio el soplón de la policía decía que Guatimón debía entregar al italiano un juego de negativos de billetes de a mil dólares.

—¿Negativos fotográficos?

—Sí, tres negativos fotográficos: uno del frente del billete, otro del fondo y uno del sello de la Tesorería norteamericana, que va impreso por el frente con tinta de otro color. Guatimón entregó los negativos a Di Franchichi y Di Franchichi pagó la suma convenida, pero luego descubrió que los negativos tenían un defecto que los hacía inservibles.

—¿Sabe cuál era ese defecto?

—No, no se dijo nada de eso, que yo recuerde. Bueno, Di Franchichi fue a ver a Guatimón y le exigió otro juego de negativos en buen estado; Guatimón se lo prometió, pero pasó el tiempo sin que cumpliera su promesa. Al italiano parece que lo estaban presionando también... me refiero a los que habían «financiado» la operación, y volvió a entrevistarse con el cubano... eso fue la víspera de aparecer el cadáver. Nada más se sabe... Y recuerde usted que lo que le he dicho no es más que la versión recibida por la policía de boca de un soplón, lo que la hace no confiable del todo.

—¿Nada se sabe de quien hizo los negativos defectuosos o los billetes falsos que se usaron para «vender» la idea a los mafiosos?

—Nada... solamente que debía ser alguien conocido de Guatimón.

—¿Otro cubano?

—No... me parece recordar que se mencionó algo acerca de un ingeniero de otro país, alemán, creo, refugiado en los Estados Unidos en la época de los nazis... Más o menos eso fue lo que se comentó, si mal no recuerdo.

—¿Tampoco se sabe cómo se relacionó Guatimón con ese... ingeniero?

—No, que yo sepa.

—¿Ni si Guatimón, al ser torturado, dijo al italiano quién había hecho los negativos?

—Tampoco... Di Franchichi negó en todo momento que la muerte de Guatimón tuviera algo que ver con la falsificación.

—¿Y la muerte «tan oportuna» de Di Franchichi no le hace pensar que el italiano sabía algo que alguien no quería que se divulgara?

—¿Se refiere usted a la policía o al FBI?

—Sí.

—Es posible. La policía, o el FBI, o el mismo Departamento del Tesoro, que tiene su cuerpo investigativo particular, pudieron decidir y propiciar la muerte del italiano. Si eso fue así, se confirma entonces que hubo una falsificación, y que esa falsificación fue de una calidad extraordinaria..., porque no creo que por una falsificación corriente la policía se tomara tantas molestias, ¿no le parece?

—Sí —dijo Alfonso—, pero, lamentablemente, no tenemos medios para confirmar esas suposiciones. Es algo que ocurrió hace muchos años y en un país con el que no tenemos buenas relaciones. Además, si el asesinato de Di Franchichi fue obra de una entidad especial, seguro que se tomaron todas las medidas para ocultarlo.

—Seguro —aceptó Macías—. En ese país son capaces de matar a un presidente y que nunca se llegue a saber la verdad de lo ocurrido... ¿qué no podría entonces pasarle a un ganstercito como Di Franchichi?

Agradecemos a Arturo Macías, su valiosa colaboración, y nos retiramos de su casa con la sensación de haber obtenido informes importantes.

—A Casa de Reuis, Frank —ordenó Alfonso apenas nos instalamos en el carro.

—¿El hijo o el padre?

—El hijo. Con Andrés Roberto podremos entendernos perfectamente en español... Para sacar algo de los libros del viejo hay que empezar por buscar un intérprete de alemán.

## XIII

Andrés Roberto Reuis nos invitó a pasar al pequeño despacho-biblioteca de su apartamento. Esta vez parecía más joven y descansado.

—Le ruego que nos disculpe —comenzó Alfonso—, porque esta es ya la tercera ocasión en que lo molestamos en menos de cuarenta y ocho horas.

—Le repito que puede contar conmigo cuando lo estime necesario, teniente.

—Hoy estamos interesados en información técnica más que en otra cosa, Andrés Roberto... Dígame, ¿conoce usted algo de óptica?

—Sí. Aunque mi profesión es ingeniero químico, como usted sabe, llevo varios años estudiando la óptica por vocación. Le confieso que no poseo la habilidad manual que tenía mi padre, ya que nunca he intentado construir una lente u otro componente cualquiera, pero en lo que a teoría se refiere pienso que podré darle respuesta a sus preguntas.

—Bien... usted me dijo que su padre, durante su estancia en los Estados Unidos, trabajó en el diseño y construcción de un aparato óptico especial para el Museo de la ciudad de Nueva York, ¿no es eso?

—Efectivamente —confirmó Ruisito—. Papá trabajó en el diseño de una cámara fotográfica especial para ese Museo, el Metropolitano de Arte, en específico.

—¿Sabe qué se hizo de esa cámara?

—Nunca llegó a construirse... Los directores del Museo dijeron a papá que habían consultado a distintas autoridades en la materia, y que la cámara que el proponía no era técnicamente ejecutable. Eso le dijeron.

—¿Y él coincidió en que no fuera... ejecutable?

—No. Mi padre creía que la cámara era factible, pero por algún motivo económico o de otra naturaleza no convenía su fabricación.

—¿Sabe usted si Reuis fabricó la cámara por su cuenta?

—No... Al menos, nunca me dijo que lo hubiese hecho; ni intentado, siquiera.

—¿Ni le dijo tampoco en qué principios se fundamentaba el equipo?

—Verá... Él tenía muchas ideas con relación al problema del diseño de lentes. Decía que el asunto de las aberraciones no pasaba de ser una tormenta en un vaso de agua, y que podría diseñarse y construirse una lente completamente libre de aberraciones... No sé si usted me entiende...

—Supongamos que sí. Siga, por favor.

—Eso decía papá. Él pensaba que toda la óptica geométrica y la ciencia del diseño óptico, parten de algunos principios que vienen determinados por las limitaciones en la construcción de los componentes, es decir, de las lentes y lentillas. Los diseñadores presuponen que las curvaturas de todos los componentes tienen que ser esféricas, porque de otra forma no se pueden fabricar. Pero papá insistía en que para una lente fabricada a mano, esta limitación es absurda y que un óptico puede pulir a mano lentes que tengan otras curvas que no sean esféricas. Es algo muy trabajoso y caro, que requiere de una gran experiencia, y habilidad en quien lo ejecuta, puesto que no hay máquina pulidora capaz de lograrlo. Según mi padre, si se parte de superficies no esféricas, puede diseñarse y construirse una lente ópticamente perfecta. Así pensaba él.

—¿Usted, no?

—Bueno, teniente... no sé si estará mal que yo lo diga, pero... papá estaba equivocado. Totalmente equivocado respecto a esto. Muchas veces lo discutimos.

—¿Por qué estaba equivocado, de acuerdo con su criterio de usted?

—Mi padre era un gran técnico hecho en la práctica del oficio. Un pulidor de lentes. Luego estudió teoría y diseño por su cuenta, pero siempre conservó deficiencias en su base matemática para interpretar los problemas más difíciles del diseño.

—Y usted no tiene esas deficiencias.

—No. Y no quiero que lo que le digo pueda tomarse como una autosuficiencia o una pedantería de mi parte. Soy ingeniero y poseo de hecho una buena base matemática para comprender e interpretar mejor esos problemas. Le demostré a papá matemáticamente... no sé si ustedes conocen



que en la actualidad el diseño de componentes ópticos se hace mediante computadoras. Le demostré matemáticamente, le decía, que toda su teoría sobre las lentes no esféricas era disparatada y no resistía un análisis científico. Se lo demostré en repetidas ocasiones.

—¿Y él, qué le decía?

—Uno de sus defectos era que no le gustaba discutir. Cuando una conversación de este tipo se volvía polémica entre nosotros, me salía con un chiste o con algún comentario jocoso.

—¿Recuerda alguno de esos comentarios «jocosos»?

—No me parece que vengan al caso...

—¿Recuerda alguno? —insistió Alfonso.

—Bueno... en una ocasión me dijo que la «ciencia óptica» la hacían los científicos pedantes, pero que nunca había visto una computadora que puliera una lente.

Conversamos con Ruisito largo rato. Alfonso se veía particularmente interesado en conocer las teorías acerca del Diseño Óptico que tenía Reuis padre, y que Andrés Roberto persistía en desvirtuar fundamentándose en criterios matemáticos. Por momentos me dio la idea de que Alfonso tomaba partido del lado del viejo, pero en cierto sentido se mostraba injusto con el ingeniero, pues sabía que Reuis había tenido razón y que sus supuestas teorías las había demostrado con la falsificación de billetes de banco norteamericanos, pruebas estas que el anciano nunca había utilizado en sus conversaciones con el hijo.

—He sacado algunas conclusiones —dijo Alfonso, ya hacia el final de la conversación con el joven—, y deseo que usted me las reafirme o me las niegue.

Andrés Roberto esperó con evidente interés las opiniones de Alfonso.

—En primer lugar —dijo el oficial, consultando la agenda—, el Museo Metropolitano de Arte de la ciudad de Nueva York le encargó a su padre el diseño y construcción de una cámara fotográfica especial. Esto quiere decir que los administradores de esa institución confiaron, al menos en un inicio, en los criterios técnicos de Andrés Reuis.

—Es cierto —afirmó Ruisito—, en ningún momento yo he negado los conocimientos y las habilidades de mi padre, sino el fundamento científico de

algunas de sus teorías. Quiero reiterarles que él llegó a ser un óptico de gran prestigio y fue consultado y respetado en su época por muchas instituciones de renombre. Cuando llevaba más de treinta años de retiro, es decir, hasta el día mismo de su muerte, muchas revistas especializadas publicaban sus artículos y lo consideraban una autoridad en el campo de la óptica y en el tallado de lentes.

—En segundo lugar —continuó Alfonso después de la interrupción—, quiero que me confirme si es cierto o no, que su padre, un hombre de gran experiencia técnica, sostenía que era posible construir una lente totalmente libre de las llamadas aberraciones; una lente ópticamente perfecta.

—Lo sostenía. Y lo mantuvo siempre... Aquí deseo hacerle otra salvedad, si me lo permite...

—Adelante.

—Es lo siguiente: creo que un óptico experimentado, por métodos casi empíricos, pudiera llegar a construir una lente ópticamente perfecta **para algunas condiciones de trabajo muy limitadas**. Esa posibilidad no la niego. La cámara que mi padre propuso al Musco Metropolitano de Arte, pudo ser un caso así; una cámara con un solo objetivo, con una distancia focal fija. Y considero también que papá, de haber tenido la oportunidad, pudo haber llegado a construir con éxito esa cámara. Lo que sí insisto en negar, es la aplicación de ese criterio a una teoría general de diseño de componentes ópticos, ya que considero que esas condiciones especiales no son válidas para la generalidad de los casos. Mi padre, al generalizar un caso particular, especial, cometía un error lógico y dialéctico, pues lo que es válido para un caso especial o particular no tiene que serlo necesariamente para el resto.

—Si no lo he entendido mal —dijo Alfonso—, lo que usted sostiene es que Reuis pudo haber hecho **una** lente perfecta para **un** problema concreto, pero que eso no quiere decir que para todos los casos puedan construirse lentes ópticamente perfectas.

—Exacto.

—¿Y usted cree que para un caso especial, esa cámara ópticamente perfecta es posible?

—Sí, teniente... posible. Pero nada más que posible.

—Gracias —concluyó Alfonso—. En lo fundamental, eso es lo que queríamos saber.

## XIV

Esa noche fuimos recibidos otra vez por Montori en la oficina de delitos. Algo en el aspecto físico de este oficial había llamado desde el principio mi atención: el primer teniente José Antonio Montori, con un cabello negro muy lacio, parecía siempre recién peinado, y en todo momento se veía juvenil. Sin embargo, esta vez observé algunas huellas de cansancio en su rostro. Seguramente Alfonso también lo notó, pues fue más breve y conciso que de costumbre.

—¿Qué más has sabido con relación al caso del apartamento 3-B? — preguntó Montori.

—Llevamos los billetes al laboratorio central de criminalística y comprobamos que el de a mil es falso y también uno de los de a diez. Después visitamos a Macías y nos contó sobre un asesinato en la persona de un cubano ocurrido en el año cuarenta y siete, en Nueva York. Su muerte estuvo relacionada según parece con una falsificación de billetes de a mil dólares que nunca se llevó a efecto. Se llamaba o se apodaba Guatimón, y su asesino, un tal Di Franchichi, murió dos años más tarde en la prisión. Se especula que su muerte pueda haber sido ordenada por alguna autoridad oficial de los Estados Unidos. Grabamos una cinta de la conversación con Macías y cuando desee, la solicito al archivo para oírla. Entrevistamos también al hijo de Reuis, Andrés Roberto, y nos afirmó que su padre tenía ciertas ideas originales en relación con el diseño y la construcción de una lente fotográfica completamente libre de errores o aberraciones ópticas. Durante sus años de permanencia en los Estados Unidos, Andrés Reuis trabajó en el proyecto de una cámara fotográfica especial para el Museo Metropolitano de Arte de la ciudad de Nueva York, pero las autoridades del Museo decidieron paralizar esta labor en un momento dado. El hijo del muerto tiene reservas acerca de que las ideas técnicas de su padre sean acertadas, pero cree que un óptico experimentado puede llegar a construir,

una lente sin aberraciones para un caso particular de aplicación. Yo, por supuesto, no tengo autoridad técnica para evaluar las opiniones del viejo y los criterios del hijo, pero los demás hechos relacionados con el caso me hacen pensar que el ciudadano Andrés Reuis y Pérez llegó a fabricar esa cámara, que la construyó en los Estados Unidos, y que en el año cuarenta y siete tomó con ella los negativos de los billetes falsos que encontramos en su casa.

Montori intervino:

—De acuerdo con todo eso, podemos concluir que los billetes son efectivamente falsos: que hubo una tentativa de falsificación de billetes de a mil dólares en Nueva York en la época en que Reuis vivía allí, y que existe la posibilidad de que él haya construido la lente y la cámara que sirvió para hacer esa falsificación, o tentativa de falsificación, mejor. Son conclusiones importantes... —el jefe de la oficina de delitos hizo una pausa, y preguntó después—: ¿Crees que Reuis haya vendido a la mafia norteamericana los negativos de un billete de a mil dólares para que ellos hicieran la falsificación?

—Es muy probable —afirmó Alfonso.

—Y que los negativos que entregó a la mafia tenían suplantado el retrato con el de Jorge Washington, que es el que lleva el billete de a un dólar...

—Ajá.

—Entonces, ¿por qué se tomó el trabajo de alterar los negativos con el fin de hacerlos inservibles? ¿Por qué corrió el riesgo de sufrir la venganza de los mafiosos, si le era más fácil entregar un negativo bueno?

Alfonso movió los hombros significativamente.

—Los motivos que tuvo Reuis es algo que quizás no lleguemos a saber jamás —dijo.

—¿Existe algo que relacione la falsificación con su muerte? —preguntó Montori luego de una nueva pausa.

—Sólo el hecho de que hemos encontrado otra causa para su asesinato. Ese podría ser el móvil.

—¿Una venganza ejecutada por la mafia treinta años después?

—Eso. O que lo asesinaron para obtener el secreto de la falsificación.

—¿Treinta años más tarde? —repitió Montori.

—¿Por qué no?

Montori encendió un cigarro y nos pasó la cajetilla. Alfonso añadió:

Estoy convencido de que fue Reuis quien hizo los negativos que Guatimón vendió a la mafia neoyorquina. He pensado sobre esto, y hay que tener en cuenta que en los negativos no es fácil identificar un rostro, puesto que los colores claros salen oscuros y a la inversa. Si saco una foto de su esposa sin que usted lo sepa, y le muestro luego el negativo, posiblemente no la reconozca. Usted lo sabe. Por otra parte, considero que los mafiosos no tenían motivos para desconfiar de los negativos que les entregó Guatimón. Ahora bien, ¿por qué Reuis cambió los retratos en el billete de a mil, colocando el de Jorge Washington? Hay una sola respuesta para esa interrogante: para hacer inservibles los modelos. Los impulsos particulares que tuvo para hacerlo, arriesgándose a una venganza de la mafia, es algo que no sé si llegaremos a saber.

—Pero la muerte de Guatimón pudiera no tener relación alguna con Andrés Reuis —opinó Montori.

—También es posible. Pero entonces habría que aceptar muchas coincidencias: las fechas, el billete de a mil encontrado en la casa de Reuis, las intenciones de Di Franchichi de falsificar billetes de esa misma denominación... Tampoco podríamos explicar el origen de la fortuna del muerto. Y todo esto coincide, además, con que Andrés Reuis era óptico, con que trabajó en una cámara fotográfica especial para hacer reproducciones y que en diciembre del cuarenta y siete regresó sorpresivamente a Cuba y se cambió los apellidos. No. Debe existir un nexo entre la muerte de Guatimón y los billetes encontrados en el apartamento 3-B... o las coincidencias a aceptar son demasiadas

—Cierto —accedió Montori, y apago el cigarrillo en un cenicero encima del buró—; pero nosotros debemos aclarar el asesinato del ciudadano Andrés Reuis y Pérez y no la falsificación que pudo o no hacer en mil novecientos cuarenta y siete en los Estados Unidos. ¿Qué propones?

—Chequear las huellas de todos los extranjeros procedentes de países capitalistas, y tirarlas contra el fragmento encontrado en el estuche de tabacos. Por el momento podríamos limitarnos a los extranjeros que han entrado en Cuba en los últimos seis meses.

—Alfonso..., debo recordarte que muchos de esos extranjeros son diplomáticos o personal de embajada —objetó el jefe de la oficina dé delitos—. No poseemos fichas dactilares de ese personal y pedir las... Bueno, ya sabes lo que podría acarrear pedir las.

—Si la búsqueda que se está haciendo en el archivo monodactilar resultara infructuosa, no veo qué otra cosa podemos hacer para esclarecer este hecho —Alfonso apagó también su cigarro en el cenicero; luego preguntó—: ¿A usted se le ocurre algo, teniente?

Montori quedó pensativo unos segundos.

—No... Nada dijo por fin—. Mañana voy a consultar el asunto con el mando. No me gusta nada esta investigación. Te anticipo que puede traer dificultades. De todas formas, de autorizarse el chequeo que propones, no se realizaría hasta revisar **todo** el archivo monodactilar, y hasta que hagamos una discusión en colectivo para ver si no se nos ha olvidado algo, algún camino, o si existe cualquier otra posibilidad investigativa... hasta que estén agotados por completo todos los recursos. Tú estás metido en la vorágine del caso, Alfonso, pero desde fuera se tiene otra perspectiva... otra «óptica». Todas tus hipótesis resultan lógicas y factibles, como bien puede ser lógico y factible el tema de una novela de ciencia ficción... Te repito que hay algo en este caso que no me gusta. No me gusta «olfativamente». Y aunque el olfato puede no ser un principio investigativo científico, es un sentido que los policías llegamos a desarrollar mucho. Lo sabes tan bien como yo.

## XV

Comimos en silencio en un comedor ya vacío a esa hora. Alfonso se veía preocupado. Cuando terminamos, se quedó con los codos apoyados sobre la mesa.

—Al fin y al cabo el caso ha resultado bastante enigmático, ¿eh, teniente? —le dije.

—Sumamente enigmático —respondió, algo distraído—. Tengo la impresión de que hemos estado armando dos rompecabezas diferentes: uno de ellos, es un asesinato; y el otro, una falsificación. Entre los dos hay treinta años de distancia y no hemos podido hallar la pieza que los une. Como no encontramos móvil para el asesinato, suponemos lógicamente que el móvil está relacionado con la falsificación. Pero en esta lógica pueden haber errores formales y premisas equivocadas.

—¿Existe un método lógico a seguir, un método científico, en una investigación criminal? —le pregunté.

—El método a seguir es lógico; pero no científico. A pesar de los detectives novelescos a lo Poirot, o a lo Holmes, que resuelven los crímenes gracias a sus immaculados razonamientos. El ejemplo del rompecabezas puede servirte para entender el método lógico-investigativo. En un caso criminal procedemos a asociar las piezas, o las pruebas, evidencias o indicios que descubrimos mediante la investigación. Pero en un rompecabezas real partimos de suposiciones que no siempre se cumplen en un rompecabezas criminal. A nuestro «juego» es posible que le falten piezas o que algunas de ellas estén mutiladas. Incluso, puede que nos encontremos piezas que no pertenezcan a nuestro tablero. Por eso, ningún análisis lógico puede garantizar una solución, ya que muchas inferencias las hacemos a partir de pruebas que son circunstanciales; pruebas que por algún motivo pueden o no estar relacionadas con el hecho que investigamos. El análisis lógico nos ayuda, desde luego, pero no es un método infalible. A veces el edificio lógico



que hemos levantado en un caso, se derrumba porque sucede que las circunstancias que analizamos nada tienen que ver con el hecho criminal. En una novela puede ocurrir que un investigador deduzca que un asesinato se produjo en una noche de enero porque un testigo recuerda haber oído maullar quejumbrosamente a un gato..., cosa esta que los gatos hacen con frecuencia durante sus épocas de celo, sobre todo en el mes de enero. ¡Brillante deducción la de nuestro investigador!, porque en la novela no se da la posibilidad de que el hijo de la vecina le haya aplastado la cola al pobre animal, que ni estaba en celo ni maulló en enero. Los investigadores novelescos, a lo Poirot y lo Holmes, tienen la suerte de que las circunstancias coincidan con los hechos que investigan. Los policías de carne y hueso no somos tan afortunados y si hacemos deducciones a partir de pruebas circunstanciales nos arriesgamos muchas veces a cogernos nosotros mismos la cola con la puerta.

—De veras que la tiene usted cogida con los novelistas policiales... — sonreí.

—A lo Agatha Christie y Conan Doyle, a quienes, por supuesto, no dejo de reconocerles sus méritos literarios y su imaginación.

—Pero, dígame una cosa... ¿todo eso que me ha dicho tiene algo que ver con el asesinato del 3-B?

—No lo sé... En nuestro análisis del caso Reuis hemos tratado de ser lógicos y racionales. Partimos de la suposición de que todo crimen tiene un móvil racional y proporcionado a la gravedad del hecho. A falta de otro móvil, hemos aceptado como bueno el de la falsificación. Repudiamos la posibilidad de un crimen sin móvil y nos inquieta poner en un caso **Sin Móvil Conocido**. Es como si de inicio supusiéramos que nos faltan más de la mitad de las piezas del rompecabezas. Pero a veces ocurren crímenes que no tienen un móvil racional.

—Durante los años que lleva usted trabajando en Investigaciones Criminales, ¿ha visto muchos crímenes de ese tipo, teniente?

—Sin móvil alguno he visto muy pocos casos, y siempre de enajenados mentales... Pero he tratado algunos casos con un móvil insignificante, porque seguramente sabes que el asunto de los móviles admite grados.

—Lo sé.

—Recuerdo en particular un caso que investigué hace varios años. Un ciudadano respetable dio muerte a su esposa. Móvil: no lo dejaba dormir. Se trataba de una mujer parlanchina e impertinente. El ciudadano de que te hablo llegó a su casa después de quince días de trabajo en el agro, cansado. Se acostó y se durmió rápidamente. La esposa lo despertó para exigirle que la llevara al cine, que hacía quince días que estaba fuera de la casa y llegaba y se acostaba a dormir. El hombre le explicó su agotamiento, y le pidió que dejara la salida para el día siguiente. Se durmió de nuevo. Ella lo despertó otra vez con idénticas exigencias. El hombre le argumentó y volvió a dormirse. La cuarta vez que la mujer lo despertó, él cogió una tijera que había sobre la mesa de noche y la agredió. La herida, sin ser profunda, resultó mortal, y este ciudadano fue procesado por homicidio y sancionado con todo rigor. He pensado mucho en este caso, considero que el hecho se cometió en ese estado crepuscular existente entre el sueño y la vigilia. El hombre afirmaba no recordar el instante en que hirió a su mujer. Pero el móvil nimio es un agravante de acuerdo con la ley; y, evidentemente, él había dado muerte a la esposa por el motivo quizás insignificante de que no lo dejaba dormir.

Al día siguiente supe que esa madrugada Alfonso se había incorporado en su cama y había gritado casi:

—¡La mujer!

—¿Qué mujer? —le preguntó su esposa, aún medio dormida.

—La que tocó en la puerta.

—Nadie ha tocado, Alfonso... Duérmete, anda.

—Sí. Ella tocó a la puerta varias veces —repitió, como alelado—. Tocó varias veces... y no sabemos nada de ella. La hemos pasado por alto... Tenemos que buscarla.

—Recuéstate, anda —le dijo la esposa, comprendiendo—. Por la mañana puedes ocuparte de esa mujer que dices.

—No tengo sueño... ¿qué hora es?

—Qué sé yo... Las cuatro.

—Demasiado temprano.

Y se levantó y fue hasta la ventana. Allí se puso a mirar hacia el Este, apresurando en lo posible la salida del sol.

## XVI

En camino hacia el edificio donde residiera Andrés Reuis Pérez, Alfonso me explicó:

—Hay algo que hemos pasado por alto, Reinaldo; algo que puede tener importancia, que merece ser investigado... En nuestra primera conversación con Lorna, la presidenta del Comité de Defensa, ella nos informó que el motivo por el cual llegó a pensar que a Reuis le había pasado algo, fue porque, una señora de unos cincuenta años vino a su casa a decirle que había tocado varias veces en la puerta del anciano, y que este no respondía. Supusimos entonces que se trataba de una vecina o amiga y su conducta al dirigirse a Lorna nos pareció normal. La descartamos sin investigarla, y ni siquiera conocemos su identidad o el motivo por el cual estuvo llamando esa mañana en casa de Reuis.

—Cierto.

—Otra cosa interesante: según Lorna, la señora le dijo que había tocado **varias veces** en el 3-B. A priori aceptamos que habían sido **varias veces consecutivas en un corto espacio de tiempo**, cuando es también posible que haya tocado **varias veces en la mañana**.

—¿Y el hecho de que haya tocado varias veces en la mañana puede ser tan importante? —pregunté.

—Por supuesto —me respondió—, pero no vamos a conjeturar más hasta que sepamos a qué atenernos.

Llegamos al edificio marcado con el número 243 de la calle 15, en El vedado, y nos dirigimos inmediatamente al apartamento de la presidenta del CDR. Lorna se demoró algunos minutos en abrir. Creo que con nuestra prisa la levantamos de la cama.

—Buenos días, compañeros —dijo al vernos, tratando de parecer bien despierta, pero traicionada por la expresión de sus ojos soñolientos.

—Discúlpenos, Lorna... parece que la hemos despertado.

—Que va, teniente... si yo llevo ya largo rato trajinando. Entren y siéntense, que voy a hacerle un poquito de café.

—No tenemos mucho tiempo, Lorna, gracias. Solo queremos hacerle algunas preguntas.

—Usted dirá...

—El día de la muerte de Reuis, usted nos informó que había ido al apartamento 3-B porque una señora de unos cincuenta años de edad vino a su casa diciéndole que tocaba y tocaba allí, y no le salía nadie...

—Así es.

—¿Esa señora es conocida de usted?

—No... es decir, su cara me es conocida, pero no sé cómo se llama.

—Pero su cara le es conocida, dice —insistió. Alfonso.

—Sí. Debe ser alguien del barrio o que trabajaba por aquí... Si no me equivoco, me parece que la he visto algunas veces en la parada de ómnibus.

—¿Está segura de que no vive en el edificio, o en la cuadra?

—Segurísima. Conozco bien a todos los vecinos.

—La señora le manifestó que había tocado en casa de Reuis **varias veces**... ¿Interpretó usted que se refería a **varias veces consecutivas** o a **varias veces en el transcurso de la mañana**?

Lorna quedó pensativa unos segundos. Luego dijo:

—No estoy segura, teniente... Me dijo que había tocado varias veces, y yo supuse que fueran varias veces seguidas... pero a lo mejor quiso decir varias veces a horas distintas.

—¿Cómo podemos identificarla?

—Figúrese... hay ocasiones en que yo la he visto por el barrio, pero hay veces que pasan semanas y no la veo.

—¿Cuando ustedes encontraron al anciano ella estaba presente?

—Sí, creo que sí. Si, ahora recuerdo que incluso se quedó por aquí hasta que ustedes llegaron, estaba conversando con Carmela.

—¿Con Carmela?

—Carmela, la vecina del 4-B, la esposa de Rigoberto. Viven puerta con puerta al lado de Reuis. Si quiere los puedo llevar hasta su casa.

—Por favor.

—Espérenme un momentico a que me vista, no me gusta salir en bata de casa ni al pasillo.

Nos abrió la puerta un niño vestido con el uniforme de primaria. Se estaba anudando la pañoleta.

—Llama un momentico a tu mamá, Eduardito —le dijo Lorna.

El niño cerró nuevamente, y nosotros nos miramos extrañados. Enseguida vino la madre. Tenía las palabras en posición de **ráfaga**.

—Perdonen al niño, compañeros, pero desde el caso del viejo Reuis le tengo dicho que en la casa no se puede dejar entrar a nadie, ni de día ni de noche, que ya ve lo que le pasó al **abuelo**, pero ya usted sabe cómo son los niños que una les dice una cosa y ellos después cogen y exageran, o no hacen lo que una les dice; ah, pero el mío...

—No tenga pena —la interrumpió Alfonso—. No tiene importancia.

—¿Cómo no va a tenerla? No, a lo mejor para usted no, pero puede parecer una falta de educación, aunque, desde luego, hay que darse cuenta de que los niños son niños al fin y al cabo y...

—Mire, compañera —la interrumpió de nuevo Alfonso, y fue al asunto—: El día de la muerte de Reuis estuvo usted conversando con una señora.

—¿Con una señora?

—Con la de la blusa de ovalitos, Carmela —intercaló Lorna.

—¿La de la blusa de ovalitos? ¡Ah, sí! Estuvimos conversando sobre el problema del señor Reuis. Yo le decía que un hombre tan amable, tan buen vecino, tan buena gente, que parecía mentira que una cosa así pudiera pasarle a una persona como él, y que había que tener mucho cuidado y fijarse bien a quién uno le abre...

—Carmela —dijo Alfonso, haciendo acopio de paciencia—, nos interesa mucho saber quién es la señora de la blusa de ovalitos.

—Ay, teniente... si ustedes supieran el caso de esa pobre mujer... el marido está ingresado en el Oncológico desde hace más de ocho meses y ella se pasa el día trabajando y por la noche va y cuida al marido, no, si, yo le digo...

—Sí, sí —dijo Alfonso, algo inquieto ya—, pero, ¿puede decirnos quién es la señora?

—Bueno..., la verdad es que no le sé el nombre, porque usted sabe que muchas veces una coge y se pone a conversar con las personas y le dicen el nombre y una no lo graba...

—¿No sabe nada de ella, dónde podemos verla?

—Eso sí, ¿ve? Sé que es la administradora de la zapatería ortopédica de la calle 17.

—Me voy para la escuela, mamá —el niño le tiró de la mano para darle un beso.

—Eso es, pionero —dijo Alfonso, sonriente, después de saber por fin algo de la mujer de la blusa de ovalitos—. A cumplir con su deber: a la escuela hay que llegar puntual.

—¿Usted es policía? —le preguntó el niño, mirando su pistola en la cintura.

—Ajá... ¿En qué grado estás?

—En segundo, y este año me voy a ganar la estrella otra vez.

—Muy bien dicho.

—¿Quién mató al abuelo Andrés?

—Niño... —intervino la madre.

—Es lo que estamos tratando de averiguar, pionero, pero no creas que es tan fácil, no.

—¿No fue el hombre de la gorrita?

Presentí que algo importante estaba por ocurrir.

—¿El hombre de la gorrita? —repitió Alfonso, atento.

—Sí, chico.... al que le faltan los dedos de la mano.

Alfonso y yo nos miramos.

—A lo mejor fue él, sí... ¿Cuándo lo viste?

—Hace días./

—¿Cuántos días? A ver, cuéntame.

—El día que se formó el alboroto en casa del abuelo. Antes de formarse el alboroto yo estaba jugando en el pasillo de atrás, porque ese día no había ido a la escuela.

—Tenía fiebrequita, ¿sabe, teniente? Porque de otra manera...

—¿Y cómo fue que lo viste? —dijo Alfonso, sin dejar adelantar más a la madre.

—Ya le dije: yo estaba jugando en el pasillo y el salió muy apurado muy apurado y cuando pasó por el lado mío le dio una patada a las bolas y yo le dije una pila de cosas.

—Muy bien hecho. ¿Y qué más?

—¿Qué más?

—Sí, qué más... ¿pasó algo más?

—Más nada. Ni me miró.

—¿Y cómo sabes que le faltan los dedos?

—Porque lo vi, mira qué.

—¿En qué mano?

—En una.

—Sí, pero en cuál.

—En una, chico.

—Bueno... ¿Te fijaste en su cara?

—¿En su cara?

—¿No dices que tenía una gorrita?

—Ah, sí... tenía una gorrita.

—Vamos a ver... ¿cómo está? —le enseñó la suya, de campaña.

—No, como esa, no. Como las de los guagüeros.

—¿Azul?

—Azulita.

—Muy bien... ¿Y el pelo? ¿Lo tenía largo o corto?

—No sé.

—¿Y bigotes?

—No sé tampoco.

—¿Y cómo fue que notaste que le faltaban los dedos de una mano?

—Porque la tenía puesta en en la cara.

—¿Esta mano? señaló la izquierda Alfonso. El niño se puso a su lado, en la misma posición.

—No —dijo—, esa no; esta —y levantó la derecha hasta su rostro.

—¿Recuerdas algo más?



—Que él le dio una patada a las bolas y que yo le dije una pila de cosas porque es un pesado.

—De verdad que lo es —Alfonso sonrió—. Y se merecía la pila de cosas que le dijiste. No digo yo si se las merecía.

—Me voy para la escuela, que se me va a pasar el matutino y entonces la seño me pone en la última fila y si me pasa muchas veces no me gana la estrella.

—Sí, vete... A lo mejor va y luego venimos a conversar un rato más contigo.

—Adiós.

—Adiós —le dijimos. Y se fue. Alfonso y yo nos miramos nuevamente.

—El niño... —empezó, a decir Carmela,

—Deje, señora... Luego nos lo dice. ¿En la zapatería de la calle 17, no?

—Sí.

Salimos disparados hacia el Lada.

En la zapatería supimos que la compañera se llamaba Griselda y que había solicitado vacaciones. Íbamos a dirigirnos a la empresa para saber su dirección, cuando Alfonso dijo «Espérenme» y regresó de nuevo al mostrador. Hizo una breve consulta, le indicaron el nombre del infortunado esposo de la administradora y volvió a donde nosotros.

—Al hospital Oncológico —dijo en cuanto se montó en el auto.

En la oficina de Información del hospital nos dijeron el número de una cama en la segunda planta. Encontramos a Griselda sentada en un sillón, dormida, la cabeza apoyada en una almohada a sus espaldas. En la cama Fowler, a su lado, un hombre consumido por la enfermedad dormía también, mientras un frasco goteaba líquido en su brazo izquierdo. Alfonso tocó suavemente a la mujer en el hombro, y ella despertó sobresaltada.

—¿Qué? ¿Qué pasó? ¿Qué pasa? —balbuceó.

—Nada. Cálmese —le respondió Alfonso—. Quisiéramos hablar un minuto con usted.

Ella se incorporó entonces tranquilizada. Observó un momento a su esposo y le arregló las sábanas. Luego nos siguió al pasillo. La jefa de sala

nos facilitó un pequeño cuarto de curaciones para entrevistarnos con Griselda. Nos sentamos.

—¿Usted conoció al ciudadano Andrés Reuis? —le preguntó Alfonso a la agotada mujer.

—Reuis era nuestro mejor amigo, teniente.

—¿Lo trataba desde hace mucho tiempo?

—Desde hace unos cuatro o cinco años..., desde que empecé a administrar la Unidad de la calle 17. Reuis usaba zapatos ortopédicos, y se los mandaba a hacer en nuestra zapatería. Vivía a dos o tres cuadas de allí. Era un hombre muy amable y hacía amistad enseguida con todo el mundo. Cuando mi esposo tuvo que ingresar, hace cerca de un año, Reuis se interesó enseguida por él. Venía a verlo todos los días de visita y siempre le traía algo, un libro o cualquier otra cosa. Se enteró de que yo me estaba quedando todas las noches con Leonardo y entonces se aparecía a cada rato con un bocadito y un termo de café con leche, porque sabía que con mi trabajo y la enfermedad de mi marido no tenía tiempo ni de ocuparme de la comida. Así era Andrés Reuis, teniente —a la mujer se le humedecieron los ojos—. Mucho que he llorado y lloraré su muerte. Mi marido dice que los amigos se conocen en la desgracia, y yo pienso que es verdad.

—¿Reuis le ofreció dinero alguna vez?

—No. Sabía que no necesitábamos dinero. Leonardo está retirado de los Ferrocarriles, y yo gano un buen sueldo. No es cuestión de dinero, compañero. Son esas pequeñas atenciones, esos gestos que pueden costar muy poco, pero que significan mucho cuando uno está pasando un momento como este.

—Tiene razón —dijo Alfonso—. Pero quiero que me diga algo más: ¿Por qué motivo fue usted a casa de Reuis el día de su muerte?

—Reuis era muy olvidadizo. Había mandado a hacer unos zapatos, y hacía cinco o seis días que estaban terminados, y no los había ido a buscar. Ese día, cuando llegué a arreglar algunas cosas en la zapatería antes de salir de vacaciones, vi los zapatos, y decidí llevárselos a su casa.

—¿Recuerda la hora en que lo hizo

—La primera vez serían las ocho y cuarto de la mañana más o menos.

—¿La primera vez?

—Sí... Fui dos veces. La primera, a la hora de abrir, porque pensé que a esa hora me resultaría más fácil encontrarlo. Toqué varias veces y lo llamé por su nombre. Nadie respondió. Supuse que estaría haciendo alguna gestión o encerrado en su biblioteca, y decidí regresar más tarde. Lo hice a eso de las once menos cuarto, cuando terminé de hacer la entrega de la Unidad a la compañera que me sustituye.

—Lo demás lo sabemos —afirmó Alfonso—. Muchas gracias por su ayuda, compañera. No la molestamos más.

—No es ninguna molestia, teniente. Ojalá que encuentren pronto a la bestia que fue capaz de hacer algo semejante.

—Ya aparecerá, no se preocupe y puede estarse gura de que recibirá el castigo que merece.

Una vez que nos separamos de Griselda, le pregunté inmediatamente a Alfonso:

—¿Qué importancia tiene el hecho de que ella haya tocado en la puerta de la casa de Reuis a las ocho y cuarto de la mañana?

—Mucha... o ninguna, según.

—¿Puede explicarme

—De acuerdo con el informe del forense, la muerte del anciano ocurrió entre las siete y las nueve de la mañana. La hora media más probable es las ocho. Si el toque fuerte y repetido de Griselda en la puerta del 3-B coincidió con el momento en que el asesino, ya muerto Reuis, se disponía a efectuar el robo, ella pudo haber frustrado sus intenciones.

—Quiere decir que al oír tocar la puerta, el asesino se alarmó y abandonó el apartamento sin registrar siquiera los lugares más asequibles —propuse.

—Sí. Y en ese caso tendríamos que reconsiderar el móvil de robo, frustrado, como te dije antes, por el toque en la puerta.

—Pero también es posible que esta consideración que hacemos sea errónea, porque se basa también en **pruebas circunstanciales**.

—Tienes razón —accedió Alfonso—. Así, todo esto solamente da lugar para formular otra hipótesis. Teníamos ya la del asesinato motivado por las habilidades de Reuis como falsificador; y ahora, la del robo frustrado.

—Sin olvidar tampoco que el móvil puede perfectamente haber sido **nimio** —agregué después de una pausa, utilizando con toda intención sus propios calificativos.

—O que el delincuente sea una persona enajenada, o un caso patológico —completó Alfonso.

Hicimos ambos un momento de silencio. Después:

—¿Y ahora? —pregunté.

—Ahora vamos otra vez a la calle 15, a ver si podemos obtener más datos de parte del niño.

—...He estado pensando en que a lo mejor son sólo fantasías.

—Es posible. Pero, ¿y la gorra? ¿Y los dedos que le faltan en una mano? ¿Fantasía también? Los niños se fijan mucho en esos detalles.

Montamos en el carro.

—A la calle 15 —ordenó Alfonso, y agregó después que el auto había arrancado, pensando seguramente en las informaciones dadas por el pionero —: A lo mejor tenemos suerte y Falgueiro nos puede hacer un retrato hablada con sus informaciones.

## XVII

—Los estuve localizando —dijo Falgueiro apenas nos vio entrar—. Terminamos la primera etapa del cotejo del fragmento de huella.

—¿El resultado?

—Negativo. O no es zurdo o no está fichado.

—¿Qué más podemos hacer? —preguntó Alfonso, sin dar muestra alguna de desaliento.

—Seguir buscando. Vamos a chequear ahora a todos los derechos que hay en el archivo. Pero esta vez el trabajo va a demorar mucho más.

—¿Cuánto?

—Tres semanas, o un mes quizás. Aunque podríamos encontrar lo que buscamos y terminar antes, claro.

—Sí —dijo Alfonso—, Y mientras tanto hay un asesino suelto por ahí, planificando a lo peor otro crimen más.

—Sé cómo te sientes —aceptó Falgueiro, comprensivo—. Si hubiéramos encontrado una huella clasificable a pesar de que estuviera incompleta, la búsqueda habría sido cuestión de minutos, tú lo sabes. Pero lo que poseemos no son más que tres o cuatro **crestas**... es como el famoso dicho de hallar una aguja en un pajar. Ahora bien, ¿estás seguro de que el delincuente es zurdo?

—Ahora no. Ahora no estoy tan seguro. Pero parecía lo más probable e hicimos una hipótesis de trabajo suponiendo qué lo fuera... De todas formas, ya tenemos algo más sobre qué trabajar: sabemos que si el individuo está fichado, no es zurdo. Por otra parte, tenemos pruebas concretas de que la fuerza ejercida por la mano izquierda fue mayor que la ejercida por la derecha, lo que junto con lo que nos dijo el niño, hace pensar en una imperfección o una lesión en la derecha

—¿Qué niño? —preguntó Falgueiro, que no estaba al tanto?

—Uno del apartamento contiguo al 3-B, que asegura haber visto a un hombre salir por la puerta del fondo con una gorrita puesta.

—Vaya... eso es algo.

—A propósito, quería ver si puedes hacerme un retrato hablado.

—Dame los datos.

—Te repetiré lo que dijo el niño. Después le voy a dar una vuelta a Tejada para consultarle lo de la imperfección y mostrarle el retrato, a ver si por ahí aparece algo en firme.

—¿Tejada, el de prisiones? —preguntó Falgueiro.

—El mismo.

—Haces bien... ese hombre es un archivo ambulante.

Aniceto González Tejada es un hombre de cualidades singulares. De treinta y cinco años, grandes entradas y ojos claros y penetrantes; había empezado su carrera policíaca en la Dirección de Establecimientos Penitenciarios, custodiando reclusos. Provenía de una familia española, y fue educado en la observancia de un estricto código moral, en una casa donde la falta más insignificante se consideraba una grave transgresión que daba lugar a airadas recriminaciones. Cuando el joven Tejada, de pulidos modales y estrictos principios, fue llamado al servicio militar y ubicado en establecimientos penitenciarios, tropezó por primera vez en su vida con el mundo de la delincuencia... Reaccionó incrédulamente entonces: no podía concebir que tales conductas y tales individuos existieran. Quizás por ello se despertó en él una gran curiosidad por saber qué impulsaba a estos hombres a actuar así

La curiosidad lo encauzó por el camino de las indagaciones hechas entre sus propios custodiados. Y las preguntas de Tejada encontraban francas respuestas, pues se había ganado el respeto de los ciudadanos que atendía. Se había agenciado, además, la simpatía y el afecto de los mejores, no por hacer concesiones a nadie ni por reconocer privilegios, sino por su amabilidad natural y el valor particular demostrado en los momentos necesarios. Y así, curioso y respetado por todos, el custodio empezó a informarse sobre la vida, las razones, los antecedentes, las familias y los modos de operar de los delincuentes. Siete años más tarde, los servicios del entonces sargento Tejada fueron reclamados por la Policía Nacional Revolucionaria. Ya era considerado un verdadero archivo viviente o ambulante, como lo llamó

Falgueiro, complementado por su extraordinaria memoria y su profundo sentido humano.

—¿Qué tal, Alfonso? ¿Qué te trae por esta dependencia? —dijo de muy buen humor cuando llegamos.

—Un asesinato —le respondió Alfonso—, queremos ver si puedes ayudarnos a identificar al asesino.

—Si está a mi alcance —dijo—. ¿Cuáles son sus características?

—De su aspecto exterior no es mucho lo que sabemos. Hemos confeccionado un retrato hablado con las declaraciones de un niño, y después te lo enseñaré. Pero hay algo que quizás pueda servirte: suponemos que sea derecho, pero hizo mayor fuerza con la mano izquierda al estrangular a su víctima. Esto, y la declaración del niño de que te hablé, nos ha hecho pensar en una lesión o impedimento en su mano derecha, la falta de dos o tres dedos, por ejemplo.

—¿Tres dedos? —se interesó Tejeda,

—Dos o tres.

—¿Cuál es su **modus operandis**?

—No dejó signos de ruptura o escalamiento. Pensamos que entró en la casa mediante astucia o engaño.

—¿La hora?

—Ocho de la mañana, más o menos.

—¿Barrio?

—El Vedado.

—¿Algo más?

—No... ¡Sí! Parece muy paciente: se lavó las manos con toda calma y limpió la caja conque golpeó a la víctima. No dejó huellas, prácticamente. Y pensamos que haya abierto el grifo con el antebrazo, a la manera que lo hacen los médicos y los enfermeros.

—Ya. ¿Dijiste que me ibas a enseñar un retrato hablado?

—Ahí lo tienes —se lo extendió—. Pero a lo mejor no es muy confiable.

Tejeda observó con detenimiento la foto-robot obtenida con los datos facilitados por el niño del apartamento 4-B.

—Pachón —dijo después, sin aspaviento alguno.

—¿Qué?

—Digo que es muy posible que se trate de Francisco Antúnez, conocido por Pachón. No se parece mucho al retrato, pero esos son sus rasgos más o menos. Le faltan tres dedos de la mano derecha. Era ayudante de enfermería en la prisión y es de temperamento imitativo. Lleva cerca de dos años en libertad. Si es él, lo siento mucho por la madre. Cuántos sufrimientos le ha dado ese hijo.

—¿Tiene antecedentes de robo en vivienda habitada? —preguntó Alfonso.

—Uno. Lo anterior eran hurtos y robos menores... nada de mucha importancia. Pero, para algunos individuos el mundo del delito es como una escalada. Este Pachón es un amoral. No me extraña demasiado que haya asesinado por lucro.

—¿Puedo usar el teléfono? —preguntó Alfonso.

—Por supuesto.

Llamó al laboratorio central de criminalística y pidió con Falgueiro. Habló con él unos momentos. Minutos más tarde Falgueiro le informaba que el fragmento de huella dactilar encontrado en el estuche de tabacos utilizado como arma homicida en el asesinato de Andrés Reuis y Pérez se correspondía con parte del dedo medio de la mano izquierda en la ficha del ciudadano Francisco Antúnez López, alias Pachón.

Habíamos identificado al asesino.

—Qué fácil —comenté después, ya en el Lada—, si hubiéramos hablado con el niño el mismo día del asesinato y hubiéramos venido enseguida a ver al compañero.

—No —dijo Alfonso—. Te olvidas que entonces pensamos con todo fundamento que el individuo era zurdo. Las declaraciones del hijo de Carmela y haberlo supuesto derecho con un impedimento en esa mano, es lo que ha hecho posible identificarlo... Estas circunstancias correspondieron a la realidad.

—Entonces —sonreí—, al menos esta vez no nos cogimos la cola con la puerta.

—Sí nos la cogimos —respondió Alfonso—. Nos la cogimos en lo de la falsificación.



## XVIII

La orden de detención contra el ciudadano Francisco Antúnez López, conocido por Pachón, se cumplimentó en menos de tres horas por parte del personal de búsqueda y captura.

—Reinaldo —me dijo Alfonso— cuando traigan a Pachón quiero que ayudes a Falgueiro en la toma de muestras de pelo de los brazos y el pecho para compararlos con los que encontramos bajo las uñas del cadáver de Reuis. Es posible que aún tenga los brazos arañados, así que encárgate de que se los fotografíen en detalles. Verifica también que le tomen un juego adicional de huellas dactilares para cotejarlo con el fragmento encontrado en la caja de tabacos.

Al poco rato trajeron al detenido. El tal Pachón resultó un individuo sobre lo alto, delgado, de unos treinta años de edad y ojos medio achinados. Tenía un bigote a medio crecer y unas patillas hasta media mejilla. Se le veía tranquilo y despreocupado. Le dije a Humberto que le tomara las fotos de rutina: frente, perfil, tres cuartos, y estuve presente cuando le imprimieron las huellas. Por fin, el oficial jefe de control de detenidos avisó que Falgueiro podía proceder. Cuando Pachón vio que el técnico sacaba tijeras y pinzas de un estuche, perdió un tanto de su aparente calma.

—¿Qué... qué es eso? —preguntó—. ¿Qué me van a hacer, teniente?

—Quédese tranquilo —le ordenó Falgueiro y recogió muestras de los brazos y el pecho del delincuente.

—A mí me tienen que soltar, ¿me oye? A mí tienen que soltarme enseguida. Yo no he hecho nada... Quiero un abogado. No digo nada hasta que no me traigan un abogado.

Falgueiro lo detalló desde la puerta del cubículo.

—Hasta el momento nadie le ha preguntado nada, ciudadano —dijo, cerrando tras de sí.

Los resultados del peritaje nos fueron llegando a partir de dos horas más tarde: las muestras de cabellos obtenidas de Antúnez eran similares a las encontradas bajo las uñas de Andrés Reuis y se podía afirmar científicamente que pertenecían a la misma persona; el fragmento de huella hemática extraído del estuche coincidía con las huellas tomadas al detenido por la mañana. Sólo entonces Alfonso se instaló en uno de los cuartos de interrogatorio y ordenó que trajeran a Pachón.

—Siéntese, Francisco —le indicó cuando el custodio se hubo retirado.

—Yo no tengo nada que decir, teniente... a mí hay que soltarme; yo no he hecho nada: no me pueden tener aquí, así como así.

—Siéntese, por favor —repitió Alfonso.

Antúnez obedeció. Entre él y Alfonso, un buró. Yo en un extremo, atento. Nada más en el local.

—Ya le dije que no voy a decir nada. ¡Nada! Y quiero que me traigan un abogado

—Escúcheme, Francisco —dijo Alfonso con toda calma—. Si usted quiere, no hable conmigo. No lo voy a obligar a ello de ninguna manera. Pero la ley exige que le notifique los motivos de su detención, y por eso lo he mandado a buscar.

Alfonso hizo una pausa, y Antúnez quedó esperando en silencio. Pasados unos segundos, comenzó a frotarse insistentemente el pulgar de su mano izquierda.

—Su detención se debe a que está usted acusado del asesinato del ciudadano Andrés Reuis y Pérez el día 14 de septiembre pasado.

—Pero —saltó Antúnez—, ¿asesinato? ¡Usted está loco, teniente!

—Aquí no hay nadie loco, detenido —dijo Alfonso, sin perder un ápice de su compostura—. Y cuídese de una falta de respeto —hizo una nueva pausa, marcó algo en la agenda—. Le repito que está usted acusado de la muerte de Andrés Reuis y Pérez. La ley le concede el derecho a declarar en este momento o abstenerse de hacerlo, como usted prefiera.

—Yo... yo no tengo nada que decir... a mí nadie me va a obligar a hablar... Ustedes no tienen pruebas de eso que dice. Seguro seguro que es un chivatazo de alguien que me vio por el barrio donde mataron al viejo ese.

—¿Cómo sabe usted que la persona asesinada es un anciano? —preguntó Alfonso con toda intención?

—Usted.... usted, dijo...

—Yo dije «el ciudadano Andrés Reuis y Pérez». Le repito que puede abstenerse de declarar si así lo desea. Aunque eso le va a servir de muy poco. La caja de tabacos usted la lavó muy bien bajo la pila; pero se olvidó de un pedacito y dejó su huella. Nada menos que una huella de sangre. Por otra parte, los pelos que tomamos ésta mañana de sus brazos son idénticos a los que encontramos bajo las uñas del anciano.

—Yo... —empezó a temblar Antúnez— Yo...

—Además —siguió Alfonso, inclinándose un poco hacia adelante sobre el buró—, mírese usted mismo los brazos: todavía conserva los arañazos que le hizo Reuis.

—Eso... —tartamudeó Pachón con un hilo de voz. Estaba desplomado totalmente ante las evidencias, y su cuerpo se sacudía una y otra vez, presa de temblores— ¿...eso es verdad, teniente?

—Por supuesto que es verdad. No tengo necesidad alguna de mentirle. Poseemos esas pruebas y otras. Podemos convencer a cualquier tribunal de que usted es el asesino del anciano. Ya se puede retirar. ¡Custodio!

Cuando Pachón vio que Alfonso comenzaba a recoger los papeles de sobre la mesa, y que el guardia abría la puerta detrás de él, comenzó a gemir:

—Qué desgracia... ahora sí que estoy metido en un lío... —musitó—. Por su madre, teniente, ayúdeme... usted... ¿usted cree que me den la pared?

—La sanción la determinarán los encargados de juzgarlo.

—Pero... usted puede ayudarme... yo sé que usted puede ayudarme... Le voy a decir quién me dio el santo: Voy a decirlo todo. Pero usted tiene que ayudarme... ¡Usted tiene que ayudarme!

Alfonso volvió a sentarse e hizo una señal al custodio para que se retirara. El soldado obedeció de inmediato y Alfonso entonces miró recto a los ojos del detenido.

—¿Por qué entró usted a robar en el apartamento 3-B de la calle 15, Francisco? —preguntó con toda tranquilidad.

—El viejo tenía mucho dinero, teniente... Un... un amigo mío fue a una fiesta de quince hace dos o tres meses en el mismo edificio y se enteró de que

él había regalado quinientos pesos a la muchacha de la fiesta.

—¿Unos quince, o una boda?

—Una boda, una boda —sonrió, nervioso el delincuente—. Una boda, verdad... se me había olvidado. El viejo... le regaló quinientos pesos a la novia, y yo entonces... entonces... me puse, a averiguar y me enteré que debía de tener mucho dinero... Oiga teniente; ¿usted me va a ayudar, verdad?

—Tranquilícese, Francisco... Si tuvo valor para matar a un ciudadano indefenso, téngalo también ahora para enfrentar las consecuencias.

—Si yo no quería matarlo, teniente... se lo juro por mi madre... Le di un golpe en la cabeza para embobecerlo un poco nada más... Le aseguro que se me fue la mano, teniente. Fue sin querer.

—¿Y la soga alrededor de su cuello, Antúnez? ¿Y el estrangulamiento? ¿También fue sin querer?

Antúnez explicó todos los pormenores del hecho criminal. Según su versión, tocó en la puerta de Andrés Reuis Pérez poco antes de las ocho de la mañana y el anciano le abrió un momento después. Se identificó como empleado del Comité Estatal de Estadísticas Y le dijo que su visita se debía a un chequeo para el próximo Censo de Población y Viviendas. La víctima le invitó a pasar y le indicó una silla mientras él ocupaba una butaca. Pachón llevaba un maletín de mano que, además de servirle para dar credibilidad a su fachada, serviría para extraer lo robado del apartamento. Sentados en la sala, Antúnez celebró el estuche de tabacos sobre la mesa, y lo cogió con el pretexto de verlo más de cerca. Parado al lado de Reuis, le golpeó fuertemente en la cabeza. El anciano gritó y, quizás en un acto reflejo, se abalanzó hacia el delincuente, arañándole los brazos antes de caer desfallecido. Sacó entonces la cuerda del maletín, y lo estranguló. Suponía que tendría tiempo suficiente para robar sin ser descubierto. Se puso unos guantes de goma y echó una ojeada por toda la casa.

Descubrió el closet de la biblioteca y, al ver la caja fuerte empotrada en la pared, decidió comenzar por allí, seguro de que el dinero estaría en el interior de ella. Vio los platanitos encima del refrigerador y se comió uno en tanto meditaba cómo abrirla. En eso escuchó que tocaban en la puerta. Se

estremeció. Tocaron más fuerte. Una vez más. Llamaron al anciano por su nombre. Antúnez fue entonces a la sala y verificó que la puerta no tenía pestillo. Temió que alguien pudiera tener una llave, y abrir, sorprendiéndole dentro del apartamento. Recogió sus cosas y abandonó precipitadamente la casa por la puerta del fondo. Nadie lo había visto entrar. Cuando vio al niño jugando en el pasillo, se tapó la cara como pudo y le pasó rápido por el lado. No se dio cuenta de que había interrumpido el juego del muchacho, sólo sintió las palabrotas a su espalda.

Nos reunimos con el teniente José Antonio Montori en la oficina de Alfonso. Descubrir al autor de un hecho tan repulsivo como un asesinato en la persona de un anciano, no produce regocijo alguno. La cobardía, la brutalidad y lo cruel del hecho mismo, están presentes en nuestras mentes para nublar cualquier nota alegre que la satisfacción del deber cumplido pueda producirnos. Pero es innegable que la conclusión exitosa de una investigación criminal trae aparejado cierto alivio en las tensiones.

Alfonso narró los acontecimientos de esa mañana, la entrevista con Griselda y cómo a resultas de esa entrevista habíamos reconsiderado el móvil del delito; la conclusión de que el asesino no era zurdo, producto de la infructuosa búsqueda en el archivo monodactilar y de las declaraciones del niño; la hipótesis aceptada entonces de que se trataba de un derecho, pero con una imperfección o una lesión en esa mano; la confección del deficiente retrato hablado y la entrevista con Tejeda, que habían conducido a la identificación del asesino. Finalmente, narró cómo habíamos procedido a comparar los cabellos del brazo y del pecho del delincuente Francisco Antúnez López, alias Pachón, con los encontrados bajo las uñas de Reuis, y refirió por último el interrogatorio y la confesión del asesino.

—Entonces —preguntó Montori después—, ¿no existe nexo entre la supuesta falsificación de dólares y el asesinato de Andrés Reuis?

—No —respondió Alfonso—. La muerte de Reuis obedece a otro móvil, el de robo, aunque frustrado por los toques de Griselda en la puerta del apartamento.

—¿Cómo supo Antúnez que Reuis podría tener dinero?

—El informe se lo dio otro sujeto a cambio de una parte del robo. Ya está identificado y hemos cursado orden para su detención.

—¿Vive en el mismo barrio que el anciano?

—No, pero tiene unos amigos en el edificio donde está el apartamento 3-B. Ya usted sabe que el anciano era espléndido y este sujeto de que le hablo se enteró de que le había regalado quinientos pesos a una muchacha por su boda, y se lo dijo a Pachón. Para hacer fechorías como esta, siempre escogen a ciudadanos con estas características de que vivan solos, que sean amables y confiados, que estén indefensos... Esas son sus víctimas preferidas.

Montori quedó pensativo unos segundos. Después observó:

—Los casos como este le dejan a uno su poco de frustración, ¿verdad?

—Sí. Imagino que sea porque el esclarecerlo no significa que el daño quede neutralizado o compensado. Hay una muerte, y esa muerte es algo irreparable. Antúnez y el otro sujeto pagarán su crimen, pero no le van a devolver a la familia de Reuis ni a la sociedad la vida que destruyeron. No sé si nosotros mismos tengamos nuestra parte de culpa. Nadie cree hoy en la teoría del criminal nato. Antúnez llegó al asesinato mediante un proceso evolutivo, o mejor, degenerativo o involutivo. Empezó, seguro, robando bolas u otros juguetes a sus amiguitos cuando tenía cinco años. No recibió en ese momento la lección que necesitaba. Luego, un poco mayor, alguien le enseñó a robar carteras en los ómnibus o ropas en las tenderas. Quizás fue sorprendido y sancionado, pero como era tan joven el tribunal fue benévolo. Llegó a la prisión y descubrió que nuestras prisiones son necesariamente humanitarias. Pero, cuándo la prisión es humanitaria, algunos delincuentes desvirtúan sus propósitos. Ese es un dilema del socialismo. Antúnez sale de la prisión. En ella ha aprendido sobre el delito y ya sabe que puede serle más provechoso robar establecimientos comerciales que carteras en los ómnibus. Por otra parte, ha perdido todo temor a la sanción. Cuando regresa a la cárcel de nuevo, regresa a un mundo que le es conocido. Allí tiene, incluso, amigos que le protegen y lo ayudan. Es como si fuera a una casa de descanso. De esa forma va descendiendo por la escala de que habla Tejeda hasta llegar al escalón más bajo: el burdo asesinato.

—Es cierto —aceptó Montori, y agrego—: Pero por cada Antúnez hay millones de ciudadanos que nunca han cometido un delito; miles de jóvenes

que cometieron una falta pequeña y después ninguna otra. Y cientos de delincuentes que recibieron una enseñanza en la prisión, y fueron reeducados.

—De acuerdo. Pero, yo soy policía; A mí me preocupan los Antúnez. Los millones de ciudadanos incapaces de cometer un delito no tienen por qué preocuparme, como no sea para defenderlos. Un hecho como el asesinato de Andrés Reuis objetivamente no puede evitarse. Resultaría imposible proteger a cada uno de los miles de ancianos y desvalidos de una gran ciudad que en un momento dado pueden ser víctimas de un delincuente despiadado. Este tipo de cosas solo podría evitarse dentro de la mente del delincuente. O aprender a detectar y aislar a los asesinos en potencia. Algo hay que hacer en ese sentido.

—Bueno —dijo Montori después de encender un Popular—, el asesinato de Reuis ha quedado esclarecido. No sé qué decirte de la falsificación. Parece que en ese asunto hay contradicciones.

—No tantas, no —afirmó Alfonso—. Podemos reconstruir gran parte de lo sucedido.

—Adelante —lo invitó Montori.

—Andrés Reuis y Pérez llegó a los Estados Unidos en el año mil novecientos treinta y ocho, con intenciones de seguir el trabajo que había hecho antes en Alemania: fabricar componentes de óptica en el taller de su tío Lothar Pettersen. Pero Lothar murió poco después, y supongo que el ambiente en los Estados Unidos no favorecía el tipo de empresa pequeña y artesanal que había logrado algún éxito en Europa. El pequeño fabricante es ahogado en los Estados Unidos; las grandes compañías lo absorben. Reuis tuvo que cerrar el taller y buscar otro empleo. Le ofrecen más adelante la oportunidad de hacer un trabajo para el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York: una cámara especial para la copia y reproducción de obras de arte. Reuis lo hizo, pero su proyecto chocó contra los intereses de alguien.

—¿Del Departamento del Tesoro, que presionó para que la cámara no se construyera, ya que podría servir a los falsificadores de monedas?

—No lo sé. Quizás fuera eso... u otra cosa, porque el arte en ese país no es más que otro negocio, como todo el mundo sabe. Lo cierto es que a Reuis no le permitieron concluir su proyecto. Seguramente decidió terminar la cámara por su cuenta, y lo logró. De alguna manera comprendió, o le habían

sugerido, que la cámara podía servir para una falsificación. Aquí aparece Guatimón, quien lo conocía o lo conoció entonces. Guatimón tenía vínculos con el gansterismo norteamericano y Reuis lo utilizó de intermediario cuando copió un billete de a diez dólares. Guatimón lo mostró a los mafiosos junto con el original; nosotros los hemos visto y son idénticos, casi idénticos. Era una falsificación perfecta, tan perfecta que los mafiosos decidieron hacerla en billetes grandes, de a mil dólares. Supongo que el papel moneda lo podían conseguir en cantidades limitadas y lo aprovecharían mejor en billetes de alta denominación. Reuis se comprometió, siempre a través de Guatimón, en entregar un juego de negativos de billetes de a mil a cambio de algo más de medio millón en dinero circulante. Para los mafiosos era un buen negocio ya que a la falsificación podían sacarle muchos millones. Reuis se fue para su laboratorio y se puso a trabajar en los negativos, pero algo debió sucederle. Tengo la impresión de que compró cabeza y le cogió miedo a los ojos, como dice el dicho. Temió las consecuencias de una falsificación de ese tipo. Seguro pensó que billetes falsos de a mil, pero prácticamente perfectos, traerían una crisis económica al ser puestos en circulación. Pudo pensar en el estado de desconfianza pública que se produciría, en un caos bancario y financiero, vaya usted a saber. Pero no podía dar marcha atrás. Los mafiosos no se lo iban a permitir. ¿Qué hacer entonces?

—¿Alterar los negativos suplantando el retrato? —propuso Montori.

—Exacto. Reuis tenía que entregar los negativos y usted ha visto lo difícil que es identificar a una persona en un negativo fotográfico... Reuis retrató un billete de a uno y el de a mil e hizo un montaje ordinario con los dos negativos, resultando un tercer negativo que tenía el rostro de Jorge Washington y el resto del billete de a mil. Estos fueron los negativos que entregó a la mafia neoyorquina por medio de Guatimón. De primer momento no se sospechó la suplantación en el negativo, porque nadie tenía por qué hacerlo y porque no era fácil de notar. Le pagaron, dio su parte a Guatimón y salió inmediatamente del país.

—Y cuando los mafiosos fueron a imprimir sus billetes se tropezaron con que no servía ni para engañar a un niño —dijo Montori divertido.

—En efecto. Cuando comenzaron a imprimir, se encontraron con Jorge Washington. Recibirían una buena sorpresa. Entonces localizaron al



intermediario...

—A Guatimón. ¿Y supones que Guatimón estuviera ajeno al truco de Reuis?

=Claro, de lo contrario no hubiera sido tan fácil de localizar.

—Y lo demás es que Reuis regresó a Cuba, se cambió el nombre, que entonces era Andrés Ruiz Pettersen, y nunca lo descubrieron.

—Eso.

—Reuis estafó a los mafiosos.

—Y bien estafados... aunque no creo que la mafia haya considerado siquiera la posibilidad de acusarlo de estafa ante los tribunales norteamericanos. El resto de las cuestiones son puramente especulativas: si Guatimón dijo a Di Franchichi; si Di Franchichi lo comentó y llegó a oídos de la policía; si a Di Franchichi lo mandaron a matar... En fin, el resto de la historia es algo que no tenemos modos de saber... ni interés en saberla tampoco, supongo.

—Tengo la impresión de que has llegado a simpatizar con Andrés Reuis —comentó Montori sonriendo.

—No —afirmó Alfonso—. Pero me alegra saber que logró engañar a los gánsteres.

—Por aquello de que ladrón que roba a otro ladrón, tiene cien años de perdón.

—Eso no es más que un refrán. El ladrón que roba a otro ladrón... no deja de ser un ladrón, jurídica y moralmente. Pero Andrés Reuis vivió con moderación y dejó gran parte de ese dinero a la Academia de Ciencias. A la larga, el dinero tendrá un destino cientos de veces mejor que de haber quedado en manos de la mafia norteamericana... aunque tampoco se puede olvidar a Guatimón.

—¿Por qué a Guatimón?

—Guatimón fue también una víctima del engaño de Reuis... la primera víctima.

—Y Di Franchichi la segunda. Y el propio Reuis la última, porque fue el mismo dinero que estafó a los mafiosos lo que le costó la vida... de una manera azarosa, no de la forma que inicialmente pensamos, la falsificación viene a estar relacionada con el asesinato.

—¿Vas a hablar de todo esto con el hijo de Reuis?

—A Andrés Roberto le comunicaré la captura del asesino de su padre, nada más. No sería justo, ni siquiera legal, decirle que su padre cometió un delito.

—Pero, tenemos la certeza de que lo cometió —dije yo.

—¿La certeza? —dudó Alfonso, mirándome—. ¿Qué certeza podemos tener si, aunque Reuis estuviera vivo y quisiéramos procesarlo por un supuesto delito cometido en país extranjero, no podríamos hacerlo puesto que la acción está proscrita? Han pasado treinta años, y la ley considera que treinta años después de ocurrido un hecho delictivo no se puede llegar a saber toda la verdad acerca de él, y niega por lo tanto la posibilidad de enjuiciar a alguien transcurrido ese tiempo. Y si no podemos probar su culpabilidad, y ni siquiera intentar probarla, hay que presumir a Reuis inocente.

—Tienes razón —convino Montori.

—Si dijéramos que Andrés Reuis y Pérez cometió el delito de falsificación o de estafa, cometeríamos nosotros calumnia, porque lo consideraríamos culpable de un delito grave que no estamos en disposición de comprobarle y porque hasta la posibilidad de enjuiciarlo está negada por la Ley. Ni aunque Reuis estuviera vivo y poseyéramos más evidencias de las que tenemos, tendríamos facultades para hacerlo.

—De todas formas —argumentó Montori—, creo que Reuis tenía buenos sentimientos.

—¿Buenos? ¿Malos? Quizás lo malo que hizo lo hizo bueno. O quizás ser atento, amistoso y cordial no sea ser **bueno** o no implique de hecho serlo. Por otra parte, no es difícil ser espléndido cuando se tiene casi medio millón de pesos en el banco, adquirido sin fatigas ni sacrificios. **Bueno**. Eso fue precisamente lo que me hizo desconfiar. Hay que presumir que Reuis es inocente del delito de falsificación o del de estafa, porque la ley lo estipula así, pero **bueno**... eso es ya otra cosa.

# Índice

I /
II /
III /
IV /
V /
VI /
VII /
VIII /
IX /
X /
XI /
XII /
XIII /
XIV /
XV /
XVI /
XVII /
XVIII /

## Títulos publicados

GUERRA SECRETA,

*Luis Báez*

LOS SIETE PASOS DEL SUMARIO,

*Arnoldo Tauler*

EL SECRETO DE PLÁCIDO Y OTRAS NARRACIONES,

*Varios*

A LA LUZ PÚBLICA,

*Luis Adrián Betancourt*

ENIGMA PARA UN DOMINGO,

*Ignacio Cárdenas Acuña*

LA RONDA DE LOS RUBÍES,

*Armando Cristóbal Pérez*

NO ES TIEMPO DE CEREMONIAS,

*Rodolfo Pérez Valero*

LOS HOMBRES COLOR DEL SILENCIO,

*Alberto Molina*

EL CUARTO CÍRCULO,

*Luis Rogelio Nogueras y  
Guillermo Rodríguez Rivera*

PROYECTO "C",

*Julio Andrés Chacón*

CRIMEN EN SANTIAGO,

*Juan Carlos Reloba*

EL ÚLTIMO CRÍMEN,

*Leonelo Abello Mesa*

AQUÍ LAS ARENAS SON MÁS LIMPIAS,

*Luis Adrián Betancourt*

JOY,

*Daniel Chavarría*

NO HAY ARREGLOS,

*Daniel Lincoln Ibáñez*

CUENTOS FANTÁSTICOS CUBANOS,

*Varios*

EL ARCOIRIS DEL MONO,

*Ángel Arango*

EXPLOSIÓN EN TALLAPIEDRA,

*Armando Cristóbal Pérez*

CUENTOS POLICIALES CUBANOS,

*Varios*

TESTIMONIOS POLICIALES,

*Varios*

ASALTO A LA PAGADURÍA,

*José L. Escasena*

POR UN PUÑADO DE SOL,

*Reynaldo Castellanos*

UNA VEZ MÁS,

*Berta Recio*

VIENTO NORTE,

*Carmen González Hernández*

EL AMERICAN WAY OF DEATH,

*Juan Ángel Cardi*

Y SI MUERO MAÑANA,

*Luis Rogelio Nogueras*

CON EL ROSTRO EN LA SOMBRA,

*Ignacio Cárdenas Acuña*

EL VIAJE,

*Miguel Collazo*

ALBA INCONCLUSA,

*Julio Andrés Chacón*

TODO ES SECRETO HASTA UN DÍA,

*Juan Carlos Fernández*

VIERNES EN PLURAL,

*Juan Ángel Cardi*

EL EXTRAÑO CASO DE UNA MUJER DESNUDA,

*Luis Adrián Betancourt*

NOSOTROS, LOS SOBREVIVIENTES,

*Luis Rogelio Nogueras*

PRELUDIO PARA UN ASESINATO,

*Ignacio Cárdenas Acuña*

## **AL LECTOR**

*La Editorial le quedará muy agradecida si recibe de usted su opinión acerca de esta obra, de su presentación y diseño, así como de los títulos editados por esta Colección. Le agradecerá también cualquier otra sugerencia. Nuestra dirección es: Editorial Letras Cubanas, Palacio del Segundo Cabo, O'Reilly 4, esq. a Tacón, Municipio Habana Vieja, Ciudad de La Habana*

---

## SOBRE EL AUTOR

---



**PLÁCIDO HERNÁNDEZ FUENTES** (La Habana, 1948) ha publicado, además, **El hombre que vino con la lluvia**, **Relatos de amor y odio** y **Tierrasanta**. Colabora en diferentes revistas nacionales y extranjeras y ha obtenido premios y menciones en distintos concursos. Actualmente labora como escritor de programas del ICRT. Es miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.



Esta novela tiene como centro el asesinato de un anciano en su propio apartamento, el día 14 de septiembre de 1978, en la Ciudad de La Habana. Se inicia la investigación y estalla el enigma: aparentemente sin móvil alguno. Sucesivamente van despejándose —y a la vez complicándose— las incógnitas y el suspenso aumenta a través de una trama coherente y una tensa distribución de efectos que mantienen la atención del lector. El análisis y los trabajos criminalísticos apuntan hacia... hasta descubrir al culpable. Con estilo realista, directo y con un lenguaje fluido, el autor incursiona en varias de las posibilidades del género policial.



Plácido Hernández Fuentes (La Habana, 1948) ha publicado, además, *El hombre que vino con la lluvia*, *Relatos de amor y odio* y *Tierrasanta*. Colabora en diferentes revistas nacionales y extranjeras y ha obtenido premios y menciones en distintos concursos. Actualmente labora como escritor de programas del ICRT. Es miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.